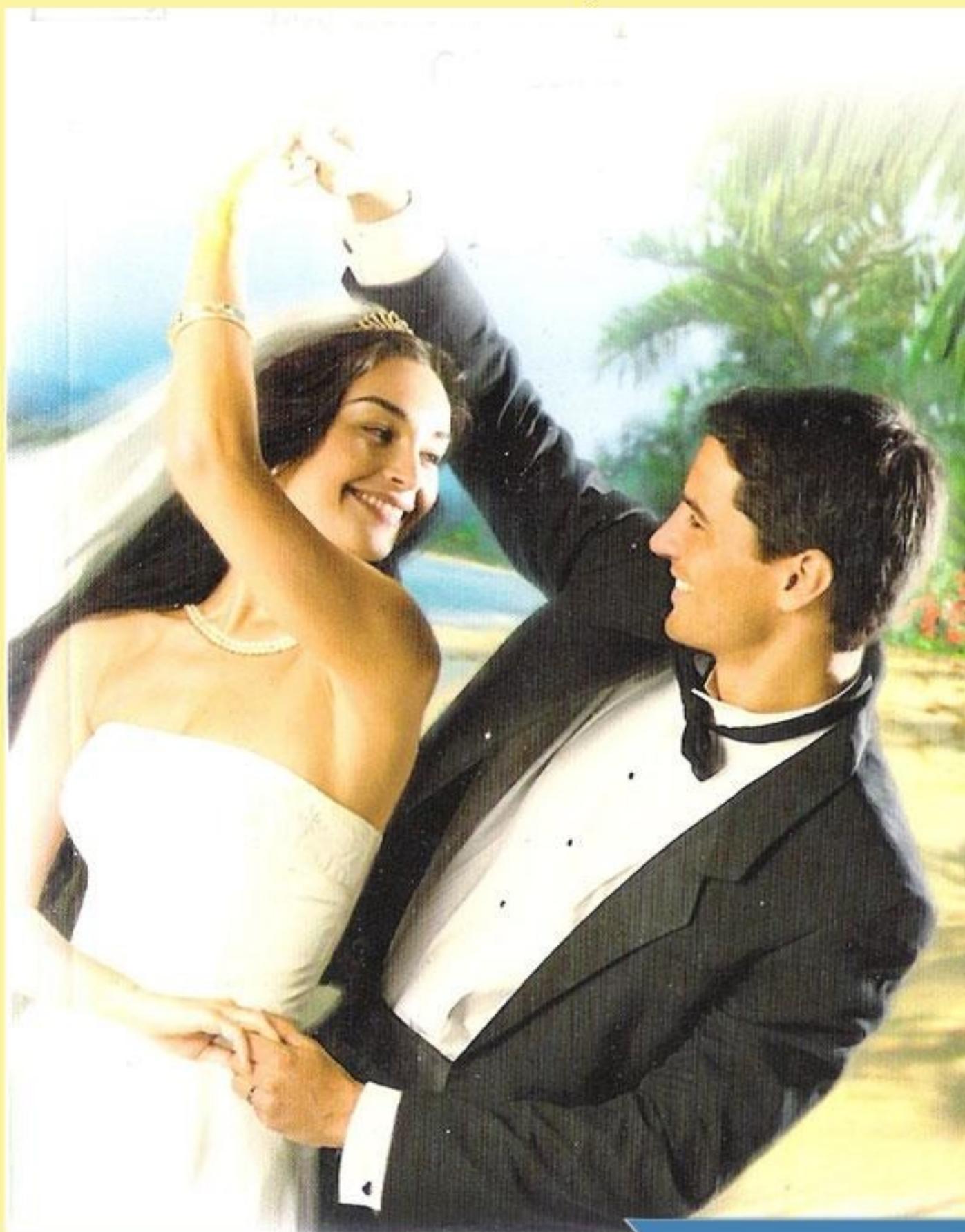


se

Los deseos de la princesa



CARA COLT Lectulandia

A pesar de todo, no podía dejar de desear el verdadero amor

La princesa Shoshauna de BRanasha había respetado las normas de la familia real toda su vida, pero lo que más ansiaba era ser libre y casarse por amor, no por conveniencia.

De repente, su vida estaba en peligro y Shoshauna se vio en una isla exótica custodiada por el soldado Jake Ronan, que le dejó muy claro que, a pesar de la intensa atracción que había entre ellos, estaba allí sólo por motivos de trabajo.

En compañía de Jake, Shoshauna se sintió libre y feliz por primera vez en su vida. ¿Podría una princesa como ella casarse con un soldado tan rudo?

Lectulandia

Cara Colter

Los deseos de la princesa

*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *Her royal wedding wish*

Cara Colter, 2009

Editor digital: Piolin

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Jake Ronan tomó aire profundamente para calmarse, tal y como habría hecho justo antes de disparar, justo antes de entrar al asalto o justo antes de saltar.

Nada.

El corazón seguía latiéndole aceleradamente, como si fuera un cervatillo que se había encontrado con un lobo. Además, le sudaban mucho las palmas de las manos.

Normalmente, no le costaba mantener la tranquilidad. De hecho, aquélla habilidad suya le había servido de mucho durante los últimos tres años, durante los cuales había ayudado a recuperar un avión secuestrado, había saltado desde diez mil pies de altitud en mitad de la noche sobre territorio enemigo y había rescatado a catorce escolares que habían sido tomados como rehenes.

Sin embargo, las bodas podían con él.

Jake echó los hombros hacia atrás varias veces y volvió a tomar aire. El hombre que estaba a su lado, el coronel Gray Peterson, jubilado recientemente y razón por la que Jake se encontraba en aquellos momentos en la diminuta y paradisíaca isla tropical de B'Ranasha, se revolvió incómodo.

—No te estará dando, ¿no? —le preguntó.

Todos sus compañeros de equipo sabían que Jake tenía una especie de sexto sentido que siempre le indicaba cuándo las cosas se iban a torcer de mala manera.

—No, es simplemente que no me gustan las bodas —contestó Jake sin levantar la voz—. No me hacen sentirme bien.

—Jake, no eres tú el que se va a casar —le recordó su amigo—. Eres del servicio de seguridad. Ni siquiera conoces a esta gente.

Jake nunca se había casado, pero recordaba perfectamente su infancia y a su madre, que se había pasado años intentando encontrar al hombre perfecto. En secreto, él también había deseado tener una familia normal, aunque nunca lo había dicho abiertamente y lo había escondido bajo capas y capas de beligerancia adolescente. Sin embargo, cada vez que su madre le había dado el «sí, quiero» a un hombre había resultado ser un padrastro temporal y la desilusión no había tardado en llegar.

Sin quererlo, Jake había encontrado a su familia cuando, siguiendo los pasos de su padre, ya fallecido, y a pesar de los ríos de lágrimas de su madre, había decidido unirse al ejército australiano nada más salir del colegio.

Allí, por fin, había encontrado orden, estabilidad y camaradería de verdad. Algún tiempo después, había pasado a trabajar para una unidad militar multinacional que solía ser la primera en acudir cuando había crisis mundiales. Aquella unidad, con base en Inglaterra, estaba formada por hombres de fuerzas especiales de élite de todo el mundo.

Su familia estaba compuesta por guerreros que se querían como hermanos, que iban a lugares donde nadie más quería ir, que hacían el trabajo que nadie más quería hacer y que operaban en los lugares más problemáticos y peligrosos del globo.

Protegían a los participantes en cumbres mundiales y conferencias de paz, pero también desactivaban bombas, recopilaban información, rescataban rehenes y aviones y hacían volar por los aires polvorines enemigos.

En resumen, hacían el trabajo más difícil del mundo y lo hacían de manera rápida, silenciosa y anónima. Había pocas medallas, poco reconocimiento y ninguna ceremonia, pero sí entrenamiento brutal, horas extenuantes, meses de operaciones secretas y mucho, muchísimo peligro.

Cuando se habían puesto en contacto con él y le habían ofrecido aquel trabajo, Jake no lo había dudado. Una persona sabía perfectamente el momento en el que tenía ante sí la oportunidad de desarrollar los talentos con los que había nacido y, desde el primer día en la unidad, cuyo nombre secreto era Excalibur, supo que había encontrado su misión en la vida.

Formar una familia que no fuera la que ya tenía con sus hermanos de armas era impensable, pues el trabajo que desarrollaba le impedía comprometerse con una mujer. Se sentía tan entregado a su estilo de vida que no quería aceptar las responsabilidades de una familia y de una esposa, pues no era su prioridad.

En cualquier caso, a Jake nunca le habían gustado las bodas y tenía un gran secreto. Él, un soldado que nunca demostraba miedo y que era el orgullo de su unidad, probablemente se desmayaría de pánico si tuviera que estar en el altar esperando a la novia.

Hasta el momento, en el altar que tenía ante sí no había nadie. De cualquier forma, las tradiciones en aquella isla eran algo diferentes. Le habían explicado, por ejemplo, que era la novia la que entraba primero y la que esperaba al novio.

Precisamente, en aquel momento, una música anunció la llegada de la novia. Jake miró hacia atrás y vio una figura ataviada en color marfil que se aproximaba lentamente. Llevaba el vestido típico de novia de la isla de B'Ranasha. Era increíble que una prenda tan poco provocativa resultara tan sensual.

Aquel vestido se ajustaba a las curvas de la novia y acentuaba la sensualidad de sus movimientos. Se trataba de un vestido cosido con hilo de oro y cubierto de miles de perlas que brillaban en contacto con los rayos del sol.

La razón por la que Jake estaba colocado tan cerca del altar era que aquella preciosa novia, la princesa Shoshauna de B'Ranasha, estaba en peligro.

Desde que se había jubilado y había dejado la Excalibur, Gray había pasado a encargarse de la seguridad de la familia real de B'Ranasha. Durante los preparativos de la boda, se había puesto en contacto con Jake y le había pedido que lo ayudara. En principio, el asunto no parecía peligroso pero, cuando Jake había desembarcado en la isla, su amigo le había contado que el equipo de seguridad había interceptado varias amenazas dirigidas directamente a la princesa.

Jake había encontrado a Gray muy nervioso, pues su amigo estaba convencido de que las amenazas procedían de dentro del palacio. Aquello solo podía querer decir que en su propio equipo de seguridad había fisuras.

—Mira a esa mujer de ahí, la de las flores —le indicó Gray.

Jake se giró. Efectivamente, vio a una mujer en un lateral de la iglesia arreglando un ramo de flores. No paraba de mirar nerviosa hacia atrás. Evidentemente, estaba tensa.

Y, de repente, Jake lo sintió, sintió aquella desagradable sensación que aparecía sin avisar, aquella bola en la boca del estómago, algo comparado a lo que se sentía en una montaña rusa de un parque de atracciones.

Peligro.

Disimuladamente, Jake se llevó la mano al arma, una Glock de nueve milímetros que llevaba en la funda, junto a las costillas. Gray se dio cuenta, maldijo en voz baja y tocó también su arma, una enormidad que los miembros de Excalibur llamaban «el cañón».

Jake se dio cuenta del cambio que se estaba operando en él; estaba pasando de ser un tipo al que no le gustaban nada las bodas a un soldado entrenado especialmente para situaciones de peligro.

La tela del vestido de novia susurraba al moverse.

—Tú encárgate de la princesa, yo me encargo de la mujer de las flores —le indicó su amigo.

Jake asintió y se colocó todo lo cerca del altar que pudo sin llamar demasiado la atención. Desde allí, percibió el perfume de la novia y le pareció tan exótico como las abundantes flores de aquel lugar paradisíaco.

La música se paró y, por el raballo del ojo, vio que la mujer de las flores se agachaba.

«Ahora», pensó sintiendo que todos los músculos del cuerpo se le tensaban.

Pero no sucedió nada.

En aquel momento, un viejo sacerdote de apariencia tranquila salió de la sacristía ataviado con la túnica de seda roja tradicional de los monjes de B'Ranasha.

Jake sintió la tensión de Gray, que estaba cerca de él. Se miraron. Gray tenía la mano dentro de la chaqueta. Aunque parecía calmado, Jake sabía que tenía la mano sobre su arma y estaba dispuesto a entrar en batalla.

Él percibió que la sensación de su estómago se intensificaba. Por una parte, estaba completamente pendiente del sacerdote y de la novia. Evidentemente, el novio no tardaría en llegar. Percibía el perfume de la princesa y se dio cuenta de los exquisitos detalles de su vestido de seda.

La otra parte de su cerebro estaba en modo depredador, alerta y lista para entrar en faena.

La novia se levantó el velo y Jake se encontró admirando los rasgos perfectos, delicados y exquisitos de la princesa Shoshauna de B'Ranasha. Evidentemente, la había visto en fotografías y le había parecido guapa y joven, pero las fotografías no le hacían justicia.

La mujer que tenía ante sí tenía un rostro de piel inmaculada enmarcado por una

preciosa melena larguísima de pelo negro y liso. Sus ojos eran almendrados y ligeramente rasgados hacia arriba, del color del mar turquesa, e inmediatamente le recordaron a la playa australiana donde solía hacer surf de jovencito.

La princesa lo miró y se giró hacia la entrada de la iglesia. Jake se obligó a apartar su atención de la belleza de la princesa. Tenía que estar al cien por cien concentrado en su seguridad.

En aquel momento, se abrió la puerta de la iglesia, pero el que apareció no fue el príncipe, sino un hombre completamente vestido de negro, encapuchado y con una pistola en la mano.

Jake había recibido un buen entrenamiento y sabía exactamente lo que tenía que hacer. Estaba allí para proteger a la princesa, así que, en unos cuantos segundos, ella se convirtió en el centro de su vida. Si fuera necesario, de hecho, tendría que entregar la vida por ella sin dudar.

El objetivo inmediato era sacarla de allí sin que sufriera daños. Aquello quería decir que durante los siguientes minutos las cosas se iban a poner muy físicas. Jake se lanzó sobre ella, que lo miró con los ojos muy abiertos. Ambos aterrizaron en el suelo y Jake la cubrió con su cuerpo.

A pesar de la adrenalina que invadía su sistema, Jake se percató de la exquisita dulzura de sus curvas y sintió una necesidad que no era la de un soldado, sino la de un ser más primitivo que le indicaba que debía protegerla.

Alguien disparó un arma y todos los allí presentes comenzaron a gritar.

—¡Yo te cubro! —gritó Gray—. ¡Sácala de aquí!

Jake obligó a la princesa a ponerse en pie, protegiéndola en todo momento con su cuerpo, colocándose como escudo entre ella y el atacante. En pocos segundos estaban ambos detrás del altar de piedra y, desde allí, corrieron hacia el vestíbulo de la sacristía. Una vez allí, Jake rompió una ventana y ayudó a la princesa Shoshauna a salir por ella. El vestido se enganchó y la falda se rompió, lo que los benefició, pues, al quitarse tantas capas de tela, la princesa pudo correr.

Una vez en la calle, se encontraron en una gran avenida y corrieron para alejarse de la iglesia. Mientras lo hacían, Jake registró tres disparos más y gritos. La avenida daba a una plaza preciosa llena de palmeras y de flores. Había un taxi. El conductor descansaba apaciblemente en su asiento con la puerta abierta y los ojos cerrados.

Jake miró arriba y abajo. Aparte del taxi había un carrito tirado por un burro para los turistas, así que decidió sacar al taxista del vehículo, meter a la princesa y alejarse de allí a toda velocidad.

En unos pocos segundos, los disparos y los gritos de protesta del taxista se apagaron, pero Jake siguió conduciendo mientras recordaba los mapas de la isla que había memorizado.

—Estoy preocupada por mi abuelo —declaró la princesa en un inglés impecable.

A Jake le pareció interesante que se mostrara más preocupada por su abuelo que por su futuro marido y se apresuró a decirse que no debía sentir pena por ella al verla

así. La pena no formaba parte de su trabajo y le gustaba pensar que tampoco formaba parte de su naturaleza, pues a menudo tenía que tomar decisiones que no podían verse influidas por las emociones.

—No se preocupe, nadie ha resultado herido —le aseguró.

—¿Cómo lo sabe? He oído varios disparos.

—Sí, pero ninguno le ha dado a nadie. Una bala hace un ruido diferente cuando da contra un cuerpo que cuando no lo hace.

La princesa lo miró con incredulidad y escepticismo.

—¿Y con todo lo que estaba pasando usted ha podido oír esos detalles?

—Sí, señora —contestó Jake.

Todos los miembros de Excalibur estaban entrenados para percatarse de aquellos detalles, detalles que a otras personas les pasaban por alto. Era increíble cómo algo que parecía insignificante podía marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

—Mi abuelo está mal del corazón —insistió la princesa.

—Lo siento —contestó Jake, sabiendo que no estaba pareciendo sincero.

En realidad, le importaba muy poco que su abuelo padeciera del corazón. En aquellos momentos, sólo podía ocuparse de su seguridad, no se podía permitir el lujo de distraerse, no podía perder energía centrando su atención en otras cosas u otras personas.

En aquel momento, como para poner a prueba su concentración, sonó su teléfono móvil. Lo había apagado durante la boda porque su madre le había dejado varios mensajes diciéndole que tenía una gran noticia para él. Aquello sólo podía querer decir una cosa: había conocido a otro hombre, aquella vez era diferente y, por supuesto, se iban a casar.

Sin embargo, al mirar la pantalla, Jake comprobó que no se trataba de su madre, sino de Gray.

—Todo en orden —le dijo su amigo cuando contestó.

—Sí, aquí también. Aurora está bien —le indicó Jake haciendo referencia a la princesa de la Bella Durmiente.

—Excelente. Tenemos al intruso. Ningún herido. Las balas eran de fogeo. Ese tipo podría haber muerto. No entiendo por qué lo ha hecho.

Jake se quedó pensativo. Evidentemente, para parar la boda.

—¿Quieres que volvamos? ¿Quieres que lleve a la princesa? Podrían seguir adelante con la ceremonia.

La princesa hizo una mueca de disgusto imperceptible, pero Jake se dio cuenta.

—No, aquí pasa algo muy grave. Si el equipo de seguridad hubiera funcionado bien, nadie podría haber entrado en la iglesia. Estoy convencido de que alguien de dentro del palacio ha organizado todo esto, así que no quiero que la princesa vuelva hasta que esté todo solucionado. ¿Puedes mantenerla a salvo hasta entonces?

Jake se quedó pensativo. Tenía una pistola y dos cargas de munición, apenas conocía la isla y había robado un vehículo además de una princesa. A pesar de las

circunstancias, sabía lo que debía hacer.

—Afirmativo.

—No me fío de mi teléfono, así que te llamaré desde otro para fijar una cita.

—Muy bien —contestó Jake—. ¿El abuelo de la princesa está bien? —añadió a pesar de que debería haber colgado ya.

—Está bebiendo whisky escocés —contestó Gray bajando la voz—. Es extraño, pero parece encantado de que su nieta no se haya podido casar.

Jake colgó y se guardó el teléfono.

—Su abuelo está bien.

—¡Menos mal! ¡Gracias!

—Pero no podemos volver todavía.

Jake se percató de que la princesa se relajaba y le pareció que había estado aguantando la respiración hasta entonces. Se fijó también en que sus ojos apesadumbrados por la preocupación parecían de repente iluminados. Si no estaba equivocado, y raramente lo estaba pues se le daba muy bien observar los detalles, percibió cierta malicia en ellos.

No había preguntado por el novio en ningún momento y no parecía perturbada en modo alguno al haber visto su boda interrumpida. De hecho, parecía muy feliz. Como para corroborar aquella impresión, se quitó el velo, abrió la ventana y dejó que el viento lo moviera, riéndose encantada cuando los niños comenzaron a correr tras él.

El viento jugueteó también con los mechones que se le habían escapado del recogido y la princesa no dudó en quitarse las horquillas que le quedaban y en soltarse la melena, que le cayó sobre los hombros.

No, no había lugar a dudas. La princesa Shoshauna se lo estaba pasando en grande.

—Alteza, esto no es un juego, así que no tire nada por la ventana que pueda dar lugar a que nos sigan —le advirtió Jake irritado.

La princesa lo miró enojada. Era evidente que, dada su posición, no estaba acostumbrada a que le dieran órdenes, pero Jake tenía muy claro que allí había solamente un jefe y ése era él.

Ahora que el peligro había pasado aunque fuera de manera temporal, Jake reflexionó sobre lo que había sucedido. Lo habían contratado como miembro de seguridad para una boda sin importancia y ahora se encontraba teniendo que cuidar de una princesa porque alguien la quería matar.

Además, no conocía la isla y no tenía ni idea de a dónde llevarla. Para colmo, tenía poco dinero y en algún momento iban a tener que comer y que comprar ropa nueva, porque el vestido de Shoshauna era demasiado llamativo.

Jake suponía que la persona que la estuviera buscando sería capaz de rastrear las tarjetas de crédito y también su teléfono móvil. Lo podría utilizar una vez más para citarse con Gray, pero, después de eso, tendría que deshacerse de él. Además, el taxista denunciaría el robo del vehículo, así que no les iba a quedar más remedio que

abandonarlo.

Por otra parte, aunque la princesa había salido ilesa del ataque, él tenía poca munición y no iba a tener más remedio que utilizar la tarjeta de crédito. Si la rastreaban, para cuando localizaran el lugar desde el que se había realizado la compra, ya estarían muy lejos.

—¿Tiene usted enemigos? —le preguntó.

—Hmmm... no —contestó la princesa dudando un momento.

—¿Nadie la odia?

—Eh... claro que no —contestó ella dudando de nuevo, así que Jake insistió.

—¿Quién cree que ha hecho esto? ¿Qué le dice su intuición?

—¿Cree usted en la intuición? Menuda tontería.

—Conteste a mi pregunta —le ordenó Jake.

—El príncipe Mahail estaba teniendo una relación con otra mujer antes de pedirme que me casara con él. La mujer en cuestión es prima mía. Cuando se enteró de que nos íbamos a casar, fingió sentirse muy feliz por mí, pero...

—¿Lo ve? La intuición siempre nos da respuestas. ¿Cómo se llama su prima?

—No quiero ponerla en un aprieto. Probablemente no haya hecho nada.

Por lo visto, aquella princesa estaba decidida a ignorar su intuición.

—No se preocupe, no la va a poner en ningún aprieto —le aseguró Ronan.

«Siempre y cuando no haya hecho nada, claro», pensó.

—¿Cómo se llama? —insistió.

—Mirassa —contestó la princesa a regañadientes.

—¿Sabe dónde hay un mercado por aquí? Uno pequeño, donde podamos comprar comida y un vestido para usted.

—¿Y no podrían ser unos pantalones cortos? —contestó la princesa.

Jake hizo un gran esfuerzo para no suspirar. Qué típico de las mujeres. ¡Incluso en mitad de una crisis les gustaba ir de compras!

—Vamos a comprar algo que no llame la atención, así que no creo que vayan a ser unos pantalones cortos —contestó fijándose en sus piernas.

—¿Me voy a tener que disfrazar? —preguntó la princesa encantada.

Por lo visto, aquella mujer no estaba dispuesta a aceptar la seriedad de la situación. Bueno, tal vez fuera mejor así. Lo último que Jake necesitaba era que se pusiera histérica.

—Claro, vamos a comprar un disfraz —contestó.

—Podría usted hacerse pasar por mi novio —comentó la princesa con demasiado entusiasmo—. Podríamos alquilar una moto y mezclarnos con los turistas. ¿Cuánto tiempo más cree que vamos a tener que estar escondidos?

—No lo sé. Un par de días tal vez.

—¡Genial! —exclamó Shoshauna tomándose aquella situación de vida o muerte como una gran aventura—. ¡Siempre he querido montar en moto!

Jake sintió deseos de estrangularla, pero se dijo que era imposible. La idea de

hacerse pasar por su novio y de montar en moto con ella se le hizo también imposible. ¿Cómo iba a soportar tenerla tan cerca?

—Me voy a cortar el pelo —decidió la princesa de repente.

Era la primera idea razonable que había tenido, pero a Jake no le apetecía que se lo cortara, pues tenía una melena preciosa. Aunque fuera un buen disfraz, no iba a permitir que lo hiciera. Era consciente de que había tomado aquella decisión dejándose llevar por razones que no eran profesionales, pero la idea de verla desprovista de aquel precioso cabello se le antojaba insoportable.

Shoshauna miró de reojo al hombre que tenía al lado y sintió una sensación muy dulce en el estómago. Era increíblemente guapo. Llevaba el pelo corto y lo tenía castaño, aunque las puntas se le habían decolorado. Supuso que por el sol. Estaba concentrado en la carretera y tenía los ojos de color topacio, como los de un león. Como si sus ojos no fueran señal suficiente de su fuerza, además, tenía los labios y la mandíbula apretados.

Era un hombre grande y fuerte. Desde luego, no se parecía en nada a los hombres de B'Ranasha, que eran mucho más frágiles. Cuando la había tirado sobre el suelo de la capilla, lo primero que había sentido había sido sorpresa, pues ningún hombre le había hecho aquello en su vida. En teoría, había sido más un placaje que otra cosa, pero, cuando había percibido su cuerpo, había sentido una emoción extraña y prohibida.

Shoshauna siguió el movimiento de una de sus manos. Jake se estaba quitando la pajarita con movimientos impacientes. A continuación, se desabrochó el primer botón de la camisa y se frotó el cuello como si acabara de escapar de la horca.

—¿Cómo se llama? —le preguntó ella.

Shoshauna estaba muy sorprendida por lo que había sentido por él pocos minutos antes de casarse con otro hombre. De manera automática, se encontró fijándose en sus fuertes manos y pensando que no le costaría trabajo imaginarse sus dedos perdiéndose en su pelo.

Dado que había llevado una existencia muy protegida, aquélla era la primera ocasión en la que se encontraba a solas con un hombre que no fuera miembro de su familia. Incluso los encuentros con su prometido, el príncipe Mahail, que habían tenido lugar en la isla de al lado, habían sido siempre muy formales y siempre en presencia de otras personas.

—Jake —contestó el aludido dando un ligero volantazo para no chocarse contra una mujer que llevaba una cesta llena de pollos en una bicicleta.

Mientras lo hacía, pronunció una palabra que Shoshauna no había oído nunca a pesar de que consideraba que tenía un nivel de inglés más que aceptable. Por el escalofrío que sintió por la columna supo que se trataba de una palabra malsonante, muy malsonante.

—Jake —repitió—. Llámeme Shoshauna.

—Alteza, no pienso llamarla Shoshauna —contestó Jake—. Por lo que me han dicho, si te atreves a dirigirte a un miembro de la familia real por su nombre de pila, eres castigado.

—Tonterías —contestó Shoshauna a pesar de que era cierto.

Era verdad que nadie que no fuera pariente cercano se atrevía a llamarla por su nombre de pila. Aquel detalle formaba parte de su vida como miembro de la familia real de B'Ranasha. Una vida que se le antojaba vivida en una cárcel.

¡Pero ahora se encontraba fuera de ella! Sus plegarias habían sido escuchadas justo en el momento en el que había creído que ya no podía albergar esperanzas, cuando se había resignado a casarse con un hombre al que no amaba.

No sabía cuánto tiempo iba a durar aquella libertad y, aunque Jake le había dicho que aquello no era un juego, Shoshauna estaba decidida a pasárselo lo mejor posible. Durante las horas o los días que durara aquello, sería lo que siempre había querido ser: una chica normal y corriente con una vida normal y corriente.

Y, para empezar, quería hablar con aquel desconocido que estaba sentado a su lado y descubrir cosas de su vida. Al fijarse en sus labios, se estremeció. ¿Formaría parte del regalo que el Universo acababa de darle probar aquellos misteriosos labios?

Sabía que aquellos pensamientos no eran adecuados, pero no estaba dispuesta a pararlos. Imaginarse besando a Jake, un completo desconocido, la llenaba de curiosidad mientras que pensar en lo que tendría que haber ocurrido aquella noche con el príncipe Mahail, el hombre destinado a convertirse en su marido, la llenaba de miedo.

—¿De dónde es? —le preguntó a Jake.

—¿Qué más da? Es mejor que no sepa nada sobre mí. Lo único que tiene que hacer en estos momentos es obedecerme.

Desde luego, a juzgar por aquel tono de voz, fuerte y frío, lo de los besos iba a tener que esperar. Confusa, Shoshauna se preguntó cómo era posible que aquel hombre no supiera que, cuando la princesa preguntaba algo, la persona aludida tenía que contestar obligatoriamente. A pesar de que quería convertirse en una chica normal y corriente, la costumbre hizo que Shoshauna lo mirara de manera autoritaria.

—Soy australiano —contestó Jake.

Shoshauna se dijo que aquello explicaba su acento y, sin dudarlo, repitió la palabra que Jake había pronunciado cuando había tenido que esquivar a la mujer de la bicicleta y los pollos.

—No diga eso —exclamó Jake sobresaltado—, alteza —añadió.

—¡Estoy intentando mejorar mi inglés!

—Pues lo que va a conseguir es que me azoten por enseñarle a una princesa palabrotas. ¿Siguen azotando a la gente por aquí?

—Por supuesto —mintió Shoshauna.

Jake la miró perplejo, pero pronto se dio cuenta de que estaba bromeando y

riéndose de él.

—¿En Australia las mujeres se ven obligadas a casarse con hombres de los que no están enamoradas? —le preguntó Shoshauna a pesar de que a ella no la habían obligado.

Su padre le había dado a elegir, aunque no había sido una elección real, ya que Shoshauna había escogido lo que sabía que su padre quería que eligiera, pues siempre había querido agradarlo para ganarse su afecto.

La propuesta de matrimonio del príncipe Mahail había llegado en un momento de su vida muy delicado, pues hacía pocos días que su gato, *Retnuh*, había muerto.

La gente le decía que sólo era un gato y se habían sorprendido de lo triste que se había puesto la princesa, pero Shoshauna había tenido a *Retnuh* desde chiquitito, desde que ella tenía ocho años, y el gato había sido un amigo y compañero muy fiel, su confidente en aquel palacio en el que todo era demasiado importante y la gente estaba demasiado atareada como para preocuparse por una princesa insignificante que se sentía sola.

—Gire aquí, hay un mercado en esta calle —comentó ella.

Jake giró a la derecha.

—¿Va a contestar a mi pregunta? —insistió Shoshauna.

—La gente se casa por razones muy diferentes —contestó Jake—. El amor no garantiza que el matrimonio salga bien. Además, ¿quién sabe lo que es el amor?

—Yo —contestó la princesa.

Tras acceder a casarse con el hombre equivocado para ella, se había dado cuenta de lo que era el amor de verdad. En el momento, llevada por la necesidad de olvidarse de lo mal que se sentía sin su gato, había accedido y se había dejado llevar por la emoción y los preparativos de la boda. Dos islas celebrando, las modistas y los sastres haciendo vestidos y trajes para los miembros de ambas familias, regalos llegando de todos los rincones del mundo...

Shoshauna no se quería ni imaginar la cara que habría puesto su padre si le hubiera dicho en el último momento que no quería casarse.

—Claro, princesa —contestó Jake en un tono de voz que insinuaba que lo que Shoshauna creía que era el amor se basaba en cuentos infantiles y en sueños de colegiala.

—Le parezco tonta e inmadura porque creo en el amor, ¿verdad? —comentó molesta.

—Yo no sé nada sobre usted y tampoco quiero saber en lo que cree y en lo que no cree. Yo lo único que tengo que hacer es mi trabajo. Tengo una misión que consiste en mantenerla a salvo y, para que todo salga bien, cuanto menos sepa de usted a nivel personal, mejor.

Shoshauna se sorprendió, pues estaba acostumbrada a que todo el mundo mostrara interés por ella. No estaba acostumbrada a que los demás le dijeran sinceramente lo que pensaban. Por eso, le gustaba hacerse un ovillo por las noches

acurrucada junto a su gato y escucharlo ronronear. Le daba la sensación de que aquel animal era el único ser sobre la Tierra que la quería por ser ella misma.

Aun así, si alguien hubiera expresado ante ella sinceras dudas sobre su boda, ¿la habría anulado? En cualquier caso, no había sido así. Todos le habían dicho lo guapa que iba a estar, lo guapo que iba a estar el príncipe Mahail, la maravillosa elección de menú que había hecho y lo exquisitas que eran las flores que había elegido personalmente.

—Ahí está el mercado —comentó Shoshauna con frialdad.

Jake aparcó el coche y la agarró de la mano justo en el momento en el que Shoshauna se disponía a abrir la puerta.

—Usted se queda aquí —le dijo.

Shoshauna sintió que el brazo le quemaba en el lugar en el que Jake había puesto la mano. También le pareció que Jake había sentido cierta descarga eléctrica, al igual que ella. Desde luego, había apartado la mano a toda velocidad.

—Se va a quedar aquí y, si aparece alguien, se agachará y se esconderá.

Shoshauna asintió no muy convencida.

—Esto no es un juego —insistió Jake.

—¡Muy bien! Lo entiendo.

—Eso espero —murmuró Jake saliendo del coche.

—No se olvide de las tijeras —le recordó Shoshauna cuando Jake estaba entrando en el mercado.

Jake se giró hacia ella, molesto. ¡No le había dicho que permaneciera callada y, además, no debía olvidarse de las tijeras! Shoshauna había querido cortarse el pelo desde los trece años, pues le parecía que lo llevaba demasiado largo y le molestaba. Necesitaba dos sirvientas para lavárselo y tardaba una eternidad en secarse.

—Les princesas no se cortan el pelo —le había dicho su madre.

Las princesas no podían hacer un montón de cosas. Las personas a las que les parecía muy divertido ser princesas deberían poder vivir en su piel durante un par de días, deberían sentarse correctamente durante los conciertos, las inauguraciones y las ceremonias de dignatarios en visita oficial, deberían estrecharle la mano a todo el mundo y sonreír durante horas sin parar, deberían aguantar aburridos discursos, ser representante de la familia real en bodas y funerales, bautizos y graduaciones de gente importante, deberían conocer a un millón de personas y realmente no conocer a nadie.

Shoshauna tenía sueños que no eran propios de una princesa. No eran sueños inalcanzables para el resto de la humanidad, pero sí para ella y, si Jake se creía que se iba a tomar en serio lo que había sucedido en la capilla, era porque no la entendía.

Shoshauna había renunciado a sus sueños, había ido sintiendo que iban desapareciendo a medida que iba avanzando hacia el altar, pero, por alguna razón, la vida le había dado aquella oportunidad y estaba decidida a aprovecharla y a disfrutarla.

Lo primero que quería hacer era ponerse pantalones y conducir una moto, quería hacer surf y ponerse un bañador de verdad y no el traje de baño que tenía que ponerse en palacio, que pesaba tanto que era como para ahogarse.

Tenía otros sueños que jamás habría podido realizar si se hubiera casado con el príncipe heredero de un país isleño tan anticuado y tradicional como B'Ranasha.

En aquellos reinos, el decoro lo era todo. Por supuesto, tendría los vestidos más maravillosos del mundo y las mejores joyas, pero jamás habría podido decir lo que de verdad quería. En breve, habría tenido que tener hijos y no estaba preparada. Primero, quería hacer muchas cosas. Quería conocer la nieve, tirarse por un tobogán y tener un novio, como las chicas de las películas.

Sí, tener novio tenía que ser divertido, tener un chico que te agarrara de la mano, te llevara al cine y te besara. Al principio, había creído que tal vez Jake se plegara a sus deseos, pero ahora comprendía que no iba a poder ser.

La mayoría de sus sueños no iban a poder realizarse jamás.

Sin embargo, allí estaba, con un desconocido muy guapo en un taxi robado en lugar de estar casándose con el príncipe Mahail. Conocía al príncipe desde pequeña y no lo encontraba romántico en absoluto, aunque había otras mujeres a las que sí les gustaba. Por ejemplo, a la tonta de su prima Mirassa.

Mahail era increíblemente arrogante y se creía superior por el hecho de ser hombre. Lo peor de él era que no creía en absoluto en el mayor sueño que tenía Shoshauna.

Sobre todas las cosas, Shoshauna quería recibir educación, quería aprender sobre temas gloriosos y no ser relegada únicamente a elegir el menú de una cena, quería ir a clase con hombres y poner en tela de juicio sus opiniones, quería aprender a jugar al ajedrez, un juego que su madre le había dicho que era sólo para hombres.

Shoshauna sabía que era una princesa sin importancia, pues era hija de una esposa menor y se había pasado buena parte de su vida con su abuelo inglés. Eso le había dado esperanzas de poder estudiar algún día en una universidad de Gran Bretaña, que era lo que realmente quería hacer. Cuando creía que tenía la libertad tan cerca que la podía tocar con la mano, al príncipe Mahail se le había ocurrido fijarse en ella para tomarla como esposa.

¿Por qué la habría elegido a ella? ¡Mirassa le había dicho que había sido porque se sentía cautivado por su pelo! Al recordar cómo la había mirado su prima en aquel momento, Shoshauna se estremeció. Antes de que Mahail le hubiera pedido que se casara con él, todo el mundo creía que habría elegido a Mirassa, pues había flirteado abiertamente con ella en varias ocasiones.

Después de que Mahail hubiera pedido en matrimonio a Shoshauna, Mirassa había pedido una audiencia con él y el príncipe la había humillado negándose a recibirla.

Teniendo en cuenta que el príncipe había animado a Mirassa a que se fijara en él, podría haberse mostrado un poco más sensible. ¿Hasta qué punto se habría ofendido

y enfadado su prima?

«La intuición siempre nos da respuestas».

Shoshauna pensó que, si conseguía cortarse el pelo antes de volver junto al príncipe Mahail, tal vez, perdiera el interés en ella tan rápido como lo había ganado. Así, Mirassa ya no tendría ninguna razón para sentirse celosa.

En cualquier caso, Shoshauna se sentía insultada al haber sido elegida por su pelo. Aquello era como decir que la habían elegido como si fuera una cabeza de ganado. ¡No la había elegido por su corazón ni por su mente ni por su alma, sino por su pelo!

El príncipe había hablado con su padre para mostrarle su interés y Shoshauna había sentido que su padre se fijaba en ella de verdad por primera vez en su vida. Aquello había hecho que dijera que sí cuando, en realidad, tendría que haber dicho que no.

Jake volvió al coche, dejó una bolsa en el regazo de Shoshauna y unas cuantas más en el asiento de atrás. Shoshauna se percató de que también había comprado ropa para él y ya se la había puesto. Ahora llevaba una camisa de cuello abierto que dejaba expuestos sus brazos fuertes y fornidos y unos pantalones cortos.

¡Era la primera vez en su vida que veía unas piernas masculinas tan de cerca! Consternada, Shoshauna se concentró en la bolsa que le había entregado Jake. Era ropa. Un par de gafas de sol espantosas, un sombrero muy feo, una blusa y una falda que parecían dignas de una institutriz británica.

Ni rastro de los pantalones cortos.

Shoshauna sintió deseos de gritar.

—¿Y las tijeras?

—Se me han olvidado —contestó Jake bruscamente.

En aquel momento, Shoshauna supo que no podía contar con aquel hombre para realizar sus sueños ni para aprovechar el tiempo que la vida le había dado para ser libre.

Era evidente que aquel desconocido tenía planes completamente diferentes. Para mantenerla a salvo. Lo último que Shoshauna deseaba en la vida era estar a salvo. Lo que quería era sentirse viva en todos los sentidos de la palabra.

Shoshauna abrió la puerta del coche.

—¿Adonde demonios va?

—Voy a esos arbustos de ahí para cambiarme de ropa y ponerme ésta, que es horrible, por cierto —contestó Shoshauna.

—No creo que las princesas se cambien de ropa detrás de los arbustos —comentó Jake.

—Pues yo me voy a cambiar ahora mismo —contestó Shoshauna—. Y, luego, voy a ir al mercado al baño —añadió aunque, en realidad, lo que quería era comprar unas cuantas cosas.

—Ya que va a los arbustos, podría...

Shoshauna lo miró indignada y Jake cerró la boca inmediatamente.

—No mire —le ordenó Shoshauna escondiéndose detrás de los arbustos que había al lado de la carretera.

—Dios no lo permita —murmuró Jake.

Capítulo 2

Resignado, Jake esperó junto a los arbustos mientras la princesa se cambiaba, intentando ignorar el ruido de la seda del vestido al caer.

Cuando salió, se quedó impresionado por lo bien que había elegido la ropa. La princesa Shoshauna ya no parecía un miembro de la familia real. Ni siquiera parecía oriunda de aquella isla. Las mujeres de B'Ranasha tenían el pelo precioso y lo consideraban muy importante. Lo llevaban liso y largo, negro y muy brillante. A veces, lo decoraban con preciosas flores, pero jamás lo ocultaban.

La princesa había conseguido meter toda su melena bajo el sombrero de paja, las gafas le tapaban los ojos y, efectivamente, la ropa que había elegido para ella, espantosa tanto la blusa como la falda, le quedaba tan mal como Jake había esperado.

La blusa le estaba grande, la falda no tenía forma y apenas le llegaba un centímetro o dos por encima de la rodilla. Si no hubiera sido por su delicado calzado, habría podido pasar por una niñera británica con sobrepeso de vacaciones.

Era un disfraz perfecto, pues ocultaba quién era Shoshauna en realidad y, además, a Jake le iba muy bien. Había conseguido cubrir sus curvas y ahora la princesa estaba tan sexy como la caja de un frigorífico.

Jake estaba contento con el resultado, pues lo último que necesitaba era tener a su lado una mujer guapa.

Jake la acompañó y juntos cruzaron la calle.

—No hable con nadie. Los baños están al fondo —le indicó justo en el momento en el que su teléfono móvil se ponía a vibrar—. Tiene cinco minutos —añadió mirando la pantalla.

Menos mal que no era su madre. Tampoco reconocía el número, pero decidió contestar, así que, tras ver que la princesa se dirigía al fondo del mercado y suponiendo que estaría a salvo, así lo hizo.

—¿Sí?

—Peterson.

—Me lo imaginaba.

—¿Cómo se ha tomado Aurora la idea de que va a tener que permanecer escondida?

—Muy bien, está esperando a su príncipe —contestó Jake a pesar de que aquella frase se le hacía poco adecuada refiriéndose a Shoshauna.

—¿Podrías quedártela hasta Neptuno?

Neptuno eran unos ejercicios que Excalibur realizaba una vez al año. Se trataba de un entrenamiento de una semana de duración en el que se abordaban operaciones marítimas.

Jake tomó aire. ¿Una semana? A pesar de que la había disfrazado, no le iba a resultar fácil, pero sabía que Gray jamás le habría pedido algo así si no lo estimara completamente necesario.

A pesar de que no conocía la isla, se dijo que seguro que la princesa la conocía lo suficientemente bien como para indicarle un lugar tranquilo donde poder esconderse durante una semana.

Aquello lo llevó a pensar en otro aspecto de la operación que iba a resultar también muy difícil. Permanecer una semana escondido con una mujer guapísima, a pesar de su disfraz, siendo él un hombre sano, a pesar de toda su disciplina.

—Muy bien —accedió sonando convincente a pesar de sus dudas.

—Nos veremos en Harry's a la hora del baño de Neptuno.

Harry's era un pub en el que los miembros de Excalibur se reunían frecuentemente. El coronel estaba utilizando referencias que solamente un miembro de su unidad entendería. El baño de Neptuno era una sesión muy dura de natación en alta mar que se llevaba a cabo todos los días exactamente a las tres de la tarde durante la semana de entrenamiento.

Lo que le estaba diciendo Gray era que se iban a ver en un bar de estilo británico a las tres de la tarde.

—Entendido —contestó Jake—. Por cierto, quiero que investigues a la prima Mirassa.

—Gracias. Destruye el teléfono —le indicó el coronel.

Jake era consciente de que todos los teléfonos móviles tenían un aparato que permitía localizarlos.

—Así lo haré —contestó colgando y mirando hacia el mercado.

La princesa estaba mirando ropa de manera relajada y ya tenía varias prendas colgadas del brazo. Gracias a Dios, a pesar de que estaba oscuro, no se había quitado las gafas de sol.

Jake entró y se acercó a ella. Si había visto bien, la prenda última que había elegido era un bikini verde. ¿Iba a tener que aguantar una semana así? Una cosa era ser disciplinado y, otra muy diferente, ser un angelito.

—No debemos llamar la atención, Aurora —le indicó—. Esa ropa no te va bien —añadió agarrando el bikini y volviéndolo a dejar en su sitio.

—¿Aurora?

—Su nombre secreto —contestó Jake bajando la voz.

—Un nombre secreto, ¿eh? Me gusta. ¿Significa algo?

—Es el nombre de la princesa de la Bella Durmiente.

—¡Pues yo no me pienso quedar esperando a mi príncipe!

—Ya me he dado cuenta de eso —contestó Jake.

Al instante, se dijo que no debía interesarse por los motivos que llevaban a aquella princesa a no querer estar con su príncipe. Aquellos motivos no formaban parte de su trabajo. De momento, consiguió controlarse y no preguntarle nada, pero era consciente de que tenía toda una semana por delante.

—¿Usted también tiene nombre secreto? —le preguntó Shoshauna.

—No —contestó Jake—. Vamos.

Shoshauna lo miró con el mentón elevado en actitud desafiante. A continuación, agarró de nuevo el biquini y se lo colocó sobre el brazo.

—No necesito ponérmelo, pero me lo voy a comprar —le advirtió—. Si me lo vuelve a quitar, monto el numerito —añadió sonriendo.

Jake miró a su alrededor nervioso. Menos mal que no había otros clientes y el dependiente estaba más interesado en el periódico que en ellos.

—Vámonos —insistió—. Tiene suficiente ropa para un año.

—¿Quién sabe? A lo mejor tenemos que permanecer escondidos un año —contestó Shoshauna dejándole muy claro a Jake, por si le quedaba alguna duda, que no tenía ningún interés en volver junto a su príncipe.

—He recibido instrucciones. Debemos mantenernos escondidos durante una semana.

Shoshauna eligió unos pantalones cortos muy cortos.

—Nos tenemos que ir —insistió Jake.

—No he terminado todavía.

Jake la agarró del codo, miró al dependiente y la llevó a un extremo de la tienda.

—Princesa, debe tomar una decisión.

—¡Ya lo sé! —contestó Shoshauna poniéndose obtusa adrede—. ¿Rosa o verde? —añadió señalando el biquini.

«Desde luego, rosa», pensó Jake obligándose a mantener cara de póquer a pesar de que Shoshauna había tomado el biquini y se lo había puesto delante de las narices. Imaginársela ataviada con aquella prenda era más que suficiente para estremecerse.

Jake tomó aire.

—Lo que está en juego aquí es su vida, no la mía —le advirtió—. Si usted no quiere responsabilizarse de su propia vida, yo no puedo hacer nada, así que, si no está dispuesta a cooperar, la llevo a palacio ahora mismo.

Jake se dio cuenta por la expresión del rostro de Shoshauna de que no quería volver allí, así que la presionó todavía un poco más.

—Volver al palacio sería lo que mejor me vendría a mí porque la verdad es que he llegado aquí por casualidad. Me contrataron como miembro del equipo de seguridad para la boda, pero no como guardaespaldas. Además, a mi jefe no le va a hacer ninguna gracia que no me incorpore al trabajo el martes.

Todo era mentira. Por supuesto, no iba a llevarla al palacio hasta que Gray hubiera esclarecido el ataque en la iglesia y, además, sabía que su amigo se pondría en contacto con su unidad para informar de que, debido a circunstancias que escapaban a su control, no podría incorporarse cuando estaba previsto.

Claro que Shoshauna no tenía por qué saber todo aquello.

—Estoy seguro de que su prometido estará muy preocupado y querrá que vuelva cuanto antes para convertirla en su esposa y mantenerla a salvo. Probablemente, estará más cualificado para hacerlo que yo —continuó, dándose cuenta de que Shoshauna lo miraba horrorizada—. Sí, creo que lo mejor sería que volviéramos.

Podrían celebrar una ceremonia íntima y secreta, irse de luna de miel y, seguro que cuando volvieran, todo se habría solucionado ya.

Shoshauna lo miraba nerviosa y tensa y Jake sintió pena por ella. Era evidente que no quería casarse y que lo que sentía por su prometido no era muy positivo, pero se vio obligado de nuevo a tapar su curiosidad y su compasión y a decirse que todo aquello no era problema suyo y que su prioridad era la seguridad de aquella mujer.

Aun así, sintió compasión por ella al ver que palidecía. Shoshauna dejó el biquini rosa en el perchero, pero se giró y fue hacia el mostrador como si siguiera mandando y él fuera su sirviente... obligado a seguirla y a pagar.

Era evidente que Shoshauna nunca había manejado dinero ni tarjetas de crédito. Posiblemente, el personal de palacio se encargara de esos detalles. Jake podría haberla avergonzado, pero decidió que no había motivo, así que se acercó dispuesto a hacerse cargo de las compras.

—Ya pago yo, cariño —comentó con naturalidad.

Aunque hacerse pasar por novios había sido idea de ella, Shoshauna se encontró sonrojándose y desviando la mirada. Sin embargo, sin previo aviso, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Gracias, mi príncipe azul —le dijo decidiendo que él también necesitaba un nombre secreto.

Jake era consciente de que era lo menos parecido a un príncipe azul que existía en el mundo. Al instante, rezó para que el dependiente no levantara la mirada porque sería glorioso ver a un hombre sonrojándose porque su novia lo había besado y lo había llamado «príncipe azul».

Jake no quiso mirar a Shoshauna para no empeorar las cosas, pero lo cierto era que se había sentido sorprendido por la dulzura de sus labios, que le habían parecido sensuales y suaves como alas de mariposa.

—Mira —le dijo Shoshauna emocionada de repente señalándole un cartel que había bajo el cristal del mostrador.

—«Se alquilan motos por horas, días y semanas» —leyó ella.

Jake era consciente de que iba a ser la última vez que pudiera utilizar la tarjeta de crédito, así que había llegado el momento de cambiar de vehículo. Aunque en un principio no le había parecido buena idea hacerse con una moto, se encontró ahora pensándolo mejor.

Desde luego, arriesgarse a que los parara la policía en un coche robado no era muy inteligente. Sin embargo, mezclarse con los miles de turistas que se movían en moto por la isla parecía mejor.

Jake estaba casi convencido de que las amenazas que había estado recibiendo la princesa habían sido para parar la boda y suponía que, realmente, no estaba en peligro. Aun así, no podía dar nada por sentado y debía protegerla.

—Por favor —insistió Shoshauna bajándose las gafas.

Aquella mujer tenía unos ojos increíbles del color de las aguas tropicales y lo

estaba mirando como si su vida dependiera de su decisión de alquilar una moto.

Media hora después, Jake tenía una mochila llena de cosas, había escondido el taxi robado detrás de los arbustos y estaba estudiando la moto que habían alquilado y que era más bien un ciclomotor.

—Venga aquí —le indicó a la princesa tomando un casco.

—¡No me quiero poner eso! ¡Lo que quiero es que me dé el viento en la cara!

Jake se había percatado de que casi nadie en aquella isla llevaba casco. Debía de ser porque aquellos ciclomotores no alcanzaban mucha velocidad. Aun así, no debía dejar que Shoshauna decidiera lo que había que hacer.

—Por favor, príncipe azul —insistió ella.

—Yo no soy ningún príncipe —le advirtió Jake—. Venga aquí y póngase el casco.

—¿Usted también se lo va a poner?

Jake no contestó. Se limitó a enarcar una ceja y Shoshauna comprendió que, si no se ponía el casco, la devolvería a palacio, así que accedió en silencio.

Cuando se quitó el sombrero de paja, Jake intentó ocultar su sorpresa. En los pocos minutos que no la había vigilado, mientras hablaba con Gray y ella iba al baño, se había cortado el pelo.

Desde luego, se notaba que no lo había hecho un peluquero profesional, pues tenía trasquilones por todas partes. A juzgar por cómo le había quedado, debía de habérselo cortado con un cuchillo en lugar de con unas tijeras. Debería haber estado horrible, pero tenía un aire adorable, pues parecía un elfo rebelde. Aquella nueva imagen no iba en absoluto con la ropa conservadora que Jake había elegido para ella.

—¿Qué le ha pasado a su pelo? —le preguntó fijándose en sus ojos y en sus labios, que ahora resaltaban todavía más.

—Me lo he cortado.

—Ya lo veo —contestó Jake poniéndole el casco para cubrir el desaguisado—. ¿Y qué ha hecho con él?

Por la expresión de su rostro, Jake comprendió que la princesa lo había dejado donde había caído.

—Cuando lo encuentren, sabrán que se lo ha cortado y, entonces, buscarán a una chica calva, que es mucho más fácil de encontrar aquí que una chica de melena larga —le advirtió.

—No estoy calva —protestó Shoshauna.

—He visto reclutas con más pelo que usted —contestó Ronan.

—Puede volver a recogerlo —propuso la princesa.

—No, déjelo estar. Con un poco de suerte, nadie la verá.

—¿Tan mal estoy?

Ronan pensó que podía decirle que no, que no era para tanto, pero eso habría sido propio del príncipe azul.

—Fatal —contestó.

Ronan se fijó en que Shoshauna se ponía las gafas demasiado rápido y rezó para que no se pusiera a llorar.

«No debería comportarme como un canalla», pensó.

Sin embargo, comportándose como un canalla, tal vez, estaría a salvo. ¿Desde cuándo era él quien debía estar a salvo y no ella? Ronan apartó aquel pensamiento de su mente.

—Quiero que piense en un lugar en el que podamos estar una semana sin que nos encuentren —le pidió.

Después de haberlo dicho, intentó no cerrar los ojos. Iba a pasar una semana con aquella mujer y su biquini verde, los pantalones cortos muy cortos y otras prendas provocativas que había adquirido.

Ronan comprendía que la princesa se moría por tener cosas que le habían sido negadas durante toda la vida, cosas de las que probablemente ella ni siquiera fuera consciente y que iban mucho más allá de montar en moto y de cortarse el pelo.

Cosas que su marido debería enseñarle, que debería estar enseñándole en aquellos momentos. Ronan no tenía derecho a sentirse agradecido de que no estuviera en manos de aquel hombre.

En lugar de estar con su marido, la vida se la había encomendado a él para que la mantuviera a salvo.

Incluso de sí mismo.

Aun así, él era un soldado, no un santo. Le estaban pidiendo demasiado. Ronan se giró, se subió al ciclomotor y lo puso en marcha. A continuación, dio unos golpecitos sobre el sillín sin mirar atrás, lo que no le sirvió de nada porque, cuando la princesa se subió, vio que sus rodillas quedaban al descubierto.

Desde luego, aquella mujer ya no parecía una princesa, lo que los beneficiaba, pues nadie la reconocería con aquella apariencia.

—Agárrese fuerte —le indicó.

Nada más decírselo, sintió sus curvas contra su cuerpo. ¡Vaya, por una vez le había hecho caso!

—Conozco un lugar —le dijo Shoshauna al oído—. Conozco el lugar perfecto.

Ya en camino, el teléfono móvil de Ronan se puso a vibrar. Al aminorar la marcha y mirar la pantalla, comprobó que se trataba de su madre y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no contestar y ponerse a gritar. Dejó que saltara el contestador automático y que su progenitora le dejara otro mensaje.

En aquel momento, estaban cruzando por encima de un puente y por debajo discurría un río. Sin pensarlo, Ronan tiró el teléfono al agua.

Trabajaba protegiendo a otras personas y, a veces, tenía la sensación de que todo el mundo era su responsabilidad, pero la verdad era que nunca había podido proteger a su madre de quien debía protegerse más: de sí misma.

Shoshauna apoyó la mejilla sobre el hombro de Ronan y percibió su aroma a jabón y a hombre mezclado con el olor de la camisa nueva.

Iba a estar con aquel hombre una semana. Solos. En un lugar donde nadie los encontraría nunca. Aquello se le antojaba peligroso, emocionante y aterrador. Shoshauna se apretó contra él.

Sentía una especie de temblor por todo el cuerpo que no era únicamente debido a que Ronan hubiera dicho que estaba feísima ni tampoco a la vibración del ciclomotor.

—¡Más deprisa! —gritó.

Ronan la miró.

—Esto no va mucho más deprisa —contestó acelerando un poco más.

Shoshauna sintió que el estómago le daba un vuelco y gritó encantada. Ronan la volvió a mirar y sonrió. Estaba intentando no hacerlo, pero no podía controlarlo y a Shoshauna aquella sonrisa se le antojó como el sol que salía entre las nubes tímidamente en un día gris.

Aquella sonrisa hizo que se olvidara de que tenía muy poco tiempo para hacer realidad todos sus sueños y se dijo que una semana era más de lo que habría soñado jamás.

En aquel tiempo y con aquel hombre, tal vez, pudiera realizar uno de sus sueños más importantes, un sueño mucho más importante que ponerse pantalones cortos y montar en moto o tocar la nieve.

Disponía de unos cuantos días para vivir con una persona de verdad, no rodeada de personas ansiosas por agradarla.

«Si usted no quiere responsabilizarse de su propia vida, yo no puedo hacer nada».

Aquello le había hecho plantearse qué había hecho con su vida. ¿Cómo era posible que se le hubiera ido de las manos? Tal vez, Ronan pudiera ayudarla a encontrarse a sí misma.

Cuando era más joven, le habían permitido ir a un lugar donde se había sentido ella misma, una persona de verdad, donde se había permitido relajarse y aceptarse tal y como era, donde no había tenido que fingir por ser miembro de la familia real, donde las buenas maneras no lo eran todo.

Shoshauna tema miedo de perderse a sí misma si se casaba con el príncipe Mahail.

—Mis abuelos tienen una casa de verano en una pequeña isla que está al norte y en esta época del año no hay nadie —le dijo a Ronan.

—¿Nadie? ¿No hay equipo de seguridad ni de servicio?

—Es una isla privada, pero no en plan multimillonario. Si conociera usted a mi abuelo, lo entendería. A él no le gusta nada todo esto del protocolo real. Él prefiere la sencillez. La isla es casi primitiva, no hay electricidad y la casa tiene el tejado de paja.

—¿Hay agua corriente?

—No, pero hay un arroyo.

—¿Cómo se llega hasta allí?

—Mi abuelo siempre tiene un bote en el muelle que hay al otro lado de la bahía.

—Perfecto —contestó Ronan—. Entonces, dígame la manera más rápida de llegar hasta allí.

Pero, en lugar de decirle la manera más corta de llegar, Shoshauna le indicó la más larga porque no sabía si iba a poder volver a montar en moto con un hombre de sonrisa increíblemente sexy.

Le estaba encantando aquello de montar en moto, sentir el viento rozándole la cara, jugando con su falda y tocándole las piernas mientras el sol la besaba. Shoshauna tenía una sensación muy agradable, la sensación de estar conectada con todo. Olía de maravilla, los pájaros y los monos charlaban en los árboles y ella no se sentía separada de todo aquello, sino que se sentía parte.

También se sentía conectada a Ronan, al que tenía abrazado con los brazos y con las piernas de manera algo íntima. A su madre le habría dado un ataque de histeria y a su padre tampoco le habría hecho ninguna gracia.

¡Por no hablar de Mahail!

Aquella misma mañana tenía la sensación de que su vida estaba decidida y de que no podía escapar a su destino, y ahora llevaba un corte de pelo que al príncipe Mahail no le habría gustado nada. Seguro que tampoco le gustaba nada saber que había pasado una semana sola con un desconocido.

—¿Podemos ir un poco más deprisa? —gritó.

Ronan dudó, pero aceleró. El ciclomotor avanzaba por la autopista a la máxima velocidad que permitía su motor, que fue suficiente para que a Shoshauna se le formaran lágrimas en los ojos.

No quería pensar en cuánto iba a durar aquello pues, a lo mejor, aquélla era la única vez en su vida que podría hacerlo.

Shoshauna echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas porque se sentía feliz en aquel momento, en contacto con la droga más potente del mundo: la libertad.

Capítulo 3

En cuanto llegaron a la playa, Ronan apagó el motor de la lancha. Miró a la princesa, que estaba dormida, exhausta, y decidió que no había necesidad de que los dos se mojaran, así que se puso en pie y saltó al agua, que estaba caliente.

Era de noche, pero se veía porque el cielo estaba cuajado de estrellas y había luna llena. Desde el punto de vista de un soldado, la isla era perfecta, pues desde allí apenas se veía la isla de B'Ranasha si no fuera por unas débiles luces en el horizonte.

Había navegado alrededor de la isla para ver cómo era. Apenas tenía ocho kilómetros de perímetro y había descubierto que el único lugar de acceso era aquella playa.

En todos los demás lugares de la isla, la exuberancia tropical y los acantilados de roca hacían imposible el acceso. Debido a la vegetación y a lo pequeña que era, un avión no podría aterrizar, sería imposible lanzarse en paracaídas y un helicóptero lo tendría muy difícil. En cualquier caso, oirían el ruido y podrían escapar.

Desde luego, era una posición muy defendible.

Perfecta desde el punto de vista de un soldado. Sin embargo, a nivel personal, desde el punto de vista de un hombre, no estaba tan bien. Se trataba de una isla desierta y absolutamente paradisíaca. La arena de la playa era blanca, había pájaros exóticos llenando la noche con su música, la brisa llevaba el perfume de las flores y las palmeras bailaban mecidas por el viento.

En un lado de la playa había una casa cuyo tejado estaba hecho con hojas de palma y que tenía un porche que daba al mar. Aquel lugar era más propio para pasar unas vacaciones o una luna de miel que para esconderse, lo que también podía jugar en su favor, pues era prácticamente seguro que nadie iría allí a buscar a la princesa.

Ronan ató el bote a un poste y volvió a mirar a Aurora. Su bella durmiente. La princesa, exhausta por los acontecimientos inesperados que habían tenido lugar el día de su boda, estaba hecha un ovillo y profundamente dormida sobre los chalecos salvavidas.

La luz plateada de la luna la bañaba con su magia y Ronan volvió a pensar que su radical corte de pelo le confería un aire adorable. En aquel momento, se fijó en el largo y el volumen de sus pestañas, que reposaban sobre sus mejillas. Shoshauna estaba hablando en sueños y sus labios formaban una palabra.

Retnuh.

La falda se le había subido y Ronan se encontró fijándose en sus braguitas blancas, tan blancas y puras que sintió que la boca se le secaba. Al instante, alargó el brazo y le colocó bien la falda.

Isla desierta. Mujer guapa. Una semana. Nunca se le habían dado bien las matemáticas, pero reconocía una ecuación difícil cuando la tenía delante.

Había participado en muchas misiones de protección y, aunque no era su trabajo preferido, sabía hacerlo muy bien. Había protegido a jefes de estado y a sus familias,

a políticos, a miembros de familias reales y a presidentes de multinacionales.

En todas aquellas ocasiones, los hombres y mujeres que participaban en el equipo de protección tenían muy claro que no se debían establecer relaciones personales con los protegidos. Los vínculos emocionales comprometían la misión. Así de claro.

Claro que, en aquellas ocasiones, siempre había habido un equipo de protección, nunca una persona sola y siempre el entorno había sido propicio para que no se entablaran relaciones personales.

En esta ocasión, Ronan estaba jugando con normas nuevas y no le gustaba, así que, antes de despertarla, miró hacia arriba, a las estrellas, reunió fuerzas y se recordó a sí mismo que tenía una misión que hacer y que debía cumplir unas normas.

—Eh, despierte —le dijo después en voz baja.

Shoshauna se movió, pero no se despertó, así que Ronan le puso la mano en el hombro. Al hacerlo, comprobó que estaba muy delgada.

—Princesa —insistió.

No le habría costado nada tomarla en brazos, pero sabía que no debía hacerlo. Con sólo tocarle el hombro ya era suficiente para comprender que más contacto físico no haría sino añadir peligro a una combinación ya de por sí inflamable.

—Despierte —le dijo elevando la voz.

La princesa abrió los ojos y parpadeó. No sabía dónde estaba. Entonces, lo miró y le dedicó una sonrisa que habría podido derretir al soldado más profesional del mundo.

Shoshauna se incorporó, miró brevemente a su alrededor y después suspiró, contenta. ¡Cuánto le gustaba estar allí! ¡Cuánto le había gustado todo aquel día!

Ronan había intentado mostrarse inmune a su risa y a sus abrazos en la moto, pero, en realidad, lo habían afectado. Menos mal que la princesa no se había dado cuenta.

Shoshauna se quitó el chaleco salvavidas, se estiró de manera que sus pechos se aplastaron contra la tela de la blusa y se puso en pie.

Al hacerlo, el bote se movió y Ronan tuvo que agarrarla. El contacto físico que tanto ansiaba evitar se produjo de todas maneras. Shoshauna volvió a moverse y, al hacerlo, Ronan se vio obligado a tomarla de la cintura y a bajarla del bote.

—¡Qué fuerte es usted! —exclamó Shoshauna una vez en tierra.

Ronan decidió que no debía dejarse llevar por sus cumplidos ni por su admiración. Una semana. Tenían que conseguirlo.

—¿Verdad que esto es precioso? —le preguntó Shoshauna—. A mí me encanta este lugar. Mi abuelo lo llama Naidina Karobin, que quiere decir, más o menos, «mi corazón está en casa».

«Genial», pensó Ronan.

—¿Verdad que es precioso?

—Sí, sí.

Los hombres de verdad no empleaban palabras como «precioso». Excepto, tal

vez, para describir, en secreto por supuesto, un rostro tan bonito como el que tenía ahora mismo ante sí.

Misión.

Ronan alargó el brazo y sacó la mochila del bote. A continuación, siguió a la princesa a través de la playa hacia la casa mientras se fijaba en que los árboles de alrededor estaban cargados de cocos, plátanos y mangos.

Habían ido a parar al jardín del Edén. A ver si era capaz de resistirse a la manzana.

Límites.

Mientras se iban acercando a la casa, la princesa se agarró la falda y se puso a bailar sobre la arena. Parecía una ninfa con piernas de plata.

Normas, responsabilidad, profesionalidad.

Ronan la seguía, pero aminoró la marcha, como queriendo posponer el momento de verse dentro de la casa con ella, un momento que temía especialmente, pues todo se intensificaría mucho más.

Cuando lo habían reclutado para formar parte de Excalibur, le habían hecho pruebas de resistencia, fuerza física y capacidad intelectual y le habían obligado a acostumbrarse a aguantar más estrés que cualquier persona normal.

Sin embargo, compartir el espacio de la casa en aquella isla con una bella durmiente de verdad se le antojaba una prueba mucho más difícil que todas aquéllas.

Ronan tomó aire y subió los escalones que llevaban hasta la puerta. Una vez allí, descubrió que lo que él había tomado por un porche no lo era en realidad. Lo cierto era que la estructura de la casa estaba completamente abierta para aprovechar el entorno. Cortinas ligeras y blancas bailaban y se movían por efecto de la brisa nocturna, lo que confería al interior un encanto exótico y especial.

La pieza principal tenía el suelo de madera oscura y la luz de la luna le permitió ver que estaba desgastada por los años de uso. Alrededor de una mesa había varias butacas de ratán. Era un rincón encantador y perfecto para conversar y relajarse.

Para intimar.

Al otro lado de la estancia estaba el comedor, cuya sillería de madera era, evidentemente, antigua y valiosa. El hecho de que dejaran algo de tanto valor en una casa completamente abierta era prueba más que suficiente de que aquella isla era segura.

Ronan vio una lámpara y la encendió con la esperanza de romper el encantamiento, pero el haz de luz dorada no hizo sino aumentarlo y dar al espacio un aire todavía más romántico, exótico y sensual.

La luz iluminó también el rostro de Shoshauna, que miraba a su alrededor encantada. Ronan habría preferido que se estuviera quejando de las telas de araña y de que no había electricidad.

Para distanciarse de aquellas punzadas de atracción que sentía por ella, se apresuró a cruzar la estancia y a abrir una puerta trasera para investigar. La puerta

daba a la cocina, situada en el exterior. Allí, vio que había una chimenea de leña y una barbacoa. También había estanterías bien provistas de comida. Una persona podría haber acampado allí tranquilamente y haber vivido durante un año sin que le faltara de nada.

Un poco más allá, junto a una gruta llenas de flores, había una ducha situada al aire libre y la sensación de atracción de la que Ronan estaba huyendo regresó con fuerza, así que volvió a entrar en la casa y la recorrió.

Había dos dormitorios además del salón. En el primero había una cama enorme y se oía el murmullo del mar. Cuando entró en la otra habitación, más pequeña, encontró a la princesa.

—¡De pequeña siempre dormía aquí! ¡Parece como si estuvieras en la playa! Esta casa la diseñó mi abuelo. Era arquitecto. Yo voy a dormir aquí.

Ronan habría preferido que la princesa hubiera elegido el dormitorio grande, que se hubiera comportado como una niña mimada y caprichosa. Así, le habría resultado más fácil olvidarse de la atracción que sentía por ella.

—Yo creo que sería mejor que usted se quedara con el dormitorio grande. Al fin y al cabo, la princesa es usted —sugirió.

—No. Durante esta semana, no lo soy —contestó Shoshauna sonriendo encantada ante la idea.

Si fuera cierto que no fuera una princesa, si fuera una chica normal y corriente de verdad...

Ronan se obligó a apartar aquel pensamiento de su mente. Aunque fuera una gitana errante, seguiría siendo la persona a la que debía proteger.

Ronan se sacó una navaja del bolsillo y cortó la cuerda que mantenía el colchón enrollado. A continuación, miró debajo del somier y encontró un arcón en el que estaba la ropa de cama. En mitad de las sábanas habían puesto un saquito de flores, de manera que la ropa olía de maravilla.

Ronan se apresuró a dejar las sábanas sobre la cama y, al ver la cara de confusión de Shoshauna, sonrió.

—No sabe hacer una cama —comprendió.

¿Y para qué iba a saber una princesa cómo se hacía una cama? Pero la verdad era que le resultaría muy fácil olvidarse de que la mujer que tenía ante sí era una princesa porque verla allí con esos pelos y tan mal vestida era más que suficiente para creer que era una chica normal y corriente.

Pero no debía olvidar que era una princesa de verdad. Así, le resultaría más fácil mantener los límites, no comprometer su profesionalidad y respetar su trabajo.

Shoshauna era una princesa y él era un soldado. Sus vidas no tenían absolutamente nada que ver.

—Mi madre nunca ha querido que aprendiera —contestó Shoshauna con tristeza—. Ella era de la opinión de que hacer cosas que los sirvientes pueden hacer por nosotros era vulgar. Claro que para entenderla hay que saber que era plebeya y que

siempre se sintió insegura de su procedencia.

Así que, efectivamente, aquella mujer no sabía hacer una cama.

Todos los soldados habían tenido que pasar por la prueba en un momento o en otro de hacer una cama para satisfacer a un sargento exigente. Por eso, Ronan era capaz de hacer una cama perfecta en cualquier momento y en cualquier lugar.

Desde luego, fijarse en las diferencias que había entre ellos le pondría las cosas más fáciles. Pensar en Shoshauna como en una chica mimada e inútil le ayudaría a olvidarse de sus curvas pegadas a su cuerpo en la moto.

—Ya se la hago yo, princesa —le ofreció.

—¡No quiero que me haga usted la cama! ¡Lo que quiero es que me enseñe a hacerla!

Ronan estaba cansado, pues no había podido dormir, como ella, en el bote. Habría preferido hacerle la cama e irse a dormir, pero iba a tener que convivir con aquella mujer durante una semana y prefería no ponerse a discutir desde el principio.

Entonces se fijó en sus voluminosos labios y pensó que iba a tener que aguantar una semana sin besarla. Desde luego, hacer la cama juntos no era la mejor idea del mundo, pero Ronan decidió seguir adelante, así que separó las sábanas de las mantas, localizó la bajera y se dispuso a comenzar.

—¡Ya lo hago yo! —exclamó la princesa.

Ronan levantó las manos en actitud de rendición, dio un paso atrás e intentó no hacer muecas de disgusto cuando Shoshauna comenzó a meter las sábanas, pues las dejó tan flojas que se formaron arrugas por todas partes. Aun así, no le ofreció ayuda, pues ella tampoco se la estaba pidiendo.

Llegado el momento, le dio la segunda sábana e intentó mantener la cara de póquer mientras la princesa la metía de mala manera bajo el colchón. A continuación, observó cómo metía las almohadas en las fundas al revés y le entregó la manta, que Shoshauna colocó como mejor pudo.

Al final, la cama tenía más aspecto de nido que de cama bien hecha, pero la princesa estaba exultante.

—¿Lo ve? Puedo hacer cosas normales.

—Sí, ya lo veo —contestó Ronan.

No debió de sonar demasiado convincente porque Shoshauna lo miró con una ceja enarcada. Cualquier sargento la habría obligado a deshacer la cama y a volverla a hacer, pero Ronan se dijo que él no era ningún sargento con ganas de fastidiar sino, más bien, un tipo normal y corriente intentando sobrevivir.

—Bueno, pues me voy...

—Voy a hacer también su cama —lo interrumpió Shoshauna—. Para practicar.

—¿Y para qué necesita practicar haciendo camas? —quiso saber Ronan, al que no le hacía ninguna gracia que Shoshauna le preparara la cama.

De repente, se le hizo más patente que nunca que estaban completamente solos y se fijó en que la humedad del mar había hecho que a la princesa se le pegara el

vestido al cuerpo y se le rizara el pelo.

Sin contestar, Shoshauna salió rápidamente de la habitación y Ronan no tuvo más remedio que seguirla y que quedarse mirando mientras sacaba las sábanas de otro arcón que había en el dormitorio que él iba a ocupar.

—Esta semana voy a hacer todo tipo de cosas normales y corrientes —anunció Shoshauna.

—¿Por ejemplo? —le preguntó Ronan horrorizado ante cómo estaba haciendo su cama.

—¡Voy a cocinar! —exclamó la princesa.

—Estupendo —contestó Ronan sin entusiasmo.

La princesa lo miró con las cejas enarcadas de nuevo.

—Quiero lavar los platos y la ropa. ¿Me puede enseñar a hacerlo?

Lo había dicho con tanto entusiasmo que Ronan se planteó que, quizás, le estuviera tomando el pelo, pero ese mismo entusiasmo lo llevó a decidir que no era así.

¿Qué hacía un hombre para mantener una distancia profesional con una princesa que lo único que quería era ser una chica normal y corriente y que estaba encantada ante la idea de hacer las cosas normales y corrientes de la vida?

Ronan asintió con prudencia.

—Me gustaría aprender a coser un botón —decidió Shoshauna—. ¿Usted sabe hacer esas cosas?

Aparte de saber hacer camas, Ronan sabía coser botones, dobladillos de pantalones y muchas otras cosas, pero no tuvo tiempo de contestar porque Shoshauna no le permitió que lo hiciera.

—¡Y, por supuesto, quiero nadar en el mar! ¡De pequeña me encantaba hacerlo!

Ronan pensó en el bikini que llevaba en la mochila y cerró los ojos.

—Por casualidad no sabrá usted hacer surf, ¿verdad? —le preguntó la princesa—. Solía haber una tabla debajo de la casa. ¡Espero que siga allí!

Ronan se había pasado la adolescencia sobre una tabla de surf y tenía la sensación de que aquello lo había salvado de delinquir. Aquel amor que sentía por las olas, aquella necesidad de perfeccionar la danza con la tremenda fuerza del mar había sido su salvación.

—No creo que en esta playa se pueda hacer surf porque está muy protegida —contestó.

—Bueno, pues podemos hacer esnórquel.

Ronan pensó que hablaba como si fueran dos amigos pequeños que acabaran de empezar las vacaciones y se dijo que había llegado el momento de dejarle muy claro que no iban a ser amigos, pero se mordió la lengua.

—Buenas noches, Ronan —se despidió Shoshauna—. Qué bien nos lo vamos a pasar mañana —añadió dándole un beso en la mejilla.

Una vez a solas, Ronan se tocó la mejilla algo molesto, pues el beso lo había

alterado y se tenía por un hombre muy pragmático. Cuando oyó que Shoshauna se había metido en la cama, salió de su habitación y recorrió la casa.

Lo único que se oía era el canto de los pájaros nocturnos. El mar estaba oscuro y en calma y las únicas luces que se veían eran las de las estrellas y la luna, pues las de B'Ranasha ya se habían apagado.

Ronan volvió a su habitación. Necesitaba dormir porque debía pensar con claridad y disciplina. Llevaba tantos años trabajando de soldado que había desarrollado la capacidad de dormir alerta y sabía que su sexto sentido los protegería mientras descansaban.

Así que se quitó la camisa, pero se dejó los pantalones. No quería que Shoshauna lo viera en calzoncillos y podía darse la situación de tener que levantarse de la cama a toda velocidad en mitad de la noche.

Se metió en la cama y se dijo que debían de ser imaginaciones suyas, pero lo cierto era que le pareció percibir el perfume de Shoshauna en las sábanas. Aun así, estaba tan cansado que reposó la cabeza sobre la almohada y se dispuso a dormir.

Después de una hora dando vueltas, se levantó, volvió a hacer la cama perfectamente, se volvió a acostar y se durmió al instante.

Al abrir los ojos a la mañana siguiente, Shoshauna percibió los rayos del sol sobre su cama, el canto de los pájaros y el olor y el sonido del mar.

Recordó que estaban en la isla de su abuelo, recordó cómo había escapado por los pelos de casarse y los inesperados regalos que le había hecho la vida: montar en moto, comprarse un bikini atrevido y unos pantalones cortos muy cortos.

Por no hablar de besar a Ronan en la mejilla, de sentir los músculos de su espalda en la moto y sus manos en la cintura cuando la había ayudado a bajar del bote.

Ronan era un hombre fuerte que se movía con elegancia y que irradiaba confianza en sí mismo. Además, tenía una voz firme y un acento maravilloso. ¡Por no hablar de sus ojos, claro! Se trataba de los ojos de un soldado, unos ojos fríos y distantes, pero, cuando se caía la máscara, reflejaban un brillo especial y Shoshauna sentía un estremecimiento incontrolable de deseo.

Aquel hombre le hacía sentir muchas cosas, le hacía sentirse emocionada y tímida, molesta y enfadada y, en definitiva, viva.

Shoshauna sabía que no era correcto estar pensando aquello sobre un hombre que no era su prometido, pero, aun así, era perfectamente consciente de que, si hubiera tenido que elegir a un hombre con el que pasar una semana en una isla desierta, habría elegido a Ronan.

Al levantarse de la cama y verse en el espejo, se acordó de que se había cortado el pelo y se llevó los dedos a la cabeza. Lo cierto era que lo había hecho fatal, pues tenía trasquilones por todas partes, pero, aun así, le encantaba porque parecía una chica aventurera y no una princesa que había crecido en una jaula de oro.

Aquella mañana se sentía enamorada de la vida, emocionada y curiosa ante los regalos que aquel nuevo día le depararía y dispuesta a conocer mejor a Ronan.

Shoshauna se dio cuenta de repente de que no se había sentido así desde que había accedido a casarse con el príncipe Mahail. Desde aquel momento, se había levantado todos los días con una sensación de pesar y de miedo en la boca del estómago, sintiéndose como una prisionera que contaba los días que faltaban para que se ejecutase su sentencia de muerte.

Shoshauna sintió que el corazón le daba un vuelco al pensar en que aquella libertad de la que estaba disfrutando no le iba a durar mucho, pero se dijo que no debía perder el tiempo pensando en ello.

Ronan había dejado la mochila en su habitación, así que rebuscó y encontró los pantalones cortos y una camiseta de tirantes roja que se ajustaba a sus curvas. Así ataviada, se miró al espejo y sonrió encantada.

Al salir de su habitación, comprobó que el dormitorio de Ronan estaba vacío. Desde el pasillo, vio que ya había hecho la cama, entró y la inspeccionó. Estaba perfecta. Dio un paso atrás al percibir su olor, un olor masculino, fuerte y penetrante como una droga.

A continuación, volvió a su dormitorio, hizo su cama lo mejor que pudo, decidió que tanto ella como el dormitorio estaban estupendamente normales y corrientes y salió a buscar a Ronan.

Lo encontró en la cocina exterior. Estaba pelando fruta y cortándola en trozos y Shoshauna se quedó disfrutando de aquella sencilla escena hasta que Ronan levantó la mirada y enarcó una ceja.

¡Se había dado cuenta de que lo estaba observando!

Shoshauna vio que la miraba de manera diferente y dedujo que sería por su indumentaria, pero Ronan se apresuró a poner una barrera entre ellos y a aparentar que no había pasado nada.

—Buenos días, princesa, ¿ha dormido usted bien? —le preguntó educadamente.

Aquel hombre no se parecía en absoluto al hombre que se había reído con ella el día anterior. Shoshauna habría querido dar al traste con la barrera que veía en sus ojos.

—Puede llamarme Shoshauna.

—No puedo.

—Se lo ordeno.

Ronan se rió a carcajadas.

—Lo siento mucho, pero, aunque sea una orden, no la voy a obedecer. Me resulta imposible llamarla por su nombre de pila.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado íntimo y yo soy su guardaespaldas, no su amigo.

Shoshauna se sintió dolida al comprobar que aquel hombre quería todo lo contrario de lo que quería ella. Ella deseaba sentirse unida a otro ser humano mientras

que él quería poner distancia; ella anhelaba aprovechar aquel tiempo que iban a estar juntos para explorar los misterios de Ronan mientras que él estaba decidido a seguir siendo todo un misterio.

¡Qué frustración!

A su madre le habría parecido muy bien su actitud, habría dicho que se trataba de un hombre que sabía exactamente cuál era su lugar y que estaba muy bien que respetara sus diferencias, mientras que a su abuela le habría encantado, pues siempre había dicho que los soldados eran los mejores maridos del mundo porque estaban acostumbrados a obedecer.

¡Sin embargo aquel soldado no parecía dispuesto a obedecerla! Y ella quería que participara de su aventura. Le iba a resultar imposible olvidarse de que era princesa y apartar sus obligaciones y responsabilidades de la cabeza si aquel hombre se empeñaba en recordárselas dirigiéndose a ella por su título.

—¿Y por qué no me llama por mi nombre secreto? —sugirió.

Ronan dudó y se encogió de hombros. Shoshauna no supo cómo interpretar aquel gesto y Ronan volvió a concentrarse en la fruta que estaba pelando.

—Ya lo hago yo —se ofreció Shoshauna acercándose.

Ronan se apartó y Shoshauna dio otro paso hacia él. Ronan se volvió a apartar y, sin ni siquiera mirarla, le entregó un cuchillo diminuto y un mango.

—No se corte —le dijo secamente.

Shoshauna se quedó observando atentamente cómo Ronan pelaba la fruta que tenía en la mano. De nuevo, la sorprendió mirándolo, dejó el cuchillo sobre la mesa y se acercó al horno de leña.

—¿Qué vamos a hacer en el horno? —le preguntó Shoshauna muy contenta.

—Yo voy a hacer galletas —contestó Ronan.

—¡Quiero aprender!

—¿Para qué?

—Porque me parece que puede ser útil.

—Efectivamente, es útil. Para mí, que soy una persona que se encuentra frecuentemente en circunstancias duras, pero no para una princesa.

—¡Quiero aprender a hacer cosas útiles!

—Lo que es útil en su mundo y lo que es útil en el mío son dos cosas completamente diferentes —comentó Ronan.

Shoshauna atacó el mango con su cuchillo y diez minutos después tuvo que aceptar que Ronan tenía razón. El mango estaba destrozado y ella estaba pegajosa hasta los codos y se le había metido zumo en los ojos.

Shoshauna miró a Ronan de reojo y comprobó que estaba sacando unas galletas doradas y tostadas del horno. Olían de maravilla y se le hizo la boca agua.

—Tome —le dijo entregándole lo que quedaba de su mango.

Ronan lo aceptó sin decir nada y lo puso con cuidado junto a la demás fruta en una fuente. Shoshauna supuso que iban a entrar para desayunar en el comedor, pero

Ronan le indicó un pequeño banco de piedra, dejó la fuente entre ambos cuando se sentaron, eligió un pedazo de fruta y se lo llevó a la boca mientras cerraba los ojos y disfrutaba del sol.

Shoshauna siguió su ejemplo. Había probado la mejor comida del mundo, había estado en los mejores restaurantes de B'Ranasha, había comido en las mejores vajillas y con las más delicadas cuberterías, pero en aquellos momentos sintió que la fruta y las galletas que se estaba comiendo era la mayor delicia del mundo.

Entonces, decidió que le encantaba ser una chica normal y corriente.

Capítulo 4

Al cabo de unos minutos, Shoshauna se dio cuenta de que la única que estaba disfrutando de la sencillez de aquel desayuno era ella.

Ronan, que evidentemente estaba disfrutando del sol y comía con apetito, parecía pensativo e introvertido. Era obvio que no tenía ningunas ganas de conectar con ella.

—¿Le gusta el desayuno? —le preguntó Shoshauna deseando entablar conversación, pues quería saber más cosas sobre aquel hombre que se había convertido en su protector.

Ronan se limitó a asentir y Shoshauna decidió ser más directa.

—Hábleme de usted —lo invitó.

Ronan la miró durante unos instantes y después desvió la mirada.

—No hay nada que contar. Soy un soldado y eso quiere decir que mi vida es noventa y nueve por ciento puro aburrimiento.

Shoshauna supuso que uno no aprendía a hacer una cama como las que hacía Ronan llevando una vida regular, pero también se dio cuenta de que el aludido le estaba ocultando parte de la verdad. Tenía muy claro por cómo se había comportado el día anterior y por la calma con la que se había conducido que aquel hombre estaba muy acostumbrado a vivir situaciones de peligro y que se encontraba tan cómodo en ellas como cualquier otro leyendo el periódico de la mañana.

—¿Y el otro uno por ciento? —quiso saber Shoshauna.

—El otro uno por ciento lo dedico a hacer lo que me da la maldita gana.

—Vaya —se sorprendió gratamente Shoshauna—. ¡La maldita gana! Seguro que es divertido.

—Preferiría que no dijera esa palabra —le dijo Ronan ignorando el obvio interés que tenía Shoshauna en que compartiera sus experiencias divertidas con ella.

—Maldita, maldita, maldita, maldita, maldita —lo desafió Shoshauna sintiéndose liberada al pronunciar aquella palabra.

En la sociedad en la que se había criado las mujeres sumisas estaban muy bien vistas, pero ella no quería ser una mujer sumisa.

Ronan la miró muy serio. Shoshauna sonrió. ¡Aquel hombre no era su padre! Apenas debía de tener unos años más que ella, así que no podía decirle cómo debía comportarse.

Ronan suspiró y Shoshauna rezó para que fuera de resignación, para que hubiera asumido que no iba a poder controlarla. Ya la habían controlado demasiado. Aquella semana iba a hacer lo que le diera la gana, lo que le diera la maldita gana.

—¿Qué es lo más emocionante que le ha pasado en la vida? —le preguntó.

Ronan se quedó pensativo, aunque estaba intentando hacerle ver que no le interesaba en absoluto su conversación y que prefería disfrutar de su desayuno a solas.

—Encontrarme con un oso en Canadá durante unos ejercicios de supervivencia en

la montaña.

—¿De verdad? ¿Y qué sucedió? —quiso saber Shoshauna.

¡Era mucho mejor de lo que se había esperado! ¡Mucho mejor que una película! Esperó a que Ronan le describiera con todo lujo de detalles lo que ella ya veía con claridad en su cabeza: a Ronan luchando valientemente con el animal, ambos revolcándose por el suelo...

—El oso salió corriendo en una dirección y yo en la otra.

Shoshauna frunció el ceño.

—¡Pues qué poco emocionante!

—Eso lo dice porque no estaba usted allí.

—Me gustaría ir a las montañas de Canadá —suspiró Shoshauna—. ¿Son bonitas? ¿Hay nieve?

—Sí a ambas preguntas.

—¿Cómo es la nieve?

—Fría.

—No, me refiero a qué textura tiene.

—Lo cierto es que no siempre tiene la misma —contestó Ronan cediendo un poco al interés de Shoshauna—. Si está muy fría, casi tiene textura de polvo. Si está un poco más derretida, es más pesada y húmeda y puedes construir cosas con ella.

—¿Un muñeco de nieve por ejemplo?

—Sí, un muñeco de nieve, claro. Yo la utilicé para construir un iglú.

—¿Qué tipo de nieve es mejor para tirarse en trineo?

—La que está más fría y seca. ¿Por qué? ¿Quiere tirarse en trineo?

—Bueno, lo he visto en la tele y me gustaría probar, sí. Me gustaría ver cosas diferentes a las que hay aquí, más bonitas.

—No sé si hay algo en el mundo más bonito que esto —contestó Ronan—. El paisaje de Canadá es más abrupto y te hace sentir muy pequeño porque te recuerda lo grande que es la Naturaleza —recapacitó—. Estoy seguro de que su marido la llevará si usted quiere ir —añadió, decidiendo que estaba hablando demasiado.

Shoshauna lo miró molesta. No quería recordar que en algún momento de su vida más bien cercano iba a tener que casarse.

—No creo que al príncipe Mahail le apetezca tirarse en trineo.

—¿No le gusta viajar y probar cosas nuevas? —se interesó Ronan.

—La verdad es que no lo sé —contestó Shoshauna con franqueza.

De repente, sintió unas tremendas ganas de llorar, así que desvió la mirada. Había estado a punto de casarse con un hombre al que no conocía de nada. A pesar de que la vida le había regalado unos días de libertad, nada le garantizaba que no fuera a tener que casarse con él finalmente.

—Eh —le dijo Ronan—, eh, no llore.

Era la primera vez que Shoshauna percibía pánico en la voz de aquel hombre. ¡Ni siquiera el día anterior, cuando había habido disparos, había demostrado miedo!

—No estoy llorando —contestó.

Sí, sí estaba llorando y se apresuró a limpiarse las lágrimas que le resbalaban por las mejillas. No quería que Ronan la viera así. ¡No quería que sintiera compasión por ella! Se suponía que era ella quien iba a averiguar cosas de él y no al revés.

—¿Por qué decidió usted hacerse soldado? —le preguntó intentando mantener la calma y no pensar en la cantidad de aventuras que se iba a perder cuando se casara con Mahail.

Algo nuevo brilló en los ojos de Ronan. ¿Compasión? ¿Empatía? Fuera lo que fuese, se abrió un poco a ella.

—De pequeño tuve una vida un tanto difícil y cuando ingresé en el ejército lo hice buscando rutina, estabilidad y disciplina, que era lo que necesitaba. Y lo encontré —contestó cerrando los ojos y elevando el rostro hacia el sol—. Usted encontrará también lo que necesita, ya lo verá. Tarde o temprano, encontrará lo que está buscando.

Shoshauna pensó en lo fácil que le resultaría confiar en aquel hombre que parecía tener respuesta para todo.

—¿Y no es muy dura la vida que ha elegido? —le preguntó aunque, en realidad, tenía otras preguntas en la cabeza.

«¿Cómo voy a encontrar lo que estoy buscando si ni siquiera sé por dónde empezar a buscar?».

—Supongo que hay compañeros a los que nuestra vida les parece muy dura. A mí, sin embargo, me parece enriquecedora porque es una vida llena de desafíos.

Shoshauna tenía otra pregunta muy importante, pero no sabía si se iba a atrever a hacérsela. De repente, pensó que, probablemente, jamás volvería a encontrarse en una isla desierta a solas con un hombre increíblemente guapo.

—¿Y tiene novia? —le preguntó rezando para no sonrojarse.

Ronan abrió los ojos, la miró durante un par de segundos y los volvió a cerrar.

—No.

—¿Por qué no?

Ronan decidió que ya había contestado suficientes preguntas y volvió a cerrarse en banda.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio de la Gestapo?

—¿Qué es la Gestapo?

—Da igual. No tengo novia porque mi estilo de vida no me lo permite.

—¿Por qué?

Ronan suspiró, pero Shoshauna no se dejó desanimar. Si no quería pasarse toda la semana hablando sola, la otra opción era hablar con él y, en aquellos momentos, sentía que su supervivencia dependía de concentrarse en la vida de Ronan en lugar de en la suya propia.

—Viajo mucho —contestó Ronan—. Me pueden llamar en cualquier momento y nunca sé cuándo voy a volver, me dedico a desactivar bombas y a saltar desde

aviones.

—¡Así que encontrarse con un oso pardo no era lo más emocionante que le había pasado en la vida! —lo acusó Shoshauna.

—Bueno, es una de las cosas más emocionantes que me han pasado y de las que puedo hablar, porque la mayor parte de las cosas que hago están clasificadas como secretas.

—Y seguro que son peligrosas.

Ronan se encogió de hombros.

—Lo suficientemente peligrosas como para que no me parezca justo tener novia o familia.

—No sé si estoy de acuerdo con eso —comentó Shoshauna quedándose pensativa—. A mí no me parece injusto ser nosotros mismos.

Ronan la miró con curiosidad y Shoshauna le explicó lo que quería decir.

—Yo creo que sentir pasión por la vida es algo absolutamente maravilloso, porque nos hace sentirnos realmente vivos y completos. Si una persona no tiene miedo de vivir tal y como le apetece vivir en realidad, su novia debe entenderlo e incluso desearlo, porque eso es lo que a su amado le hace feliz. Aunque sea peligroso.

—¿Y qué es lo más emocionante que ha hecho usted en la vida? —quiso saber Ronan, sorprendido por su explicación.

«Lo más emocionante que me ha pasado en la vida es que me disparen, cortarme el pelo y montar en moto», pensó Shoshauna.

¡Las cosas más emocionantes de su vida le habían sucedido todas el día anterior! Le parecía patético contárselo aunque, por otra parte, le recordaba que tenía que vivir aquella semana a tope.

—Me temo que eso es información clasificada —contestó y fue premiada con una sonrisa.

Por si no hubiera sido suficiente, Ronan le tocó la barbilla y, a continuación, recogió los platos y se puso en pie.

Shoshauna sintió que el pánico se apoderaba de ella de repente y decidió que tenía que conseguir vivir la semana que tenía por delante exprimiéndola como un limón.

—Me voy a poner el bañador para bajar al agua un rato. ¿Se apunta? —le preguntó a Ronan.

—No, voy a fregar los platos.

—Podemos fregar los platos luego. Los dos. Me puede enseñar a hacerlo.

Ronan maldijo en voz baja y Shoshauna repitió las palabras que había dicho. Cuando Ronan la miró poniéndose serio, Shoshauna las repitió unas cuantas veces hasta que Ronan cerró los ojos, tomó aire profundamente y Shoshauna comprendió que él también tenía miedo.

—¿Qué le parece si fregamos los platos ahora? Con el calor que hace aquí, creo que sería mejor fregarlos cuanto antes para que no vengan los insectos. Luego, si de

verdad quiere, le enseñó a hacer galletas —propuso Ronan.

Shoshauna lo miró con cautela. Ronan no parecía hombre que se molestara por insectos. ¡Seguramente, incluso se los habría comido en alguna ocasión! Y, desde luego, no parecía que le apeteciera mucho darle clases de cocina.

Eso quería decir que a Ronan no le gustaba el agua. No, imposible. De repente, Shoshauna recordó la cara que había puesto el día anterior cuando le había enseñado el biquini rosa.

¡Y de repente lo entendió todo!

Ronan no la quería ver en biquini. Aquello significaba que, aunque no le hiciera ninguna gracia, la encontraba atractiva.

Shoshauna sintió un escalofrío por la columna vertebral. Sin saberlo, Ronan le acababa de hacer un regalo muy especial. Por primera vez en su vida, la princesa Shoshauna sintió que tenía poder.

—Muy bien, haremos galletas en lugar de ir a nadar —contestó haciéndose la sumisa.

Cuando el alivio se reflejó en el rostro de Ronan, sonrió para sí misma. Tenía un arma secreta y podía decidir cuándo y dónde utilizarla.

—¡Eh, pare! —gritó Ronan.

La princesa lo ignoró, tomó otro puñado de espuma y lo sopló en su dirección. Shoshauna sabía exactamente cuándo podía ignorar sus instrucciones y cuándo no y a Ronan le preocupaba que lo conociera tan bien cuando habían pasado juntos solamente cuatro días.

No había conseguido mantenerla alejada del traje de baño por mucho que lo había intentado. Como la princesa insistía en que quería aprender cosas, la había tenido recogiendo fruta y leña, le había enseñado cómo hacer un fuego decente, le había mostrado plantas comestibles y unas cuantas técnicas básicas de supervivencia.

Estaba convencido de que iría perdiendo el interés, pero no había sido así. Shoshauna tenía los dedos cubiertos de pinchazos porque había estado intentando coser, lucía un bonito moratón en una pierna por haberse subido a un cocotero y recogía leña todas las mañanas muy contenta sin necesidad de que Ronan se lo dijera. Incluso había aprendido a hacer su cama mejor.

Ronan tuvo que admitir que la princesa tenía una cualidad que los soldados admiraban por encima de todas las demás. Aquella mujer era incansable. No sabía lo que era tirar la toalla, poseía una determinación de hierro que era más valiosa que muchos otros atributos como la fuerza física y el conocimiento intelectual.

A pesar de todas aquellas actividades, Shoshauna había encontrado tiempo para ponerse aquella tela verde lima que llamaba biquini y que le quedaba de maravilla. Cuando se lo ponía, resultaba una amenaza a la que Ronan no sabía cómo enfrentarse.

Menos mal que la princesa era tímida y, aunque se metía en el mar todas las mañanas, iba hasta la orilla envuelta en una toalla. Además, Ronan tenía su propia técnica de supervivencia para aquellos casos que consistía en meterse en el mar a pescar para la cena. De aquella manera, aunque la tenía vigilada, había distancia entre ellos.

—Ya basta —le advirtió Ronan cuando Shoshauna volvió a lanzarle burbujas de jabón.

Shoshauna chasqueó la lengua. Era evidente que no se sentía intimidada por él en absoluto. De hecho, se lo estaba pasando en grande fregando los platos.

En realidad, se divertía con todo lo que hacía. Era evidente que quería disfrutar de la vida y parecía que se hubiera sentido una prisionera hasta entonces, lo que le confería la capacidad de maravillarse ante las cosas más pequeñas.

Aunque le costaba mantener su profesionalidad ante una mujer con tantas ganas de vivir, Ronan prefería verla así a como la había visto cuando le había mencionado a su prometido.

Era capaz de enfrentarse a muchas cosas en la vida, pero no podía soportar ver llorar a una mujer.

En alguna ocasión, cuando ella ya se había acostado agotada por todas las actividades del día, Ronan se había quedado pensando cómo era posible que aquella mujer se fuera a casar con un hombre al que no conocía de nada, un hombre del que no sabía si le gustaba viajar o si le gustaría tocar la nieve y tirarse en trineo.

Era evidente que la princesa se iba a casar con un perfecto desconocido y también era evidente y muy comprensible que estuviera aterrorizada.

Siempre que pensaba en ello, Ronan terminaba diciéndose que todo aquello no era asunto suyo. Lo que sentía cuando la veía subiéndose a un árbol, sonriéndole desde lo alto como un monito, la necesidad de protegerla, de querer rescatarla de una vida que no era para ella, no era asunto suyo.

Él era un soldado y ella era una princesa. Al igual que él tenía que hacer cosas en la vida que no quería, Shoshauna iba a tener que casarse con un desconocido.

Viéndola cubierta de espuma en aquellos momentos, Ronan se dio cuenta de que era una pena, porque aquella mujer era divertida, curiosa y muy sexy, era una mujer de la que cualquier hombre podría enamorarse y tenía derecho a saber lo que aquello implicaba.

Ronan nunca se había encontrado con una misión así. Le gustaba mucho estar con ella, hasta tal punto que incluso fregar los platos juntos le parecía una delicia.

Cada vez que la veía todas las mañanas con aquellos pantalones cortos, tan cortos que dejaban a la vista sus piernas bronceadas y larguísimas, creía que no iba a poder soportarlo.

Cada vez que Shoshauna pelaba un mango y lo cortaba de mala manera o se pinchaba los dedos con una aguja y él sentía el absurdo deseo de acariciarle el pelo, creía que no iba a poder soportarlo.

Cada vez que Shoshauna intentaba afianzar su amistad y él sentía compasión por ella creía que no iba a poder soportarlo.

Lo único íntimo y personal que le había dicho en aquellos cuatro días había sido que había tenido una infancia difícil y se arrepentía de haberlo hecho, pues, al compartir aquello con otra persona, se había dado cuenta de la soledad que lo acompañaba y de la que había estado intentando huir durante años.

Siempre decía que no tenía novia por el trabajo, pero aquello no era del todo cierto. La verdad era que no quería que ninguna persona lo conociera lo suficientemente bien como para saber cuáles eran sus puntos débiles, porque no quería sentirse vulnerable ante nadie.

Ronan era un hombre al que le encantaba el peligro y el desafío y que vivía según el lema de su unidad, «todo o nada», y lo hacía con entusiasmo. En su vida lo más importante eran los valores masculinos: la fuerza, la disciplina, el valor y la resistencia.

Después de pasar toda la infancia y la adolescencia rodeado por el amor asfixiante de su madre, se había lanzado a los brazos del ejército rechazando consciente o inconscientemente todo lo que oliera a femenino y, por supuesto, eso incluía a las mujeres.

Sin embargo, al haberle contado a Shoshauna lo que le había contado, había reconocido que había una cosa en la vida que no se había atrevido a hacer.

En parte, se había hecho soldado para tener el corazón a salvo. De hecho, lo había metido dentro de una armadura desde que su padre había muerto. Ronan tenía una parte de sí mismo que negaba, que había podido negarse incluso a sí mismo hasta hacía unos días.

Sin embargo, ahora no podía dejar de pensar en ello. Tal vez hubiera un lugar en el que un hombre pudiera quitarse la armadura, un lugar apacible y acogedor en el que poder amar a otra persona.

Sin habérselo propuesto, Shoshauna estaba sacando a la superficie sus secretos. Era demasiado curiosa y parecía decidida a descubrir quién era él en realidad y, de alguna manera, Ronan tenía la sensación de que aceptaría lo que descubriera.

Aquellos pensamientos, sin embargo, ponían en peligro su misión, su profesionalidad y su sentido de sí mismo. Claro que, ¿qué elección tenía? Por supuesto, podría haberla ignorado durante toda la semana, podría haber montado una tienda de campaña y fingir que no existía, pero le había resultado completamente imposible.

Lo cierto era que Ronan quería que la estancia de la princesa en la isla fuera agradable. Lo cierto era que quería que Shoshauna fuera feliz antes de tener que volver a enfrentarse con una vida que no le deseaba ni a su peor enemigo.

Casarse con una persona a la que no se conocía de nada debía de ser espantoso. De repente, a Ronan se le pasó por la cabeza que, si él fuera el príncipe de Shoshauna, la llevaría a donde ella quisiera sólo por el placer de verla sonreír, haría

muñecos de nieve con ella y se tiraría en trineo por las laderas nevadas por el simple placer de oírla reír.

¿Si fuera su príncipe? ¿De dónde demonios había salido aquella idea? Se estaba metiendo en un buen lío. El mayor error que había cometido había sido preguntarle a Shoshauna qué era lo más emocionante que había hecho en su vida porque había quedado claro que había sido montar en moto y todo lo que estaban viviendo juntos.

Por cómo había hablado de la pasión, Ronan se había dado cuenta al instante de que la princesa no estaba a gusto con su vida y de que quería más. Su claridad mental cuando le había indicado que el amor de verdad era permitir que la persona amada hiciera con su vida lo que realmente le hacía feliz lo había dejado con la boca abierta.

Ronan jamás había conocido a una mujer así. Su madre, por ejemplo, jamás lo había tratado así. En su casa, ella era la primera, sólo se hablaba de sus necesidades y ella era la única que necesitaba amor y seguridad. En cualquier caso, su madre había tenido una manera de demostrar su amor que había resultado controladora, posesiva y asfixiante.

¡La última persona en la que quería pensar era en su madre! Prefería el biquini de Shoshauna. Ronan era consciente de que su madre había aparecido en sus pensamientos al haberse abierto un poco y haber admitido que había tenido una infancia difícil. Eso le pasaba por admitir cosas así.

Estaba en aquella isla con aquella princesa para hacer un trabajo muy sencillo: protegerla. Y eso quería decir que, en aquellos momentos, no podía permitirse el lujo, gracias a Dios, de pensar en sí mismo.

Ronan era consciente de que tenía que tener cuidado porque estaba en el filo de la navaja. Sentía algo por aquella mujer y la única solución era dejarle claro, sin resultar grosero, que no estaban allí de vacaciones.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó a Shoshauna, que se había puesto barba y bigote de espuma.

—Veintiuno —contestó ella.

—Pues deje de comportarse como si tuviera seis —le espetó Ronan, arrepintiéndose al instante de su duro tono de voz.

Una cosa era dejar las cosas claras y poner límites y, otra muy diferente, ser grosero. No debía volver a comportarse así con ella. Para intentar compensar su comentario, le lanzó un puñado de espuma y Shoshauna hizo lo mismo, así que, en breve estuvieron los dos mojados, cubiertos de espuma de pies a cabeza y riéndose a carcajadas.

Estupendo.

Ahora sí que no había ninguna barrera entre ellos. Ronan habría preferido que hubiera unas cuantas porque sabía que era lo que permitiría que saliera bien la misión, pero no había conseguido mantenerlas en su lugar.

De repente, se le ocurrió que, debido a la seriedad que envolvía su trabajo, se le había olvidado que era joven. Solo tenía veintisiete años, pero su trabajo le exigía

comportarse como un hombre maduro y ya apenas reía.

Por supuesto, se lo pasaba bien con sus camaradas, pero su sentido del humor era de otra clase. Cuando practicaban deporte juntos, siempre eran deportes duros, de contacto fuerte, en los que cuantos más golpes hubiera, mejor. Ronan se había acostumbrado a vivir en aquel mundo y a respetar la fuerza y el valor. En su vida no había espacio para la delicadeza. Ni física ni emocional.

Su trabajo exigía tanta madurez y tanta responsabilidad, era tan serio y las decisiones que debía tomar eran a menudo a vida o muerte que había olvidado lo bien que se sentía riéndose de aquella manera.

Su trabajo lo recompensaba de muchas maneras. Para empezar, se sentía muy honrado porque estaba convencido de que contribuía a que el mundo fuera un lugar mejor. Para seguir, estaba orgulloso de ser soldado como su padre y, además, los lazos de amistad que lo unían a sus hermanos de armas eran más fuertes que la sangre.

¡Jamás se había cuestionado el alto precio que tenía que pagar por el trabajo que realizaba y aquél no era el mejor momento para empezar a hacerlo!

Estando en una isla desierta con una princesa en biquini tampoco era el mejor lugar para ponerse a pensar en cosas tan trascendentales.

Lo cierto era que estar con ella le hacía desear muchas cosas. Para empezar, se moría por acariciarle el pelo, pero, sabía que, si lo hacía, estaba perdido.

—Muy bien —le dijo intentando ponerse serio—. ¿Quiere aprender mi receta secreta para hacer galletas?

Al igual que todos sus compañeros de Excalibur, Ronan sabía cómo preparar buena comida con pocos ingredientes y se sentía muy cómodo cocinando en una hoguera.

Una hora después y con las manos completamente cubiertas de harina, Shoshauna sacó del horno las galletas que había hecho.

Ronan intentó no estallar en carcajadas, pues cada galleta tenía un tamaño y mientras que algunas estaban quemadas, otras estaban sin hacer.

—Pruebe una —le dijo Shoshauna.

Ya había herido sus sentimientos aquel día y había decidido que no era aquélla la manera de mantener la distancia, así que Ronan eligió una galleta que no tenía tan mala pinta y la probó.

—Vaya, no está mal para ser la primera vez —mintió.

Shoshauna probó otra, arrugó la nariz y la volvió a dejar en su sitio.

—Volveré a intentarlo mañana.

Ronan esperaba sinceramente que no lo hiciera. Esperaba que se aburriera de la novedad de trabajar juntos porque era divertido, demasiado divertido.

—¿Nos bañamos? —propuso Shoshauna—. Me gustaría que hoy viniera conmigo porque ayer me pareció ver un tiburón.

Ronan se preguntó si el brillo que estaba viendo en los ojos de color turquesa de

Shoshauna era de malicia y decidió que sí, que evidentemente lo era. Era obvio que Shoshauna se había dado cuenta de que no quería bañarse con ella. Debía de haberse percatado de que su delicadeza estaba empezando a resquebrajar su armadura. Seguro que sabía que no quería estar cerca de ella cuando llevaba el biquini puesto.

En otras palabras, se había dado cuenta de su debilidad.

No debía darle motivos para que se afanzara en su creencia. Aunque fuera cierta. Si había algo que había aprendido siendo soldado era que uno jamás huía de lo que más miedo le daba. Jamás. Lo que debía hacer era enfrentarse a ello directamente.

—Claro, vamos —contestó Ronan encogiéndose de hombros.

Lo había dicho con el valor de un hombre al que se le había ordenado que desactivara una bomba y que no quería que nadie se diera cuenta de lo asustado que estaba. Cuando miró a Shoshauna a los ojos, se percató de que no había conseguido engañarla. Era realmente incómodo saber que aquella mujer sabía perfectamente cómo era cuando llevaba años escondiendo sus puntos débiles.

Capítulo 5

Shoshauna se miró al espejo de su habitación y tragó saliva. Realmente, aquel biquini era escueto. No le había importado hasta aquel momento porque los demás días Ronan se había quedado pescando en la orilla, pero hoy iba a nadar con ella.

Por fin.

Sabía perfectamente cómo la habría llamado su madre si la hubiera visto así: «plebeya». A su padre tampoco le hubiera hecho ninguna gracia verla en compañía de un desconocido sin chaperón.

Claro que eso era lo que le había pasado toda la vida, que siempre había querido agradar a otros y se había olvidado de sí misma. Siempre había querido tener aventuras y hacer lo que le diera la gana, pero, al final, siempre se había echado atrás.

Shoshauna recordó la maravillosa sensación de poder que había sentido cuando se había dado cuenta de que Ronan no la quería ver en biquini, cuando se había dado cuenta de que, por mucho que intentaba disimularlo, la encontraba atractiva.

Quería volver a sentir ese poder.

Llevaban allí cuatro días, el tiempo iba pasando. Sólo le quedaban tres y, luego, todo terminaría.

Shoshauna salió de la habitación envuelta en su toalla como de costumbre. Ronan la estaba esperando fuera de la casa, la miró y a Shoshauna le pareció que había un brillo burlón en sus ojos. Evidentemente, se había dado cuenta de que no tenía la suficiente confianza en sí misma como para lucir el biquini en presencia de un hombre.

—Mire lo que he encontrado debajo del porche —comentó Ronan.

¡Dos pares de gafas con tubo y aletas! Era imposible sentirse sexy y poderosa ataviada así, pero hacía años que no hacía esnórquel y recordaba que era una experiencia maravillosa.

—¿También estaba la tabla de surf?

—Sí, es vieja, pero está ahí. ¿Quiere que la saque? Podría utilizarla para remar un rato.

—No, gracias —contestó Shoshauna.

¿Remar como si fuera una niña pequeña en una piscina? Lo que ella quería hacer era subirse a ella y capturar la fuerza del océano. Todo o nada.

Para demostrarle que no era una niña pequeña, en absoluto, Shoshauna se quitó la toalla. Ronan se apresuró a ponerse las gafas de sol y mostró un repentino interés en las gafas y en las aletas, pero Shoshauna se fijó en que tragaba saliva nervioso.

Ella también estaba nerviosa, así que avanzó sobre la arena en dirección al mar intentando parecer segura de sí misma, pero sintiéndose expuesta y casi desnuda. Al llegar a la orilla, se tiró de cabeza rápidamente. Cuando se vio cubierta por el agua, se giró.

—¡Está buenísima! —gritó—. ¡Venga!

Era cierto. Era maravilloso sentir el agua sobre la piel llevando solamente aquel biquini. Era prácticamente como estar desnuda. De repente, se alegró de haber tenido el valor de ponerse el biquini, de haberse quitado la toalla. Estaba contenta por estar experimentando la sensualidad de sentir el agua por todo el cuerpo. Y, además, su nuevo corte de pelo era perfecto porque se secaba rápidamente.

Shoshauna volvió a mirar hacia la playa. Ronan la observaba con los brazos cruzados, como si fuera el socorrista de la piscina de los pequeños de un parque acuático.

—Venga, métase —insistió—. ¿Qué pasa? ¿Le da miedo? —añadió sabiendo por intuición qué botón tenía que apretar.

Y no se refería al agua, sino a ella. Shoshauna volvió a sentir aquel poder delicioso, aquel poder puramente femenino que había estado controlando. Pero había llegado el momento de dejarlo fluir.

Ronan dejó las aletas y las gafas en la arena y se quitó la camiseta. Shoshauna sintió que la boca se le quedaba seca y que una sensación que no podía identificar se apoderaba de ella.

Aquel hombre tenía un cuerpo maravilloso y perfecto, fuerte y trabajado.

Shoshauna había creído que se iba a sentir poderosa, pero comprendió de repente que el poder residía en la química que había entre ellos y no en ella ni en él.

Cuando determinado hombre miraba a determinada mujer y determinada mujer miraba a determinado hombre, había una fuerza universal que los unía. Se trataba de una antigua ley de atracción irresistible y tan potente como la de la gravedad.

Shoshauna se dio cuenta de que el poder con el que tanto había ansiado experimentar y jugar se le estaba yendo de las manos y sintió una descarga de emoción parecida a la de un niño que, estando jugando con una caja de cerillas, se encontraba con que una de ellas había producido una llama.

Shoshauna sabía que era imposible apagar aquel fuego, pues Ronan era todo músculo y masculinidad, no tenía un solo gramo de grasa en su cuerpo, lucía un torso amplio, abdominales bien marcados, ni rastro de barriga y una espalda increíblemente ancha además de unas piernas largas y bien formadas.

Ronan se tiró al agua con un estilo impecable y en dos brazadas estuvo a su altura. Sin embargo, no se paró a su lado, sino que siguió nadando y se paró a varios metros de distancia.

Al verlo, Shoshauna se dio cuenta de que lo que ella hacía no era nadar, sino remar. Ahora entendía por qué la trataba como si tuviera que estar en una piscina de niños pequeños.

Ronan se tumbó de espaldas en el agua, estiró brazos y piernas formando una estrella y se quedó flotando. Parecía tan cómodo y relajado que Shoshauna intentó hacer lo mismo y estuvo a punto de ahogarse.

—¿Está usted bien? —le preguntó Ronan.

Y si le decía que no, ¿qué haría? ¿Se acercaría, la tomaría entre sus brazos y le

haría el boca a boca?

—Estoy bien —contestó Shoshauna tosiendo porque había tragado agua.

Ronan se acercó a ella.

—Me he fijado en estos días que no nada muy bien —comentó.

—Según mi madre, saber nadar en el mar era para los hijos de los pescadores.

—Pues es una pena vivir en un sitio como éste, rodeado de mar, y no saber nadar. Además, es peligroso porque, tarde o temprano, se puede ver uno en una situación comprometida en el agua —opinó Ronan—. Claro que, sin duda, su madre sabría lo que decía —se apresuró a añadir.

—Yo creo que lo que más le molestaba era lo del bañador —comentó Shoshauna.

—Entonces, el biquini que lleva usted ahora no le habría hecho ninguna gracia.

—No, le daría un ataque al corazón si me viera así —admitió Shoshauna.

—A mí me está pasando lo mismo —admitió Ronan sonriendo y arrebatándole todo su poder a Shoshauna al admitir que se había dado cuenta, que era un hombre incapaz de fingir, que era de verdad—. Comprendo perfectamente que su madre no quisiera que se pusiera cosas así porque los hombres somos criaturas demoníacas muy dadas a sacar conclusiones basándonos en la primera apariencia.

¡De nuevo a la piscina de los pequeños! Shoshauna temió que Ronan le fuera a dar un sermón, pero gracias a Dios, no lo hizo.

—Bueno, ya que estamos en el agua, ¿le apetece que le enseñe a nadar un poco mejor? —le propuso.

Shoshauna asintió molesta y aliviada a la vez porque aquel hombre tenía la habilidad de tratarla como a una niña pequeña, como a la persona a la que debía cuidar y nada más.

—Con una sola clase no podrá ir a las Olimpiadas, pero, si se cae de un barco, sobrevivirá.

Probablemente, haberse ofrecido a enseñar a nadar a Shoshauna había sido una locura, pero aquella mujer vivía en una isla y estaba rodeada constantemente por agua. A Ronan le parecía increíble que no le hubieran enseñado a nadar desde pequeña. Por otra parte, ¿qué sabía él de lo que necesita una princesa? Aun así, se sentía mejor sabiendo que, si se caía de un barco, podría flotar hasta que fueran a rescatarla.

Ronan pensó que aquélla era una excusa muy pobre ya que, si una princesa se cayera de un barco, seguramente saltarían diez hombres a rescatarla inmediatamente.

En cualquier caso, de repente, se le antojaba muy importante que aquella mujer supiera cómo salvarse por sí misma. Y no solamente si se caía de un barco. Lo cierto era que todo lo que le había estado enseñando durante aquellos días no tenía nada que ver con la vida de una princesa. Sin embargo, para una mujer que quisiera encontrarse consigo misma era muy importante poder ser independiente.

A Ronan le parecía importante transmitirle el potencial que tenía, dejarle claro que era capaz de hacer todo lo que se propusiera.

Como había nacido en Australia y se había criado en la playa con olas enormes, lo elegían a menudo para instruir a otros miembros de Excalibur, así que sabía enseñar a nadar a otra persona sin apenas tocarla.

Shoshauna era sorprendentemente valiente y estaba dispuesta a meterse donde no hacía pie aunque apenas sabía nadar. Ronan pronto se dio cuenta de que no tenía miedo y de que aprendía muy rápido. Al cabo de media hora, era capaz de flotar en el agua, había entendido cómo se nadaba a crol y era capaz de dar dos brazadas de espaldas seguidas.

Y, entonces, de repente, se produjo el desastre.

Shoshauna estaba nadando cuando, de repente, ahogó un grito, se llevó los brazos al pecho y se hundió.

Al instante, Ronan pensó que la estaba atacando un tiburón y no dudó en zambullirse detrás de ella. En cuanto la agarró de la cintura, tiró de ella y la sacó a la superficie.

Ni rastro del tiburón, pero Shoshauna se tapaba el pecho insistentemente. Ronan no comprendía lo que Shoshauna estaba intentando decirle, pero estaba roja como la grana.

—El biquini —dijo finalmente.

Ronan la miró confuso hasta que, repentinamente, comprendió que el ataque al corazón con el que había bromeado antes le podía dar de verdad, pues tenía entre sus brazos a una princesa prácticamente desnuda.

¡Había perdido la parte superior del biquini!

—Vaya hacia donde hace pie —le ordenó.

Sabía exactamente qué tono de voz utilizar con un soldado asustado para que obedeciera y con Shoshauna también dio resultado. Mientras la observaba nadar como podía hacia la orilla, con un solo brazo, pensó que, en otras circunstancias, la situación le habría parecido divertida.

Cuando comprobó que había llegado a la orilla y que se sentaba en un lugar en el que el agua la tapaba, buscó la parte superior de su biquini. La vio a unos cuantos metros de él, nadó hasta allí y la recuperó.

Cuando volvió al lado de Shoshauna, a la que el agua cubría hasta los omóplatos, no pudo evitar fijarse en la perfección de su espalda desnuda.

—No miro —le dijo entregándole el biquini.

Tras ponérselo, Shoshauna no fue capaz de mirarlo y a Ronan también se le hizo muy difícil mirarla. Shoshauna salió del agua sin mediar palabra, extendió la toalla y se tumbó boca abajo. Era evidente que no quería verlo, así que Ronan se puso las gafas y el tubo y volvió al agua.

Una vez allí, comenzó a ver bancos y bancos de peces mariposa con sus rayas blancas, amarillas y negras.

De repente, pensó en que era injusto que Shoshauna se sintiera avergonzada todo el día. Aunque a él le viniera bien para protegerse de lo que sentía por ella, quería que viera aquella maravilla.

Que se mostrara avergonzada por lo que había sucedido le recordó que había crecido muy protegida. Había presentido que el biquini llamaría la atención de Ronan, pero no había sabido cómo reaccionar cuando, efectivamente, se había ganado su atención.

En su mundo, las chicas eran rápidas y sabían perfectamente lo que hacer cuando un hombre se interesaba por ellas. La inocencia de Shoshauna la hacía todavía más atractiva y Ronan se dijo que, para evitar aquella atracción, lo mejor era buscar otra actividad.

Mirar peces iba a resultar perfecto.

—¡Shoshauna, ponte las gafas y las aletas y ven a ver esto!

Ronan se dio cuenta de que la había llamado por su nombre de pila, como si fueran amigos, como si hacer esnórquel juntos fuera lo más normal del mundo.

Demasiado tarde para echarse atrás, porque Shoshauna ya se había metido en el agua. Eso sí, después de haberse asegurado el nudo del biquini varias veces.

Cuando la tuvo a su lado, se produjo la magia. Juntos entraron nadando en un mundo de tanta belleza que era casi incomprensible, un mundo lleno de peces de colores psicodélicos que iban del naranja brillante al azul eléctrico y que nadaban a su alrededor.

Vieron diferentes variedades de peces globo, payaso, luna y ángel.

Shoshauna observó anonadada cómo un pez ballesta la investigaba con el mismo interés con el que ella lo estaba mirando a él. Un banco entero de peces mariposa de color verde fosforescente y morro azul clarito, normalmente peces que nunca se acercaban al ser humano, se pusieron a nadar a su alrededor como si fuera parte del mar.

Ronan no sabía cuándo había comenzado a perder interés en los peces y a concentrarse en la reacción de Shoshauna ante ellos, pero disfrutó de lo lindo cuando un pez luna se acercó a su mano como si se la fuera a besar y ella se maravilló.

Ronan era consciente de que estaba rompiendo todas las normas, pero le parecía que merecía la pena y no le importaba.

El tiempo pasó rápidamente y, de repente, se dio cuenta de que el sol se estaba poniendo, así que salieron del agua y se dirigieron a la orilla, donde se sentaron en las toallas. Ronan se percató de que Shoshauna lo estaba mirando de manera inocente y hambrienta a la vez.

—Voy a hacer la cena —anunció con brusquedad.

De repente, romper las normas no se le antojaba tan maravilloso, le parecía que no merecía la pena y sí le importaba.

Le importaba porque sentía algo muy profundo, sentía el deseo de conocer a alguien, quería conocer mejor a aquella mujer, quería cosas que no había deseado

nunca antes y que sabía que no podría tener jamás.

Durante aquellos cuatro días se había creado una ilusión, la ilusión de que eran dos personas normales obligadas a estar juntas. Durante aquellos días, había tenido la oportunidad de ver a la Shoshauna de verdad, la Shoshauna a la que poca gente conocía, y le había gustado lo que había visto, así que era normal que quisiera conocerla más, pero aquella isla y los días que estaban pasando en ella eran una fantasía y no debía olvidar que él era un soldado y ella una princesa y que sus mundos no se parecían absolutamente en nada.

Para empezar, Shoshauna estaba prometida con otro hombre.

Con aquellos hechos en la cabeza, preparó la cena, le dijo a Shoshauna que no necesitaba que lo ayudara cuando ella se lo ofreció y se mostró brusco cuando le preguntó si sabía cómo se llamaba un pez amarillo con la boca en forma de martillo que habían visto.

Shoshauna comprendió lo que pasaba y cenaron en silencio. Ronan se preguntó por qué echaba de menos sus preguntas y también si Shoshauna se habría dado cuenta de que se había producido un cambio peligroso entre ellos.

Se estaba preparando para meterse en la cama y felicitándose a sí mismo por haber sido capaz de reorientar su relación cuando oyó un sollozo procedente de la habitación de al lado.

¿Sería que Shoshauna estaba tan avergonzada por haber perdido el biquini que, ahora que estaba sola, daba rienda suelta a su llanto?

Ronan se dijo que debía ignorar el sollozo, pero, cuando volvió a escucharlo, aquella vez como si tuviera una almohada sobre la boca, salió corriendo de su habitación y entró sin previo aviso en la de Shoshauna.

Estaba sola. En la cama. No había enemigo a la vista.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Me duele todo —contestó Shoshauna tapándose con la sábana hasta la barbilla.

—¿Qué te duele? —le preguntó Ronan encendiendo una lámpara y acercándose a la cama.

Shoshauna se bajó un poco la sábana para mostrarle los hombros y Ronan entendió por qué había permanecido en silencio durante la cena. No había sido por vergüenza ni porque se hubiera dado cuenta de que él no quería hablar con ella, sino porque estaba dolorida.

Se había quemado con el sol. Ronan se maldijo a sí mismo por no haberse dado cuenta mientras hacían esnórquel de que sus espaldas quedaban al descubierto.

No se le había ocurrido porque Shoshauna tenía un tono de piel bastante bronceado y tampoco había hecho mucho calor aquel día. Claro que, con la brisa del mar, era más que suficiente para quemarse.

—¿Has tomado alguna vez el sol? —le preguntó.

Shoshauna negó con la cabeza.

—Hacía mucho tiempo que no. Me permitieron venir aquí hasta

aproximadamente los trece años, pero a partir de entonces mi madre me lo impidió porque, según ella, me estaba convirtiendo en un chico. Además, a ella le parecía que el bronceado era de gente...

—Plebeya —concluyó Ronan.

Shoshauna sonrió tímidamente y Ronan pensó que lo único bueno que tenía lo que había ocurrido era que, por lo menos, no iba a tener que volver a verla en bikini en los tres días que les quedaban por pasar allí.

Sin embargo, la prueba que iba a tener que pasar inmediatamente iba a ser todavía peor, pues iba a tener que ponerle crema para las quemaduras.

Él no se había quemado, pero era comprensible porque se había criado en Australia y su piel estaba acostumbrada al sol y, además, se pasaba buena parte del año en el agua.

Ronan sabía que un baño de agua con vinagre era un buen remedio para aliviar el dolor, pero en aquella casa no había bañera.

Menos mal que había visto que había aspirinas y leche en polvo. Con eso podía preparar una cataplasma. Lo había hecho en otras ocasiones cuando algún compañero se había quemado haciendo marchas por el desierto.

Desafortunadamente, ponerle una cataplasma a la princesa no iba a ser lo mismo que ponérsela a un soldado. Cuando la había agarrado para sacarla del agua tras el incidente del bikini, se había dado cuenta de que no debía volver a acercarse a ella.

Estar piel con piel con Shoshauna era muy peligroso.

Y, sin embargo, estaba de nuevo en la misma situación. Por lo visto, el universo conspiraba contra él, pero Shoshauna estaba a su cargo, así que no tenía elección. Además, se sentía culpable de que se hubiera quemado. Aquello demostraba que no se le daban bien las cosas delicadas y también demostraba que estaba perdiendo la concentración y que se le estaban pasando por alto detalles importantes.

—Vamos a la cocina —le indicó—. Te voy a preparar algo para el dolor.

—No me puedo poner la ropa —le explicó Shoshauna sonrojándose—. Me duele tanto que apenas puedo mover los brazos y no creo que pueda soportar el roce de la blusa.

«Estupendo, ahora se va a pasear desnuda por la casa».

Ronan sacó la sábana de debajo del colchón y le indicó que se tapara con ella.

—Vamos.

Shoshauna lo siguió hasta la cocina. Ronan era consciente de que lo más probable era que estuviera completamente desnuda bajo la sábana y aquello se le antojó mucho más peligroso que el bikini.

—Siéntate —le dijo.

Cuando Shoshauna así lo hizo, tomó aire y se dispuso a hacer lo que sabía que tenía que hacer. A continuación, levantó la sábana de su espalda e intentó ser objetivo. Lo cierto era que la espalda de Shoshauna no tenía buen aspecto. Tenía las marcas del bikini en el cuello y la mitad de la espalda y el resto de la piel brillaba

colorada.

—Siento mucho decirte que te vas a pelar y no me extrañaría que te salieran ampollas.

—¿De verdad?

Debían de ser imaginaciones tuyas, pero a Ronan le pareció que Shoshauna parecía encantada con la noticia, así que decidió repetírselo para que le quedara claro.

—Vas a estar como cuando una serpiente muda la piel.

—¿De verdad? —repitió Shoshauna.

No había duda. Parecía encantada.

—¿Hay alguna razón por la que esto te parezca genial?

—Entre mi nuevo corte de pelo y que voy a parecer una serpiente mudando la piel, es probable que el príncipe Mahail suspenda la boda. Con un poco de suerte, de manera indefinida.

Sí, definitivamente estaba encantada.

«No debo preguntar», pensó Ronan.

—¿Tan superficial es?

—¡Me eligió por mi pelo!

Eso le pasaba por preguntar. Ahora tenía que lidiar con la indignación que le producía la idea de que un hombre eligiera a su esposa por su pelo. Aquello se le antojaba primitivo y tiránico y, desde luego, no era lo que se merecía Shoshauna. ¿No se dedicaba él a proteger la democracia, la libertad de la gente y el derecho a elegir? Si fuera cierto que la estaban obligando a casarse, ¿qué podría hacer? ¿Causar un incidente internacional por imponer sus valores en B'Ranasha para intentar rescatar a la princesa de su destino?

—¿Te vas a casar con él por obligación? —le preguntó.

—No exactamente.

—¿Qué quiere decir eso?

—Nadie me ha obligado a aceptar la propuesta, pero la presión era enorme, me sentí muy presionada por las expectativas de los demás.

Ronan se giró para no zarandearla. ¡Y él pensando en rescatarla cuando lo cierto era que ella no había hecho absolutamente nada para rescatarse a sí misma! Por lo visto, lo había dejado todo en manos de la suerte. Debía de creer que algo la iba a salvar de su boda e, irónicamente, así había sido.

Sin embargo, Ronan no creía en la suerte y no creía que la que le había sonreído a Shoshauna el día de su boda le fuera a durar mucho. Pero no le dijo nada y decidió concentrarse en las quemaduras, así que se puso a mezclar agua y leche en polvo. A continuación, hizo jirones una toalla limpia y sumergió los trozos en la mezcla.

Cuando creyó tener sus emociones controladas, volvió a levantar la sábana que cubría la espalda de Shoshauna y le puso una compresa sobre la piel desnuda. Parecía increíblemente delicada. Su piel hervía y, sin duda, se iba a pelar, pero Ronan no podía hacer nada para evitarlo.

Estar tocándola así se le antojaba una locura y sintió que el deseo se apoderaba de él. En lugar de gritar de dolor, cuando Shoshauna sintió la leche fría sobre la espalda suspiró de placer y emitió un sonido que podría haber sido el de un orgasmo.

—Dios mío, qué gusto. Es lo mejor que he sentido en mi vida.

Ronan pensó que, si aquello era lo mejor que había sentido en su vida, era porque aquella mujer era muy inocente y su trabajo consistía, precisamente, en que lo siguiera siendo.

Cuando pensó que un hombre al que nunca había visto y al que no conocía de nada se iba a convertir en su esposo y Shoshauna le iba a entregar su delicadeza, sintió una punzada de celos y se apresuró a negarlos.

No, era imposible que estuviera sintiendo celos. Ronan se dijo que era protección, pero de alguna manera se dio cuenta de que no formaba parte de su trabajo preguntarse si el hombre que se iba a casar con Shoshauna era merecedor de ella.

¿Sería aquel príncipe capaz de considerar el placer de Shoshauna tan importante como el suyo cuando llegara el momento? ¿Sería tierno y considerado? ¿Sabría cómo avivar el fuego que había en sus ojos o lo apagaría para siempre?

«Ya basta», se reprendió a sí mismo.

Tal y como le acababa de decir Shoshauna, nadie la estaba obligando a nada. Ella había elegido, así que era su problema. Aun así, sintió la primitiva necesidad de mostrarle lo que la relación entre un hombre y una mujer debería ser, la necesidad y la pasión, la ternura y el exquisito placer.

Una vez que conociera lo que era de verdad, no aceptaría sustitutos. Por mucha presión que sintiera. ¿De verdad estaba dispuesta a sacrificar su vida por tener a sus padres contentos?

Ronan se dijo que todo aquello no era asunto suyo. Él debía limitarse a protegerla. Desde luego, imaginarse besándola no formaba parte de su misión. ¿Quién le iba a decir que iba a tener que terminar protegiendo a la princesa de sí mismo?

—Tienes que dejarte las compresas durante veinte minutos —le indicó con voz calmada—. Es una pena, pero con este calor no te las vas a poder dejar toda la noche porque la leche se cortaría y sería peor el remedio que la enfermedad, así que te vas a tener que duchar antes de meterte en la cama —añadió dándole una aspirina y un vaso de agua—. Esto te calmará el dolor. Bébetelo todo el agua por si acaso tienes un poco de deshidratación. Ya verás, vas a dormir muy bien.

¡No como él!

—Bueno, me vuelvo a la cama. Te dejo la luz encendida. Ya sabes, te quitas las compresas dentro de veinte minutos y que no se te olvide ducharte —se despidió.

—Muy bien.

—El efecto te durará unas cuantas horas. Si te vuelve el dolor, me despiertas y lo volvemos a hacer —se ofreció, aunque la idea de volver a tocarla se le hacía insostenible.

—Ronan —le dijo Shoshauna poniéndole la mano en el brazo.

Ronan se quedó de piedra. Tenía miedo. Estaba asustado. Asustado de lo que Shoshauna le fuera a decir, asustado de la atracción física que sentía por ella, asustado por lo que había estado pensando.

—Muchas gracias.

¿Qué esperaba? Shoshauna se había achicharrado la espalda, así que era normal que lo último en lo que estuviera pensando fuera... bueno, lo que estaba pensando él.

—Sólo hago mi trabajo.

Shoshauna lo miró a los ojos y, al ver que tenía las pupilas dilatadas, Ronan comprendió que ella había estado pensando lo mismo que él. Un ligero empujón del universo y estarían besándose, así que Ronan se apresuró a girarse y a salir de la cocina.

Le costó mucha disciplina hacerlo, mucha más que para hacer doscientas flexiones o para tirarse desde un avión de noche.

Ronan se dijo que debía controlar la situación para que no se le fuera más de las manos pero, cuando pensaba en las gotas de agua que se le quedaban a Shoshauna en el pelo cuando se bañaba, en su risa y en su espalda abrasada, sentía algo muy potente en el bajo vientre.

Se concentró en la sensación para ver si era la alarma que lo ponía sobre aviso cuando algo peligroso iba a ocurrir, pero no era eso, sino un calor agradable como el sol y necesario como la vida.

¿Qué había ocurrido con su sistema de alerta? Ronan se preguntó si habría perdido una parte de sí mismo en las profundidades turquesas de sus ojos.

¿No era aquello lo que había aprendido sobre el amor gracias a su madre? Que las relaciones requerían rendirse.

—Yo no tengo ninguna relación con ella —se dijo en voz alta a pesar de que sabía que estaba ocurriendo algo entre ellos.

Sin embargo, al día siguiente tenía que librar una nueva batalla. Era un soldado y tenía que recuperar la posición perdida.

Capítulo 6

Shoshauna tomó aire y miró a Ronan de reojo. Parecía muy concentrado aquella mañana, pero no en ella y ella no podía mirarlo sin recordar sus manos sobre la espalda la noche anterior.

—¿Estás enfadado conmigo?

—¿Princesa? —contestó Ronan como si no supiera de lo que estaba hablando.

—Ayer me llamabas Shoshauna.

Ronan no contestó. No la miró. Apenas le había hablado en toda la mañana.

Shoshauna se había despertado, se había vestido haciendo un gran esfuerzo a causa de la quemadura y se había dado cuenta de que sentía la imperiosa necesidad de volver a verlo, de estar con él, pero no lo había encontrado por ninguna parte.

Al salir, había comprobado que Ronan le había dejado el desayuno preparado, pero no en el banco de piedra donde solían compartirlo todas las mañanas, sino en el comedor, donde había puesto la mesa para uno.

Shoshauna se había revelado contra aquella formalidad y se había ido fuera a desayunar. Estaba terminando de comerse la fruta y las galletas cuando apareció Ronan arrastrando un tronco.

Al verlo, el deseo se apoderó de ella; fue la misma sensación que había tenido el día anterior, cuando Ronan se había quitado la camiseta para meterse en el agua.

Aunque Shoshauna no entendía mucho de aquellas cosas, le pareció que Ronan estaba cortando madera como para cinco años.

—Buenos días, Ronan —lo saludó.

Shoshauna se dio cuenta al instante de que le había hablado con la respiración entrecortada por la emoción de volver a verlo y se había percatado en el momento de lo mucho que ansiaba ver la sonrisa de Ronan, que aquella mañana le privó de semejante placer.

De hecho, apenas le dio los buenos días, como si le molestase mostrarse educado con ella. A continuación, había comenzado a colocar la leña en completo silencio. Desde luego, parecía muy enfadado. Ni siquiera le había preguntado qué tal tenía la espalda y, aunque a Shoshauna le dolía mucho, no se atrevía a pedirle que le pusiera compresas de leche de nuevo.

Aquel hombre que tenía ante sí no parecía el mismo del día anterior.

—Ronan, ¿estás enfadado por algo? —insistió a pesar de que era obvio que Ronan tenía la intención de ignorarla.

Shoshauna se había dado cuenta la noche anterior de que algo había cambiado en él cuando le había preguntado por su matrimonio. Se había quedado muy callado cuando ella había admitido que nadie la estaba obligando a casarse.

—No, señora, no estoy enfadado. ¿Qué motivo iba a tener para estarlo?

—¡Basta! ¿Por qué te muestras tan formal? Ayer no eras así.

—Lo de ayer fue un error que no va a volver a suceder. Ayer me olvidé de quién

era.

—¿Lo dices porque nos divertimos haciendo esnórquel?

—Sí, señora.

—¡Como me vuelvas a llamar señora, te tiro este coco a la cabeza!

Ronan tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sonreír.

—Princesa, estoy trabajando. No estoy aquí para pasármelo bien, no he venido a enseñarle a nadar ni para ir a ver peces con usted. Mi trabajo consiste en protegerla, en mantenerla a salvo hasta que pueda volver a casa.

—Pues mientras has salido a recoger leña me podrían haber asesinado —le espetó Shoshauna en tono impaciente.

¿Cómo era posible que no quisiera pasárselo tan bien como el día anterior? Y no se refería solamente al contacto físico, sino también a las risas y a la camaradería que había surgido entre ellos. Eso era lo que más echaba de menos.

—Para asesinarla, habrían tenido que llegar por mar o por aire y los habría oído. Estaba aquí al lado.

—¡Me podría haber picado una serpiente!

Ronan no contestó. La estaba tratando como a una niña y Shoshauna no podía soportarlo.

—Me podría haber comido un tigre —murmuró—. Me podría haber atacado un mono salvaje.

Ronan la miró irritado y volvió a concentrarse en la leña.

—¡Lo que quiero que comprendas es que aquí no hay ningún peligro! —le espetó Shoshauna—. Absolutamente ninguno. No hay asesinos, no hay serpientes, no hay tigres y no hay monos salvajes. Puedes relajarte tranquilamente, no hace falta que vigiles.

—Ayer me relajé y usted se quemó la espalda.

—¿Te crees que eso fue culpa tuya? Ronan, no fue culpa tuya. Además, en cualquier caso, tampoco es para tanto, es sólo una quemadura y ya casi no me duele —mintió Shoshauna.

Ronan la miró más tranquilo, pero no dijo nada y Shoshauna se dio cuenta de que aquel enfado era por algo más que la quemadura.

—¿Estás enfadado porque me voy a casar?

—Eso no es asunto mío —contestó Ronan muy serio.

—No es cierto. Somos amigos. Quiero hablar contigo de ello —le dijo Shoshauna.

Tenía la sensación de que, si hablaba con Ronan de aquel tema, el caos y la incertidumbre que sentía en su interior se evaporarían. Con un poco de suerte, la terrible soledad que se había apoderado de ella desde que había accedido a casarse con el príncipe Mahail la dejaría en paz.

—Mi gato murió —recordó—. Por eso accedí a casarme con él.

Qué bien le había sentado decirlo en voz alta. Aunque, por la cara que había

puesto Ronan, cualquiera diría que estaba loca.

—Claro que, para entender lo que acabo de decir, hay que comprender la relación que yo tenía con mi gato —se apresuró a añadir.

—No, no quiero saber nada de su gato, no quiero saber nada de su vida personal. Nada. Ni del gato ni de su matrimonio. Tampoco me interesa lo que hubiera aprobado o no su madre, aunque los dos sabemos que bañarse con un biquini mal atado con un desconocido no le habría hecho gracia.

—Tú no eres un desconocido —protestó Shoshauna.

—Sí, soy un desconocido porque no me conoce de nada y no podemos ser amigos —le espetó Ronan—. ¿Entiende?

Shoshauna creía que, realmente, ya habían superado aquella etapa de la amistad y que iban hacia algo más, pues en aquellos días había compartido más con él de lo que había podido compartir con ninguna otra persona y se sentía abriéndose a él como una flor se abre a la luz del sol.

Aquel hombre le había hecho descubrir cosas de sí misma y estar con él le hacía sentirse fuerte, completa y viva. Le resultaba sorprendentemente fácil ser ella misma en su compañía. ¿Cómo podía decir que no podían ser amigos?

—No, no lo entiendo —contestó.

—Bueno, la verdad es que da igual que no lo entienda. Ya lo entiendo yo y con eso basta.

Shoshauna sintió con desesperación como si Ronan estuviera en una lancha en el mar, ella en la orilla y la lancha cada vez se alejara más. Tenía que hacer lo que fuera para que volviera.

—Está bien, no te contaré nada sobre mí. Absolutamente nada.

Ronan la miró con escepticismo.

—Si quieres, me pongo un esparadrapo en la boca. Hoy no voy a poder estar fuera por la quemadura y quería que me enseñaras a jugar al ajedrez dentro. Mi madre nunca quiso que aprendiera. Decía que era demasiado masculino para una niña.

Era evidente que Ronan sabía que Shoshauna era perfectamente capaz de jugar al ajedrez, pero hizo oídos sordos a su petición.

—¿Tú sabes jugar al ajedrez? —insistió convencida de que, si conseguía que Ronan se sentara con ella, pronto se lo estarían pasando bien.

¡Les quedaban muy pocos días para estar juntos!

Pero Ronan agarró otro leño y lo partió con tanta fuerza que Shoshauna hizo una mueca de disgusto.

—¿Me vas a ignorar?

—Lo voy a intentar.

Shoshauna era una princesa y no estaba acostumbrada a que la ignoraran. Más bien, estaba acostumbrada a que todo el mundo hiciera lo que ella quería.

—Si le digo a mi padre que has hecho algo inapropiado, te meterá en la cárcel —

le advirtió.

Ronan la miró tan tranquilo. A Shoshauna le pareció ver un brillo burlón en sus ojos y se dio cuenta de que estaba dispuesto a mantenerse firme en su decisión. Evidentemente, nada de lo que ella pudiera decir o hacer le iba a hacer cambiar de opinión.

¡Pero si lo único que quería era jugar al ajedrez!

Evidentemente, Ronan no estaba dispuesto a que se conocieran mejor. Shoshauna también comprendía que aquello podía marcarlos para el futuro, pero, ¿por qué ponerse tan profundos? Les quedaban pocos días en la isla. ¿Por qué no podían comportarse como si fueran gente normal y corriente en circunstancias fuera de lo normal?

Shoshauna sabía perfectamente que Ronan era incapaz de fingir y también sabía perfectamente que había tomado una decisión y que ella no podía hacer nada para hacerle cambiar de parecer.

—Perdón por lo que he dicho —se disculpó—. Ha sido una estupidez decirte que mi padre te iba a meter en la cárcel. Ha sido infantil por mi parte.

—No pasa nada —contestó Ronan encogiéndose de hombros.

Lo había dicho como si esperara que hiciera cosas así, como si estuviera seguro de que se iba a comportar como una niña mimada y consentida si las cosas no salían como ella quería y Shoshauna no entendía por qué, pues no había hecho absolutamente nada para que Ronan creyera que era así.

A no ser que fuera por haber accedido a casarse con un hombre al que no quería.

Eso para un hombre como Ronan, que era todo honor e integridad, sería imperdonable.

—Jamás haría algo como mentir sobre ti. No soy una mentirosa.

Sin embargo, se había mentido a sí misma sobre Mahail, su boda y su vida.

—Te he dicho que no me importa —le espetó Ronan.

—Ahora sé que te has enfadado —contestó Shoshauna estallando en lágrimas.

A continuación, corrió al interior de la casa, cerró la puerta de su habitación con fuerza y lloró hasta que no le quedaron lágrimas.

* * *

¿Pero cuándo pensaba parar de llorar aquella mujer? ¿Y cuánto le habría costado a él enseñarle a jugar al ajedrez? Se había comportado como un canalla.

Ronan pensó que Shoshauna no estaba llorando porque se hubiera negado enseñarle a jugar al ajedrez, sino porque las cosas se habían complicado tanto que una minucia como aquélla le hacía ponerse a llorar.

Cuando Shoshauna le había dicho que su madre no había querido que aprendiera porque le parecía demasiado masculino, le habían entrado ganas de enseñarle. ¡Maldita fuera! Aquella mujer era realmente inteligente. Seguro que jugaría al ajedrez de maravilla.

Shoshauna no salió de su habitación en todo el día y, cuando Ronan le dijo que la

comida ya estaba preparada, le contestó entre sollozos que no tenía hambre.

Lo mismo le dijo a la hora de cenar. Ronan se dijo que debería sentirse aliviado porque aquello le permitía mantener las distancias, pero se sentía preocupado y culpable por haberle infligido dolor.

—Venga, salga de ahí, tiene que comer algo —le dijo.

—¿Para qué? ¿Para que se pueda sentir a gusto creyendo que me está cuidando bien? ¿Acaso protegerme incluye alimentarme? ¡Déjeme en paz!

Ronan abrió un poco la puerta. Shoshauna estaba sentada sobre la cama con las piernas cruzadas. Llevaba puestos los pantalones cortos que dejaban a la vista sus piernas bronceadas. Cuando lo vio entrar, levantó la mirada, pero se apresuró a volver a bajarla. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y el pelo revuelto.

—Le he dicho que me deje en paz.

—Debería comer algo —insistió Ronan.

—No soy una niña pequeña, así que no hace falta que me diga que tengo que comer.

Había encontrado una revista en algún lugar y evitaba mirarlo. La revista tenía pinta de ser de 1957, pero Shoshauna tenía la mirada clavada en ella como si le interesara mucho. De repente, Ronan se fijó en que sus ojos brillaban de nuevo y se preguntó si se iba a poner a llorar otra vez.

—Mire, no tengo intención de ser mala persona con usted. Yo lo único que intento es hacerle comprender cómo son las cosas.

—¿Ah, sí? —le espetó Shoshauna mirándolo furiosa—. Pues para que lo sepa, estoy harta de que todo el mundo me diga cómo son las cosas. Además, ¿por qué decide usted cómo tienen que ser? ¿Por ser hombre?

Lo había pillado.

—Porque soy el que tiene una misión que cumplir —contestó Ronan a pesar de que no había sonado convincente ni siquiera para sí mismo.

Shoshauna se puso en pie, se acercó a él y lo miró desafiante. Sin previo aviso, lo besó. Ronan sintió que una sensación poderosa se apoderaba de él. El beso de aquella mujer era refrescante y limpio como el agua de lluvia y sus labios hablaban de inocencia y de pasión, de entusiasmo y de incertidumbre, de deseo y de duda.

Había oído que había drogas tan fuertes que con una sola dosis esclavizaban a un hombre y nunca se lo había creído, pero ahora se encontraba incapaz de no responder, completamente atrapado por la dulzura de aquel beso.

De repente, la duda de Shoshauna se disolvió, le pasó los brazos por el cuello y se apretó contra él. Su olor lo envolvió y Ronan sintió a través de su camisa las curvas sensuales y femeninas de su cuerpo.

La tentación era muy fuerte, pero el soldado que había en él analizó la situación. Si aceptaba la invitación de sus labios y la besaba, si se dejaba llevar por lo que le apetecía hacer, sería como dar rienda suelta a un caballo desbocado. No podría dar marcha atrás.

El soldado quería controlar la situación mientras que el hombre quería dejarse llevar. En mitad de todo aquel revoltijo de emociones, Ronan todavía pudo pensar con claridad que, si terminaban donde parecía que iban a terminar, la princesa Shoshauna tendría que cancelar la boda y, de nuevo, no habría elegido, se habría limitado a dejarse llevar por fuerzas que no había podido controlar.

Ronan no quería que se casara con otro hombre, sólo con... ¿Con quién? ¿Con él? ¿Con un soldado que no creía en el matrimonio?

Ronan se apresuró a apartarse de ella.

La diferencia entre su madre y él era que él tenía muy claro que la fantasía del amor se evaporaba rápido y que todos los matrimonios fracasaban.

Al final, había ganado el soldado, había ganado la realidad y no la ficción, el análisis práctico y no la emoción, la disciplina y no la espontaneidad.

—¿Está intentando utilizarme para comprar su libertad? —le espetó dejándose llevar por la rabia.

Shoshauna se apartó de él y a Ronan le pareció que se le saltaban las lágrimas de nuevo, lo que le daba la razón. Era un soldado brusco y duro que no estaba hecho para estar en compañía de una princesa frágil y sensible, así que era absurdo que se imaginara casándose con ella.

Estaba sumido en sus pensamientos y no se dio cuenta de que Shoshauna se disponía a empujarlo con fuerza. Cuando lo hizo, echándolo de su habitación, lo pilló completamente desprevenido.

—¡Vete al infierno! —le gritó Shoshauna a través de la puerta.

A continuación, maldijo varias veces con palabrotas dignas de soldados y obreros. Si la hubiera oído su madre, le habría dado un infarto.

Ronan pensó que la misión de proteger a Shoshauna estaba saliendo bien, pero, cuando la devolviera a palacio, iba a ser otra mujer. Sin pelo, quemada, muerta de hambre y capaz de ganar un concurso de palabrotas ante una cuadrilla de obreros de la construcción.

—No han salido muy bien las cosas —murmuró girándose.

Sin embargo, una vez a solas fuera, mirando la noche estrellada, pensó que, tal vez, las cosas no hubieran ido tan mal después de todo. Shoshauna era una mujer que necesitaba descubrir las profundidades de su propio poder, necesitaba aprender a utilizar sus fuerzas internas para que las fuerzas externas no pudieran con ella.

Por lo visto, eso era lo que le había estado pasando hasta aquel momento. Había tomado la decisión de casarse porque se le había muerto el gato. ¡Solamente a su madre se le habría ocurrido una razón más loca que aquélla!

Por cómo lo había echado de la habitación y por el portazo que había dado, era posible que estuviera descubriendo cosas sobre sí misma que la llevaran a negarse a casarse con un hombre al que no quería.

¿Sería capaz de entender que tenía dentro de sí misma la fuerza necesaria para elegir la vida que quería vivir?

Ronan se llevó la mano a los labios y se los limpió, pero tuvo la sensación de que lo que había sucedido no se iba a borrar así como así. Después de algún tiempo, miró su reloj. Eran más de las doce de la noche. Dentro de dos días abandonarían la isla para encontrarse con Gray.

¿Y si la vida de Shoshauna todavía estaba en peligro? Entonces, su compañero tendría que idear un plan de protección en el que no estuviera involucrado él. Ronan se preguntó si sería capaz de permitir que otra persona la protegiera. Tal vez sí, si no tenía opción. Si lo reclamaban en Excalibur, iba a tener que acudir inmediatamente aunque Shoshauna estuviera en peligro.

Ronan rezó para no tener que hacer aquella elección. ¿A quién obedecería llegado el caso? ¿Escucharía a su responsabilidad de soldado o a su corazón de hombre?

Nunca se había obligado a plantearse nada parecido y el hecho de haberlo hecho quería decir que algo había cambiado en él, quería decir que había una persona que le importaba tanto como el ejército.

¿Podría volver a ser el mismo de antes? Durante las siguientes veinticuatro horas, sintió que era un hombre intentando desesperadamente volver a ser el que era antes, un hombre tranquilo, calmado, profesional y capaz de controlar sus emociones.

Estuvo a punto de conseguirlo.

No le resultó fácil porque mantener las distancias entre ellos era muy difícil, pero Shoshauna utilizó la cocina a horas diferentes para no coincidir, pues se negaba a comer lo que él le había preparado. Le dejó a Ronan lo que ella había cocinado, restos quemados, y fruta mal cortada en una fuente.

Además, colgó su ropa interior en una cuerda junto a la ducha exterior. Ronan no sabía si para atormentarlo o no, pero tormento le causó, sobre todo cuando vio que su sujetador blanco se había convertido en rosa.

Podría enseñarle a lavar la ropa, pero, ¿para qué? Una princesa no necesitaba saber qué había que hacer para que la ropa blanca no se destiñera.

Además, era mejor así. Aunque le doliera mucho que no le hablara, aunque le doliera que lo mirara por encima del hombro cada vez que se cruzaban, era mejor así.

Ronan encontró una planta de áloe vera. Sabía que la pulpa de sus hojas era uno de los mejores remedios naturales que había para las quemaduras del sol, pero no se atrevió a decírselo a Shoshauna.

Cuando la vio sentada en el comedor ante el tablero de ajedrez, moviendo las piezas, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no enseñarle a jugar porque sabía que había otras cosas que quería hacer con ella. Por ejemplo, reírse, verla morderse la lengua cuando se concentraba, tocarle el pelo... volver a besarla, por supuesto.

Se moría por volver a besar sus labios y memorizarlos para no olvidarlos jamás.

No cedió. Tuvo que hacer gala de toda su disciplina de soldado, pero lo consiguió y habría conseguido mantenerse así hasta el final si no hubiera sido porque, de repente, vio a Shoshauna corriendo por la arena con la tabla de surf debajo del brazo.

La princesa se había puesto una camiseta para cubrirse la espalda quemada y

corría riéndose encantada.

—¡Eh! —le gritó Ronan desde los escalones—. ¡No sabes nadar lo suficientemente bien como para meterte en el agua con esas olas! —le advirtió.

Shoshauna lo miró y le sacó la lengua, volvió a girarse hacia la orilla y siguió corriendo.

Ronan suspiró resignado y fue tras ella.

Capítulo 7

A Shoshauna le encantaban aquellas olas de cuatro pies de alto que rompían en la orilla formando abundante espuma blanca.

Estaba metiéndose en el agua cuando sintió la mano de Ronan en el hombro. Aunque llevaba mucho tiempo queriendo que la tocara, no era así como le habría gustado que lo hiciera.

—¿Qué quieres? —le espetó girándose hacia él.

—¡No eres tan buena nadadora como para meterte en el agua con esas olas! —contestó Ronan.

—Por lo visto, no lo sabes todo. ¡Dijiste que en esta bahía jamás habría olas y mira!

—Sí, pero sé perfectamente que no me equivoco en lo que te acabo de decir, así que no pienso permitir que te metas en el agua tú sola.

Había vuelto a ser el soldado responsable al que nadie le podía llevar la contraria, pero Shoshauna sabía que le quedaban muy pocas horas de libertad y había aprendido que era responsable de su vida y de sus decisiones.

Estaba decidida a hacer lo que le diera la gana.

—Siempre he querido hacer esto y lo voy a hacer —le dijo.

Ronan no parecía en absoluto impresionado por su recién adquirida resolución, parecía indiferente ante el descubrimiento que Shoshauna había hecho sobre su propio poder, parecía inmune a su decisión de hacer sus sueños realidad.

—Siempre he querido que hubiera olas y han venido. ¿No te parece que es un regalo de los dioses?

—No.

—Ronan, llevo toda la vida acatando las órdenes de los demás. La gente ha tomado siempre decisiones por mí y yo he dejado que así fuera, pero a partir de ahora mismo no pienso volver a permitirselo a nadie. Ni siquiera a ti.

Ronan miró las olas y la miró a ella y Shoshauna comprendió que estaba dudando.

—No es que quiera hacerlo, sino que tengo que hacerlo, tengo que montar en esa tabla y experimentar el poder del agua. Sé que, si soy capaz de surfear sobre esas olas, será el principio de una nueva vida. Si puedo hacer eso, podré hacer cualquier cosa —insistió Shoshauna comprendiendo que la otra noche había cometido un error crucial al creer que Ronan tenía las llaves de los secretos que había dentro de ella.

Cuando había comenzado toda aquella aventura, había pensado que no sabía por dónde empezar a buscar porque no sabía lo que estaba buscando, pero de repente sabía exactamente dónde tenía que buscar.

Todas las respuestas que necesitaba estaban dentro de ella.

Sentía la imperiosa necesidad de meterse en el agua para descubrir de lo que era capaz. No le iba a pedir responsabilidades a nadie. Ni a Ronan, ni a su madre, ni a su

padre, ni a Mahail.

La única responsable de su vida era ella misma.

Entonces, comprobó que Ronan estaba asintiendo lentamente y supo que se había ganado su admiración, lo que la llenó de orgullo. Acto seguido, se giró y se metió en el agua, riendo mientras las olas le daban la bienvenida.

Cuando le cubrió por la rodilla, puso la tabla sobre el agua delante ella y se tumbó boca abajo. La tabla resbalaba como si estuviera encerada y Shoshauna se cayó varias veces al agua. En una ocasión, una ola le pasó por encima y la tabla se le fue.

Empapada, pero encantada, fue tras ella y la agarró. Inmediatamente, lo volvió a intentar. Una y otra vez. Qué frustración. Si ni siquiera podía tumbarse sobre la tabla, ¿cómo iba a conseguir ponerse en pie encima de ella?

Comenzaron a dolerle los brazos y los hombros y Shoshauna pensó que aquello iba a ser mucho más difícil de lo que parecía en la televisión, pero, en cierta manera, estaba contenta porque quería que fuera difícil, quería poner a prueba su constancia, su determinación y su espíritu de aventura.

Ronan se acercó y la recogió de la arena cuando una ola se la llevó por delante por enésima vez. Agarró también la tabla y Shoshauna se apresuró a arrebatársela.

—Te voy a dar unos cuantos consejos —suspiró Ronan—. Para empezar, el mar no se conquista. Hay que trabajar con él, entenderlo y convertirte en parte de él. Dame la tabla.

Shoshauna sabía que era un acto de confianza, pues podía quitársela e irse a casa, pero vio que Ronan estaba tan comprometido con la situación como ella y que no la iba a engañar.

—Tienes suerte porque es una tabla larga, pero es vieja y no tiene cuerda para agarrarla. Eso significa que tienes que estar muy pendiente de ella para que no se la lleve el agua. Además, si te da un golpe, y te lo digo por experiencia, te va a doler.

Shoshauna asintió. Ronan dejó la tabla sobre la arena.

—Muy bien, tumbate sobre la tabla boca abajo.

Shoshauna reconoció el regalo que le estaba haciendo. Ronan le estaba dando su experiencia y estaba reconociendo su potencial y ella decidió que aceptar sus consejos sería inteligente por su parte, pues le facilitaría la tarea.

Ronan le había dicho que el verdadero poder no consistía en conquistar a los demás, sino en trabajar con los elementos, entendiéndolos, y lo mismo se podía aplicar a él. Ronan era uno de los elementos y no debía intentar conquistarlo ni domesticarlo, sino entenderlo y trabajar con él.

Cuando estuvo tumbada boca abajo sobre la tabla, Ronan le indicó cómo colocar el peso del cuerpo, bien centrado, y la barbilla, y Shoshauna aprendió otra lección sobre el poder: todo dependía del equilibrio.

Ronan también le indicó cómo eran las olas que debía intentar tomar, las más pequeñas, y le dijo que no debía meterse en el agua más allá de la cintura.

Y lo había dicho con total confianza en ella, completamente convencido de que

iba a ser capaz de hacer surf.

—Quiero que practiques aquí en la arena un par de veces cómo ponerte en pie —le indicó colocándole las manos a los lados de la tabla—. Lo primero que tienes que hacer es poner las manos en su sitio y, luego, adelantas una pierna y te pones en pie rápidamente. De lo contrario, te caerás al agua.

Ante la atenta mirada de su repentino profesor, Shoshauna lo hizo varias veces.

—Muy bien —dijo Ronan satisfecho, quitándose la camiseta y dejándola en la arena—. Al agua.

Shoshauna lo siguió hasta que el agua le llegó por las caderas.

—Éste es el mejor lugar para aprender —le dijo Ronan agarrándole la tabla para que ella se tumbara boca abajo—. No intentes ponerte de pie las primeras veces. Límitate a quedarte tumbada y a dejar que la ola te lleve —añadió—. Muy bien. Aquí llega una. Tienes que remar con los brazos. No hace falta que lo hagas demasiado rápido.

Shoshauna sintió que la ola levantaba la tabla, remó con los brazos y sintió algo increíble. De repente, se sintió en la cresta de la ola. La tabla tenía vida propia y se vio lanzada hacia delante a una velocidad increíble y maravillosa. El trayecto duró poco, tal vez tan sólo un par de segundos. Transcurrido aquel tiempo se encontró con la tabla clavada en la arena de la orilla.

—¡Levántate! —gritó Ronan—. ¡Deprisa! Llega otra ola.

Demasiado tarde. La siguiente ola pilló a Shoshauna tumbada en el suelo y le cayó justo encima. Ronan se apresuró a acercarse a ella para ayudarla a ponerse en pie y la encontró riéndose a carcajadas.

—Dios mío, Ronan, esto es lo más divertido que he hecho en la vida —le dijo sinceramente.

—¿Quieres intentar ponerte de pie?

—¡Claro que sí! —exclamó Shoshauna.

—Serías un soldado estupendo —dijo Ronan sonriendo y Shoshauna se dio cuenta de que aquél era un gran cumplido.

—¡Lo quiero hacer yo sola!

—Cariño, en el surf es la única manera de hacer las cosas.

«Cariño».

Shoshauna sintió que aquella palabra le daba una nueva confianza en sí misma y una nueva fuerza, así que volvió a meterse en el agua, se subió a la tabla, se colocó con cuidado, giró la cabeza esperando la ola adecuada y, de repente, la vio.

Se apresuró a colocarse, pero, a pesar de que había estado practicando, la tabla se le escapó, la ola le dio un revolcón y la mandó a la orilla de nuevo. Una vez allí, se apresuró a ponerse en pie. Ronan estaba a su lado, esperando, observando. ¡A pesar de que había tragado agua, le estaba encantando la experiencia! Así que no dudó en intentarlo una y otra vez.

Ronan se quedó observándola, le dio algunos consejos y palabras de ánimo, pero

la dejó sola porque era cierto, aquello tenía que hacerlo ella sola, como la vida misma. Ni siquiera la ayudó cuando se le escapó la tabla de nuevo, ni siquiera la ayudó a volverse a montar por enésima vez.

¿Estaría esperando a que se cansara y lo dejara? Shoshauna lo miró y vio que no era así. Ronan confiaba en ella, estaba convencido de que lo iba a lograr, así que Shoshauna colocó la tabla una vez más, miró las olas que llegaban y todo salió bien.

La ola llegó a su altura, la elevó y ella se puso en pie en el momento exacto.

¡Estaba de pie sobre el agua, que la empujaba con fuerza hacia la orilla! Apenas estuvo de pie sobre la tabla un segundo, pero fue suficiente para sentir la canción del mar bajo sus pies, para sentirse una con su fuerza, para saborear lo que había hecho y llenarse de emoción.

Shoshauna no sabía qué le gustaba más, si haber conseguido ponerse en pie sobre la tabla o la cara de respeto con la que la estaba mirando Ronan.

—Choca esos cinco —le dijo una vez en la orilla.

Shoshauna consiguió ponerse de pie un par de veces más antes de que el cansancio pudiera con ella. Una vez en la arena, Ronan le puso su camiseta por encima, pues Shoshauna temblaba de frío y de cansancio.

—¡Lo he conseguido! —murmuró.

—Claro que sí.

Shoshauna pensó en todas las cosas que había hecho desde que habían ido a parar a aquella isla y se sintió muy contenta. Era una persona diferente, había cambiado en pocos días. Ahora estaba más segura de sí misma y sabía que podía hacer lo que quisiera.

—Quiero ver lo que eres capaz de hacer tú —le dijo a Ronan.

«Enséñame hasta dónde puede llegar una persona», pensó.

Ronan dudó, miró el mar, agarró la tabla y se metió en el agua. Una vez allí, se tumbó boca abajo y remó con los brazos varios metros mar adentro. Cuando llegó a un lugar que le gustó, se sentó sobre la tabla y esperó.

Cuando vio una ola adecuada, volvió a tumbarse boca abajo y remó con fuerza con los brazos. Shoshauna vio que el morro de la tabla se elevaba y, cuando creía que a Ronan se le había pasado el momento, lo vio ponerse en pie de un solo movimiento.

Ronan iba de pie en la tabla, colocado de lado, con una cadera hacia delante y la otra hacia atrás, con los pies separados, las rodillas dobladas y los brazos en cruz. Shoshauna se fijó en que cambiaba de postura para que la tabla cambiara de dirección, y, de repente, estaba atravesando la ola, pasando por debajo de la espuma con tanta gracia que hacía que pareciera fácil.

Shoshauna comprendió que, cuando una persona ejercitaba completamente su poder, la vida se convertía en un ballet, en una danza preciosa y compleja con los elementos y no en una lucha de fuerzas.

Shoshauna había estado toda la vida rodeada de hombres que se autoproclamaban príncipes, pero era la primera vez que veía a un hombre que realmente era dueño del

mundo, que realmente estaba contento de ser quien era.

Se dio cuenta, cuando Ronan dejó aquella ola y volvió a tumbarse sobre la tabla para esperar otra, de que no estaba fardando ante ella, sino que se estaba rindiendo ante el mar y ante la química que había entre ellos.

Ronan estaba haciendo lo que los hombres llevaban haciendo ante las mujeres desde los primeros tiempos: la estaba seduciendo, diciéndole sin palabras «soy fuerte, no tengo miedo, sé lo que hago. Soy un buen cazador y cazaré para ti, soy un buen guerrero y te protegeré».

Lo que estaba teniendo lugar en aquellos momentos era un ritual de seducción y Shoshauna sentía que el corazón le latía desbocado mientras observaba a Ronan de pie sobre las olas.

Al cabo de un rato, Ronan se tumbó boca abajo sobre la tabla y apareció en la arena junto a ella. Shoshauna se moría por volver a besarlo, pero era consciente de que Ronan cuestionaría sus motivos y no creería que era simplemente por lo que había entre ellos. Seguro que sospechaba que estaba buscando una manera de escapar a su destino.

Les quedaba poco tiempo porque al día siguiente a aquellas horas tendrían que irse de la isla.

Como si estuviera pensando lo mismo, Ronan le explicó que al día siguiente cruzarían la bahía en el bote y recuperarían la moto que habían escondido entre los arbustos. También le preguntó si conocía algún pub de estilo británico cerca del palacio. Shoshauna le dijo que, sin duda, debía de tratarse de Gabby's, el único pub así que había en la isla.

—El coronel Peterson se reunirá con nosotros allí a las tres —le dijo Ronan.

—¿Y luego?

—Si todo está bien, te irás a casa. De lo contrario, tendrás que seguir escondida un poco más.

—¿Contigo?

—No, Shoshauna, conmigo no —contestó Ronan.

Shoshauna pensó que le quedaba aquella noche, un último trayecto de moto y luego, pasara lo que pasara, lo que tenía con Ronan habría terminado.

Al instante, sintió que la tristeza amenazaba con apoderarse de ella, pero se dijo que no quería estar triste, que quería aprovechar el tiempo que les quedaba.

Ronan estaba tumbado de espaldas, a su lado, y Shoshauna le puso la mano entre los omoplatos. Al principio, Ronan se tensó y Shoshauna se preguntó si se levantaría y se iría, si se habría pasado de la raya, pero Ronan se relajó, cerró los ojos y dejó que lo acariciara.

Shoshauna no se atrevió a hacer nada más. Ambos sabían que el tiempo que habían pasado juntos estaba a punto de terminar. Ronan estaba más relajado porque sabía que quedaba poco tiempo, que al día siguiente se separarían. Por eso, le estaba dejando hacer y Shoshauna intentó memorizar la belleza de su piel cubierta de arena

y de sal y la dureza de sus músculos llenos de vida.

Comenzó a anochecer y la brisa se volvió fría, pero ninguno de los dos se movió. Por lo visto, ninguno quería que aquel momento terminara.

—¿Podríamos hacer una hoguera esta noche en la playa? —le preguntó Shoshauna.

Ronan se quedó pensativo y Shoshauna esperó aguantando la respiración.

—Sí —contestó por fin.

Shoshauna volvió a tomar aire.

Ronan miró de reojo a Shoshauna, que se había cambiado de ropa. Ahora llevaba una camisa anudada en el estómago y unos pantalones por debajo de la rodilla que había encontrado en la casa. Parecía una pirata adorable.

Desde que había conseguido hacer surf parecía diferente. Ahora se mostraba más segura de sí misma. Ronan estaba contento de haber bajado la guardia y de haberla ayudado a darse cuenta de lo que podía hacer cuando volviera a su vida de siempre.

Seguro que la mujer en la que se había convertido, una mujer de mirada fuerte y movimientos seguros, no se dejaría llevar por las presiones y no se casaría con un hombre por conveniencia o para agradar a los demás.

Ronan recordó su mano en la espalda. Estaba seguro de que aquel pequeño gesto significaba que Shoshauna había cambiado. Ronan decidió que aquella noche, la última noche que iban a pasar en la isla, iba a bajar un poco más la guardia. Lo suficiente. ¿Lo suficiente para qué?

Para tener recuerdos de Shoshauna a los que aferrarse cuando tuviera que dejarla marchar, cuando ya no la tuviera a su lado, cuando tuviera que enfrentarse a la idea de que, probablemente, no volvería a verla jamás.

En esos momentos, podría recordar aquella noche. Los dos juntos, una hoguera, su risa, las llamas reflejándose sobre su piel, el brillo de sus ojos, con más luz que las estrellas.

Los dos llevaron leña hasta la arena, pasaron un rato recordando la experiencia con la tabla de aquella tarde y se rieron.

Y hablaron mucho. Hasta altas horas de la noche. Cuando comenzó a hacer frío, Ronan llevó una manta de la casa y se la puso a Shoshauna sobre los hombros y, cuando siguió haciendo frío y Shoshauna le ofreció una esquina de la manta, Ronan se agazapó debajo y los dos se quedaron mirando las estrellas hombro con hombro, escuchando cómo rompían las olas del mar en la orilla.

Al principio, la conversación fue superficial. Ronan le contó unos cuantos chistes y le hizo reír y Shoshauna le contó cómo había atormentado a sus niñeras y a sus profesores, pero, a medida que la noche fue avanzando, la conversación se fue haciendo más profunda y Ronan se encontró escuchando a Shoshauna contándole cómo había sido su infancia, protegida y privilegiada, pero también muy solitaria.

Shoshauna le contó que una de las raras veces en las que la habían llevado al mercado había encontrado un gatito, se lo había escondido debajo del vestido y se lo había llevado a casa. Mientras recordaba a su gato, sonreía y le contaba cómo aquel animal la había ayudado a sobreponerse a la soledad, pues hablaba con él, dormía con él y se había convertido en su mejor amigo.

El gato había muerto.

—A lo mejor es una tontería estar tan triste por haber perdido un gato, pero no te puedes ni imaginar cuánto lo echo de menos.

—¿Cómo se llamaba?

—No te rías.

—No, claro que no.

—Se llamaba *Retnuh*, que en nuestro idioma quiere decir «amado».

Ronan no se rió. Lo cierto era que no lo encontraba divertido en absoluto sino, más bien, triste. Aquella historia le confirmaba cosas que había sospechado sobre la vida de Shoshauna.

—Poco después de que mi amado muriera, llegó la propuesta de matrimonio del príncipe Mahail. Lo cierto es que me pareció mucho más fácil dejarme llevar por la emoción de los preparativos que sentir la soledad y el patetismo de haberme convertido en una mujer cuyo gran amor había sido un gato.

A Ronan no le parecía patético. En aquel suceso veía a una mujer con mucha capacidad de amar, capaz de entregar el corazón entero, capaz de entregarse por completo, y se encontró preguntándose si el hombre que se casara con ella por fin sabría entender aquel regalo, que era un gran tesoro.

—¿Me cuentas tú algo de ti? —le preguntó Shoshauna.

—No sé por dónde empezar —contestó Ronan.

—¿Cómo eras de pequeño?

—Muy malo —contestó Ronan.

—¿Malo o travieso?

—Malo. Me dedicaba a meter patatas en los tubos de escape de los coches y a romper las ventanas de las casas de los vecinos. Además, me expulsaron del colegio en varias ocasiones por pelearme.

—¿Y por qué eras así?

¿Por qué? La pregunta que nadie le había hecho.

—Mi padre murió cuando yo tenía seis años. No es que quiera poner eso como excusa, pero es cierto que los niños necesitan a su padre para que los guíe. Mi madre no podía conmigo y, para controlarme, se casó una y otra vez.

—¿Cuántas veces? —se sorprendió Shoshauna.

—Contando con que se va a casar en breve otra vez, siete.

—¿Y alguno de los hombres con los que estuvo casada fue como un padre para ti?

Y Ronan se encontró contándole lo que jamás le había contado a nadie, que había

pasado unos años terribles, sintiendo rechazo contra cada nuevo hombre que entraba en su casa; le contó a Shoshauna cómo aquella pequeña esperanza de volver a tener un padre se había ido agriando con los años hasta convertirse en escepticismo.

Y, tras contárselo, no se sintió débil, sino liberado y contento.

—¿Cómo se llevaban tus padres? —le preguntó ella.

Ronan se quedó pensativo y suspiró.

—Cómo te he dicho, tenía seis años cuando mi padre murió, así que no sé si los recuerdos que tengo de él son ciertos o los he ido trastocando a lo largo de los años.

—Cuéntame lo que recuerdas.

—Felicidad —contestó Ronan sinceramente—. Risas. Recuerdo a mi padre corriendo detrás de mi madre por toda la casa y a ella huyendo riéndose a carcajadas, con el rostro radiante de alegría. Cuando la agarró, la abrazó con fuerza y la cubrió de besos y yo intenté hacerme un cuerpo entre ellos dos. Entonces, mi padre me tomó en brazos, me pusieron entre los dos y me abrazaron con tanta fuerza que apenas podía respirar.

Shoshauna se quedó callada un rato y, cuando volvió a mirarlo, Ronan la vio más madura y, cuando volvió a hablar, la percibió más sabia.

—Después de haber vivido eso, lo que tuvo con tu padre, tu madre no podía soportar la idea de no volver a tenerlo. Se casó con todos esos hombres para revivirlo. Lo haría por ti, pero también por ella. No creo que fuera para que esos hombres te dieran a ti algo que tú habías perdido, sino porque ella quería darte a la persona que había sido antes. Comprendía que la echabas de menos, comprendía que echabas de menos a tu padre muerto, pero también a la madre que ella había sido.

A Ronan se le hizo extraño, pero comprendió que había estado buscando aquellas palabras, palabras que lo condujeran a poder perdonar a su madre. Desde que se había ido de casa, había estado intentando llenar sus vacíos con disciplina, fuerza y misiones peligrosas, pero ahora comprendía que, al igual que Shoshauna, había ido a parar a aquella isla para encontrarse a sí mismo.

Era un hombre que quería que lo amaran y que merecía ser amado, un hombre que había comprendido que, por muchas cosas materiales que tuviera en el mundo, si le faltaba el ingrediente secreto, no merecía la pena vivir porque se sentía vacío.

Con el calor del fuego y de la manta que los cubría, se quedaron dormidos bajo las estrellas, disfrutando de las olas que rompían en la orilla.

Hacía mucho tiempo que Ronan no se sentía tan en paz. Sin embargo, poco antes del amanecer, se despertó ansioso. Al principio, se sintió desorientado. Luego, sintió el pelo de Shoshauna sobre su pecho y, de repente, oyó el lejano zumbido de un helicóptero y el motor de varias lanchas.

Al incorporarse, comprobó que se trataba de tres lanchas motoras que avanzaban hacia la orilla en forma de uve.

«La hoguera», pensó Ronan.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Si ellos podían ver las luces de B'Ranasha

desde allí, era evidente que desde el otro lado también los verían a ellos. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Porque se había dejado llevar y había olvidado la norma número uno a la hora de proteger a alguien.

No debería haberse dejado llevar por las emociones. Se había equivocado y ahora la seguridad de Shoshauna estaba en el aire. Se había estado comportando como una persona que estaba de vacaciones con su pareja desde que habían llegado a la isla. En lugar de hacer esnórquel y surf, tendría que haber estado poniendo trampas e ideando un plan de huida.

Ronan sintió que había fracasado, pero se dijo que no era el momento para pensar en ello.

Su bote estaba varado en la arena. La marea había bajado tanto que era imposible meterlo en el agua. No tenía tiempo. Además, las lanchas que se acercaban tenían motores más potentes que el suyo.

—¡Despierta! —le gritó a Shoshauna poniéndose en pie a toda velocidad.

Shoshauna abrió los ojos confusa y Ronan la obligó a ponerse en pie. Al instante, se dio cuenta de que ocurría algo y corrió con él hacia la casa. Una vez allí, Ronan agarró su arma y la munición que tenía. A continuación, llevó a Shoshauna a la selva, al lugar donde había cortado el árbol unos días antes, y la cubrió con las enormes hojas de un arbusto.

—No te muevas de aquí —le ordenó.

—¿No me irás a dejar aquí?

Ronan se dio cuenta al instante de que no estaba preocupada por sí misma, sino por él. Aquél era el precio que debía pagar por haber dejado que las emociones se involucraran entre ellos. Ahora Shoshauna creía que podía elegir, no comprendía que el trabajo de Ronan consistía en ponerse entre ella y el peligro, no quería aceptar la realidad.

—Princesa, no me hagas que te lo repita —le espetó—. No te muevas de aquí hasta que yo en persona te diga que puedes salir.

Tres lanchas y un helicóptero. Ronan estaba entrenado para dar por hecho que lo que tenía ante sí era el enemigo. De ser así, lo más probable era que Shoshauna no volviera a verlo en persona jamás.

—Mi vida depende de que obedezcas —le dijo viéndola capitular por fin.

Acto seguido, corrió hasta la primera línea de árboles. Desde allí, vio cómo se iban aproximando las lanchas. Mientras tanto, intentaba dilucidar cómo mantener a Shoshauna a salvo con los pocos recursos que tenía.

Y, de repente, cuando la primera lancha ya estaba casi tocando la arena de la orilla, sintió que la adrenalina dejaba de correr por sus venas. Al mando de aquella expedición llegaba el coronel Gray Peterson.

Ronan salió de entre los árboles con un gran sentimiento de fracaso. La situación estaba terminando bien, pero no por su competencia precisamente sino gracias a la suerte, aquello en lo que Shoshauna siempre había confiado y de lo que él se había

burlado.

—¿Dónde está la princesa? —le preguntó Gray.

—En un lugar seguro.

Por supuesto, Shoshauna eligió precisamente aquel momento para salir corriendo por la playa.

—¡Abuelo! —gritó lanzándose a los brazos de un hombre mayor.

—Madre mía, dime que ésa no es la princesa —comentó Gray mirándola sorprendido.

—Me temo que sí.

—¿Qué le ha pasado en el pelo?

Lo cierto era que Ronan apenas recordaba cómo había sido antes.

—Lo importante es que está salvo. ¿Qué más da cómo tenga el pelo?

La cara de su compañero lo decía todo. No daba igual, a la gente le importaba el pelo de la princesa. Ronan se alegró de que se lo hubiera cortado.

—Está a salvo, ¿no? Por eso has venido, por eso no has esperado a que nos viéramos mañana.

—Sí, detuvimos a una persona hace tres días. Lo cierto es que tú nos diste la pista. Se trata de la prima de la princesa Shoshauna, Mirassa. Por lo visto, llevaba mucho tiempo enamorada del príncipe Mahail.

Ronan se quedó mirando a Shoshauna, que abrazaba encantada a su abuelo, y supo que le iba a ir bien a partir de entonces.

—Estabais tan bien escondidos que no os encontrábamos —le dijo Gray—. Lo has hecho muy bien.

Sí, lo había hecho tan bien que se había metido en territorio peligroso y se sentía completamente perdido.

—De no haber sido por que un agricultor de la zona vio el fuego anoche y llamó al abuelo de la princesa, no os habríamos encontrado —añadió Peterson—. No parece la misma persona, Ronan.

Ronan permaneció en silencio. No era cierto. Shoshauna era la misma persona que siempre había sido, pero ahora sabía quién era en realidad. Ojalá no tuviera miedo de demostrárselo a los demás.

De repente, Ronan se dio cuenta de que el coronel estaba mirándolo muy serio.

—¿Ha sucedido algo que deba saber?

—No, señor —contestó Ronan.

Nada que los demás debieran saber. El único que tendría que vivir sabiendo que sus errores podrían haberle costado la vida a Shoshauna era él. Como no había sido así, no se sentía en la obligación de compartirlo con nadie.

Ronan se quedó mirando cómo los militares, funcionarios de palacio y los guardaespaldas bajaban de las lanchas.

—¿Y el príncipe Mahail? —preguntó.

—No ha venido. ¿Por qué iba estar aquí?

—Si yo me fuera a casar con la princesa y ella desapareciera, te aseguro que estaría aquí —contestó Ronan.

Sin embargo, el único que había ido a buscarla había sido su abuelo. Ni su madre ni su padre ni su prometido. De repente, Ronan comprendió por qué Shoshauna había querido tanto a su gato, comprendió su soledad y su vacío, aquella soledad y aquel vacío que la habían llevado a aceptar la propuesta de matrimonio de un hombre al que no quería.

—Mira, te tengo que sacar de aquí inmediatamente. Tu comandante me está presionando. Tu equipo Excalibur te está esperando y me han dicho que tienes que volver inmediatamente —le dijo Peterson—. Le voy a decir a los del helicóptero que tiren la escala.

Ronan era un soldado, estaba entrenado para lo inesperado, esperaba lo inesperado, pero se sorprendió al darse cuenta de que no iba a poder despedirse de Shoshauna.

El helicóptero estaba bajando y levantando arena a su alrededor. Habían lanzado la escala.

«No pienses», se dijo Ronan a sí mismo mientras tomaba la cuerda y comenzaba a subir.

A medida que iba subiendo, iba volviendo a su vida de siempre y se iba alejando de lo que había vivido en la isla. Unos segundos después, los compañeros de arriba lo estaban ayudando a subir a bordo del helicóptero.

Una vez dentro, cometió el error de mirar hacia abajo. Shoshauna corría hacia el helicóptero a toda velocidad. Por un instante, le pareció que iba a agarrar la escala para trepar también, pero ya estaban subiéndola y no llegaba.

Ronan se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración, rezando para que Shoshauna llegara a tiempo, para que se produjera un milagro y volviera con él a su mundo. De repente, comprendió que no quería separarse de ella, pero que la realidad los obligaba, porque sus vidas discurrían en paralelo.

A medida que el helicóptero comenzó a tomar altura, Shoshauna se convirtió en una figura pequeña y quieta en la arena. De repente, se llevó la mano a los labios y le tiró un beso. Ronan se percató de que uno de los hombres que lo había ayudado a subir al helicóptero ahogaba un grito de sorpresa. Evidentemente, no podía creerse lo que estaba viendo. La princesa Shoshauna tirándole un beso a un hombre normal y corriente, un plebeyo, un soldado como él.

Jake Ronan, el hombre más pragmático del mundo, percibió cómo aquel beso surcaba los aires y llegaba hasta su mejilla como si fueran las alas de un ángel, suaves como una promesa.

Capítulo 8

Shoshauna miró alrededor de su habitación. Se trataba de una habitación bonita decorada en tonos turquesas y verdes con toques en crema y marfil.

Al igual que todas las estancias del palacio, las que ella ocupaba estaban decoradas con las sedas más finas, las alfombras más elegantes y las obras de arte más valiosas del mundo, pero, al no estar su gato para dotar a todo aquello de vida, el espacio se le antojaba vacío y poco atractivo.

Shoshauna estaba rodeada de juguetes y comodidades de todo tipo: un maravilloso equipo de música, una televisión gigante, un portátil de vanguardia con acceso a Internet y un baño que parecía un balneario, pero, a pesar de todo aquel lujo, aquella habitación le parecía una cárcel.

Lo que en realidad anhelaba era la sencillez y la libertad de la isla. Sentía como si le hubieran robado las pocas horas que aún le quedaban con Ronan. Por lo menos, el último trayecto en moto. Ni siquiera había podido despedirse de él y, por supuesto, no le había podido hacer la pregunta que la quemaba por dentro.

¿Y ahora qué?

La respuesta a aquella pregunta estaba en algún lugar de los seis días de libertad que había vivido.

Shoshauna era incapaz de volver a la vida que había llevado antes, no quería volver a vivir así.

¿Dónde estaría Ronan? No había podido despedirse de él ni decirle un montón de cosas. Por ejemplo, «me muero por conocerte mejor porque me encanta cómo me siento cuando estoy contigo. Eres mi espejo, me enseñas lo mejor que hay en mí».

En aquel momento, llamaron a la puerta y Shoshauna se apresuró a levantarse de la cama para abrir, pero eran una de sus doncellas y una peluquera.

—Hemos venido a peinarla —le dijo la doncella muy alegre—. Por lo visto, el príncipe Mahail viene a verla esta tarde.

Shoshauna no se apartó de la puerta para dejarles entrar y les habló con firmeza.

—Me gusta cómo tengo el pelo y, si el príncipe Mahail quiere venir a verme, tendrá que pedir cita para ver si me viene bien recibirlo.

Dicho aquello, cerró la puerta dejando a su doncella con la boca abierta. Por primera vez desde que había vuelto a aquella habitación, se sentía libre. De repente, comprendió que una persona podía vivir en un castillo y sentirse prisionera o en una cárcel y sentirse libre.

Todo estaba dentro del ser humano.

Todo dependía de la actitud.

Media hora después, volvieron a llamar a la puerta. En aquella ocasión, era la misma doncella, pero acompañada por un chiquillo de la calle.

—Dice que tiene una cosa para usted y que se lo tiene que entregar personalmente. Al coronel Peterson le parece bien.

El niño le entregó tímidamente una cesta y un libro. Shoshauna agarró el libro y le sonrió. Al mirarlo, leyó el título. *Ajedrez para principiantes*. Al instante, sintió que el corazón le daba un vuelco. Cuando agarró la cesta y oyó un leve maullido, se apresuró a quitar el trapo que cubría a un gato anaranjado que la miró con sus enormes ojos verdes y redondos.

Shoshauna sintió que se le saltaban las lágrimas. Ronan se había ido, pero aquél era su mensaje de despedida y no decía que aprendiera a jugar al ajedrez o que le regalaba un gato para que no estuviera sola; aquel regalo quería decir que Ronan había visto el infinito potencial que había en ella, por una parte, y también que la había escuchado hablar de su amado gato, que la había visto como ningún otro ser humano la había visto en la vida.

Pero se había ido y, probablemente, no volvería a verlo. ¿No iba a volver a verlo? Aquella idea era peor que sentirse encarcelada en aquella habitación. Era una condena de por vida.

Le entraron ganas de cerrar la puerta, quedarse a solas y llorar, pero no era aquello lo que había aprendido durante la semana que había pasado con Ronan. Había aprendido a ser fuerte y no víctima de sus propias decisiones. ¡Había aprendido a ser la dueña de su destino! Había aprendido a tomar decisiones, a saber lo que quería y a ir a por ello. También había aprendido a apartar de su vida lo que no quería.

—Dile al príncipe Mahail que lo recibiré esta tarde —le dijo a su doncella.

Shoshauna era consciente de que tenía que cerrar aquel ciclo de su vida para poder embarcarse en algo nuevo y no consultó con su padre ni con su madre lo que le iba a decir al príncipe.

Mahail la estaba esperando en un salón privado, de espaldas a la puerta, mirando por la ventana. Cuando Shoshauna entró en la estancia, se paró y lo estudió. Era un hombre frágil, pero guapo y bien vestido.

Al oírla, el príncipe Mahail se giró y sonrió, pero la sonrisa desapareció rápidamente de su rostro, en cuanto vio el pelo de Shoshauna que, además, se había puesto manga corta para que viera que se estaba pelando.

El príncipe se apresuró a recuperar la compostura, se acercó a ella, le hizo una reverencia y la tomó de las manos.

—Veo que lo has pasado fatal —le dijo con voz apenada, como si hubiera sobrevivido a un tsunami.

—Todo lo contrario —contestó Shoshauna—. Nunca me he encontrado mejor.

Por supuesto, el príncipe Mahail no comprendió que era mucho más importante cómo se sintiera que la apariencia que tuviera.

—Tengo entendido que has pasado una semana sola con un hombre —comentó el príncipe—. Puede que otros digan que eso te desmerece, pero yo sé que el hombre con el que estabas es de proceder intachable.

Shoshauna se sintió insultada. Así que allí no había pasado nada porque el hombre en cuestión, Ronan, se había comportado de manera intachable, ¿eh? En realidad, era cierto, pero, aun así...

—Qué generoso por tu parte —contestó—. Ese hombre del que hablas me salvó de una situación que se originó por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —se extrañó el príncipe.

—Te portaste de manera cruel y despectiva con Mirassa. Ella no se lo merecía. No la estoy excusando, pero comprendo lo que hizo.

El príncipe estaba empezando a molestarse. Evidentemente, no estaba acostumbrado a que nadie se expresara libremente en su presencia y, menos, una mujer. Shoshauna se preguntó qué tipo de prisión sería vivir con él sin poder ser sincera.

—En cuanto al hombre del que hablas, te diré que su único pensamiento era protegerme y que se mostró en todo momento dispuesto a anteponer mi bienestar al suyo.

—Muy noble por su parte —contestó el príncipe, pero la observaba con cautela porque se suponía que Shoshauna lo único que tenía que hacer era tocarse el pelo y batir las pestañas.

—Sí, muy noble —contestó Shoshauna pensando en Ronan, su príncipe, que era mucho más príncipe que aquel hombre que tenía ante sí ataviado con sedas y joyas y cuya colonia impregnaba todo el salón.

¿Qué haría el príncipe Mahail si percibiera el olor a sudor de Ronan? Shoshauna sonrió al pensarlo y Mahail creyó que aquella sonrisa quería decir que había cambiado de parecer y que lo estaba invitando.

—Entonces, ¿te encuentras lo suficientemente bien como para que podamos fijar de nuevo la fecha de nuestra boda? —le preguntó de manera formal.

Así que, a pesar del estado en el que estaban su pelo y su piel y de su recién adquirido gusto por expresarse verbalmente con toda libertad, el príncipe Mahail seguía queriendo casarse con ella. Fabuloso. Así, Shoshauna podría ejercer el poder de la elección.

—He decidido que no me voy a casar contigo —afirmó sin miedo, sin duda, sintiendo que tenía alas.

—¿Cómo? —se sorprendió el príncipe.

—No me quiero casar. Tengo muchas cosas que hacer primero y, cuando me case, quiero hacerlo por amor y no por conveniencia. Lo siento mucho.

—¿Has hablado con tu padre sobre esto?

¡De todo lo que le podía haber dicho, aquello era lo peor!

—Soy yo la que decide, no él —contestó Shoshauna.

El príncipe Mahail la miró confuso, irritado y molesto.

—¡Muy bien! —ladró—. Me parece que, al final, me va a gustar más tu prima Mirassa que tú.

—Seguro que sí —murmuró Shoshauna mientras el príncipe salía del salón.

Al día siguiente, cuando fue a ver a su padre, se sentía muy nerviosa a pesar de que sabía que había tomado la decisión correcta.

—Tengo entendido que le has dicho al príncipe Mahail que no te vas a casar con él —le dijo su padre sin preámbulos.

—Así es, padre.

—¿Sin consultármelo? —insistió el monarca.

Shoshauna tomó aire y fue sincera, le dijo que ya no era la chiquilla que él quería que fuera, aquella chica dócil y sumisa, le dijo que quería estudiar, vivir aventuras y conocer el amor.

—Comprenderás, padre, que no me quiera casar con el príncipe Mahail —concluyó con valentía—. Prefiero la mazmorra.

Su padre sonrió y, de repente, estalló en carcajadas.

—Ven aquí —le dijo.

Shoshauna se acercó y el monarca la tomó entre sus brazos.

—Quiero lo que todos los padres quieren para sus hijas: quiero que seas feliz. Creía que sabía lo que necesitabas para serlo, pero me acabas de demostrar que me había equivocado. Siempre has sido una chica de carácter fuerte. Así que quieres estudiar, ¿eh?

—¡Sí, padre!

—Pues tienes mi bendición para hacerlo.

Shoshauna se giró para irse, pero el sultán volvió a llamarla.

—Hija mía, por cierto, aquí no hay mazmorras —le dijo entre risas—. De haberlas tenido, sospecho que tu madre te habría encerrado en una hace mucho tiempo. Por cierto, ya hablaré yo de esto con ella.

—Gracias.

Qué ironía. Se había pasado toda la vida intentando ganarse el afecto y la aprobación de su padre y lo había conseguido, precisamente, siendo ella misma, no intentando agradarlo a él sino agradándose a sí misma.

Quería compartir todo aquello con Ronan, así que fue a preguntarle al coronel Peterson dónde estaba.

—Está en una misión, pero no sé dónde exactamente —le dijo el jefe de seguridad—. La verdad es que, aunque lo supiera, no te lo podría decir.

Shoshauna comprendió entonces que todo lo que Ronan le había contado sobre su vida era cierto y comprendió también que, si quería pasar su vida junto a un hombre así, iba a tener que tener una vida propia satisfactoria y enriquecedora completamente separada de la suya, una vida completa en solitario para poder funcionar tranquilamente cuando estuviera sola, cuando a él lo llamaran a una misión.

Shoshauna pidió entrar en la universidad y fue aceptada. En dos meses cumpliría otro sueño: irse a estudiar a Gran Bretaña.

¿Y hasta entonces?

¡Aprendería a hacer surf!

Shoshauna sabía que en el mundo de Ronan no había sitio para una mujer dependiente y débil y quería ser una mujer segura de sí misma cuando fuera a encontrarse con él para poderle ofrecer una vida en común plena.

Se había disparado una alarma y había hombres entrando por las puertas de un almacén abandonado. Todos iban vestidos de negro, llevaba las caras pintadas y ametralladoras. Ronan estaba con Shoshauna, colocado entre ella y los asaltantes, pero se sentía débil, inútil y vencido porque no podía protegerla, porque estaba él solo...

Se despertó bañado en sudor. Llevaba seis meses teniendo aquella pesadilla, seis meses sintiendo que lo había hecho mal.

De repente, se dio cuenta de que la alarma de su sueño era su teléfono, que estaba sonando. Al incorporarse y mirar la pantalla, comprobó que quien llamaba era su madre.

—Hola, mamá —la saludó.

—¿Estabas durmiendo? Pero si son más de las doce de la mañana...

—Es que acabo de volver de una misión y estoy bastante cansado.

Seis meses atrás, jamás le habría dado toda aquella información a su madre. Claro que, seis meses atrás, su madre le habría estado haciendo todo tipo de preguntas e intentando convencerlo para que dejara su trabajo.

Lo cierto era que Ronan ya no disfrutaba tanto de su trabajo como antes, la adrenalina ya no le bastaba. Desde que había conocido a Shoshauna y había experimentado algo más delicado y más real, se había dado cuenta de que la adrenalina había sido una solución temporal a un problema permanente.

La soledad.

Le habían ofrecido un puesto de instructor en Excalibur y, a lo mejor, se estaba haciendo mayor porque la idea le había parecido buena.

Su madre ya no le preguntaba sobre las misiones y Ronan se lo agradecía. Ahora, su madre tenía su propia vida y, además, Ronan se había abierto a ella y había comenzado a contarle cosas de su trabajo sin necesidad de que ella preguntara.

Lo que su progenitora había querido contarle tan emocionada mientras él había estado protegiendo a Shoshauna no era que se iba a volver a casar, sino que había tenido una buena idea para montar un negocio y quería saber si a él le gustaría invertir con ella.

Ronan había comprendido que lo que en realidad le estaba pidiendo era que creyera en ella una última vez a pesar de todo lo que había sucedido. Y eso era el

amor, ¿no? Creer en los demás, tener fe en ellos.

Y Ronan tenía bastante dinero ahorrado, así que había apoyado a su madre, que había decidido montar una empresa de organización de bodas y una boutique especializada en vestidos de novia. ¿Había alguien con más experiencia en el tema que ella?

Precisamente por eso, en pocos meses, Princesa feliz se había convertido en una de las diez empresas con más ventas del país según la prensa especializada. Había gente interesada en adquirir una franquicia del negocio y a su madre la llamaban desde cualquier punto del planeta para que organizara bodas.

—Me acaba de llamar Kay Harden para decirme que se va a volver a casar con Henry Hopkins —le contó su madre—. ¿Sabes quiénes son?

—No, señora.

—¡No me llames así, por favor! ¿Cómo que no sabes quiénes son? Son actores.

Lo cierto era que a Ronan le daba igual quiénes fueran aquellas personas. Había protegido a tantas personas importantes que sabía, porque se lo había enseñado una persona muy importante, que todos por dentro eran exactamente iguales.

Incluso los soldados.

—¡Este año llegamos al millón de dólares! —exclamó su madre.

Qué ironía. Jake Ronan, el hombre que odiaba las bodas más que cualquier otra cosa en el mundo, se estaba haciendo rico gracias a ellas. Le había dicho a su madre que se contentaba con que le devolviera la inversión inicial, pero ella había dicho que eran socios para todo, así que, le gustara o no, era socio fundador de Princesa feliz y, viendo lo feliz que era su madre por primera vez desde que su padre había muerto, le pareció que todo lo que estaba sucediendo estaba bien.

—Mamá, quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. De verdad —le dijo—. Por favor, no llores.

Pero su madre lloró y habló y Ronan la escuchó cómodamente sentado en la butaca de su salón. Desde que había vuelto de B'Ranasha, había dejado la vida de barracón y se había buscado una casa propia, pues la compañía de sus camaradas no le parecía tan cómoda como antes.

Desde que había vuelto de B'Ranasha había sentido la imperiosa necesidad de tener un espacio propio y de crear una vida aparte de su profesión. Había intentado convertir aquel piso en un hogar acogedor, pero no lo había conseguido. Tampoco había conseguido dejar de pensar en Shoshauna y en la semana que habían pasado en la isla.

Había cambiado.

Se sentía solo.

A los dos días de llegar al diminuto país en guerra civil al que lo habían destinado, había llamado a Peterson para preguntarle, como quien no quiere la cosa, qué tal estaba la princesa.

Y su compañero le había dicho lo que él necesitaba saber, que la boda entre el

príncipe Mahail y la princesa Shoshauna se había suspendido.

En aquel momento, llamaron al timbre.

—Mamá, te tengo que dejar, hay alguien en la puerta —se despidió.

¿Estaban en Halloween? Había un niño vestido de motorista en la puerta, todo ataviado de cuero negro, con casco y gafas de sol.

De repente, se quitó las gafas de sol y Ronan reconoció aquellos ojos de color turquesa, tan turquesas como la bahía de su infancia, y se quedó con la boca abierta.

Shoshauna se quitó el casco y Ronan se quedó mirando su pelo. Aunque fuera imposible, lo tema todavía peor que en la isla, pues había crecido de mala manera y estaba aplastado por el casco.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó como si el corazón no le estuviera latiendo aceleradamente, como si no quisiera tomarla entre sus brazos y hacerla girar hasta que se riera a carcajadas, como si no hubiera sabido desde que la había vuelto a ver que lo que le faltaba en su vida era ella, aquella mujer que lo llenaba de energía y que llenaba el vacío que sentía dentro de sí mismo.

—¿Cómo que qué estoy haciendo aquí? —contestó ella apartándose un mechón de pelo de la frente—. ¿Por qué no me dices mejor «Shoshauna, qué maravillosa sorpresa. Cuánto me alegro de verte»?

Ronan se percató al instante de que aquella mujer exudaba confianza en sí misma. Evidentemente, estaba segura de su inteligencia, de su atractivo y de su poder.

—Me he venido a Gran Bretaña a estudiar una carrera universitaria.

Aquello lo explicaba todo. Seguro que los universitarios estarían atosigándola sin parar. Ronan intentó controlar la punzada de celos.

—¿Ah, sí? Me alegro mucho.

Shoshauna lo miró fijamente como si quisiera pegarle una patada, pero, cuando su mirada se posó en sus labios, Ronan comprendió que no quería pegarle.

—No me casé —anunció.

—Ya lo sé —contestó Ronan recordando cómo lo había celebrado, con un refresco caliente en una mano y su rifle en la otra.

—Pero he estado saliendo con un montón de chicos.

—Vaya.

Ronan intentó no sentirse irritado, pero lo cierto era que verla después de tanto tiempo, querer besarla y tener que soportar que Shoshauna le contara que había estado saliendo con otros...

—Sí, me pareció que era lo que tenía que hacer, salir con unos cuantos.

—¿Y te has pasado por mi casa para contármelo? —le dijo Ronan cruzándose de brazos en actitud defensiva.

Evidentemente, Shoshauna lo conocía bien y sabía que no podía defenderse de ella.

—Sí, pero todos eran aburridos.

—Lo siento.

—E infantiles.

—Los hombres somos criaturas de maduración lenta.

¿Y habría besado a todos? Claro que sí.

—Salí con todos, pero no besé a ninguno —le dijo Shoshauna como si le hubiera leído el pensamiento.

A Ronan le habría gustado poder decirle que le daba igual, pero tenía la sensación de ser transparente, así que se mordió la lengua para no hacer el ridículo.

—El verano pasado aprendí a hacer surf y ahora sé montar en moto. Yo sola.

—Ya lo veo.

—Ronan, ¿te alegras de verme?

Ronan cerró los ojos y tragó saliva.

—¿Para qué has venido, Shoshauna? —le preguntó abriéndolos de nuevo.

No la había llamado princesa. Menos mal. Shoshauna sonrió encantada.

—Para jugar al ajedrez contigo.

¿Al ajedrez? Aquello era lo último que Ronan habría esperado. Se moría por besarla.

—¿Por qué?

—Porque, si te gano, tendrás que salir conmigo.

—Eso es imposible.

—¿Por qué? Ya no me tienes que proteger.

—Menos mal... porque con lo mal que lo hice la primera vez...

—¿Por qué dices eso?

—¿No te has parado en ningún momento a pensar lo que podría haber sucedido si, en lugar de llegar el coronel Peterson y tu abuelo en aquellas lanchas, hubieran sido otras personas? ¿No te has parado nunca a pensar qué habría sucedido si, en lugar de ser tu prima la que organizó todo aquello, hubiera sido una célula terrorista bien organizada?

Por fin. Por fin había podido expresar realmente lo que sentía, confesarse. Y le había resultado muy fácil hacerlo con ella. Qué bien se sentía ahora que se había mostrado débil, vulnerable y sin armadura.

—No —contestó Shoshauna—. Nunca me he parado a pensar en eso. ¿Y tú?

—Yo pienso en ello constantemente. No hice bien mi trabajo, Shoshauna. Todo salió bien por suerte.

—Pues qué bien.

—No, lo que te estoy diciendo es que no me puedo fiar de mí mismo a la hora de cuidar de ti. Nunca se me ha dado bien cuidar a las personas a las que más quiero —confesó Ronan dándose cuenta de que Shoshauna lo estaba mirando como si fuera adorable. Tenía que convencerla de lo contrario—. Verás, siempre he tenido una sensación en el estómago cuando se iba a producir una situación peligrosa.

—¿La estás sintiendo ahora? —quiso saber Shoshauna.

—Ese es el problema. ¡Contigo no la siento!

Shoshauna le puso la mano en el brazo, lo miró a los ojos con aceptación y Ronan sintió que se bloqueaba completamente.

—¿Sabes por qué? Porque no hay nada peligroso en mí. Tampoco hubo nada peligroso en la isla. Estábamos los dos allí por algo.

—Sí, tienes razón. Yo estaba allí para protegerte y me olvidé de hacerlo, Shoshauna, y no me lo puedo perdonar. No lo hice bien, no te protegí.

—Pues a mí me parece que sigo viva y coleando.

—No será gracias a mí —insistió Ronan.

Shoshauna lo miró con infinita paciencia.

—Ronan, hay cosas en la vida que nos sobrepasan y ante las que no nos queda más remedio que rendirnos.

—¡No me entiendes! ¡Un soldado jamás se rinde!

Shoshauna suspiró como si Ronan se estuviera comportando como un niño.

—Por cierto, gracias por el gato. Me lo he traído conmigo a Gran Bretaña. Se llama Esperanza.

—Es nombre de gata, ¿no? —se extrañó Ronan.

Sin embargo, enseguida comprendió que en ningún momento había perdido la esperanza, la esperanza de tener la vida que había visto en los ojos de Shoshauna, una vida de complicidad, compañía, risas y amor.

—¿Quieres que te diga una cosa, Ronan?

—Me la vas a decir de todas maneras...

—Exactamente igual que yo quiero que los demás me vean por quien soy, sin necesidad de saber que soy una princesa, tú quieres que los demás te vean sin armadura de soldado, quieres que alguien sepa que hay un lugar dentro de ti en el que no eres duro y fuerte.

—¡De eso, nada!

—Venga, vamos a jugar al ajedrez —insistió Shoshauna como si no se diera cuenta de que lo acababa de dejar al descubierto—. Ya te he dicho cuáles son las condiciones. Si gano, tendrás que salir conmigo.

—¿Y si gano yo? —contestó Ronan.

Shoshauna sonrió y Ronan comprendió lo segura de sí misma que estaba.

—Ronan, ¿por qué ibas a querer ganar?

Capítulo 9

—¿Crees que me voy a dejar ganar sin presentar batalla? —se indignó Ronan, aunque sabía que estaba perdido.

—Tienes razón —contestó Shoshauna contemplándolo—. ¿Qué quieres si ganas?

—¡Pero si todavía no he accedido a jugar contigo!

—No es la primera vez que nos vemos en esta situación, ¿eh? Me refiero a que no es la primera vez que tienes que decidir si me dejas entrar o no.

Sí, era cierto que se habían encontrado en aquella situación en la isla. Ronan no había querido jugar al ajedrez con ella y le había hecho llorar. A pesar de haber intentado mantener las distancias, no había conseguido hacerlo. Ronan se preguntó qué ocurriría si bajara las barreras por completo.

Una sola palabra acudió a su mente.

Felicidad.

Dio un paso atrás para dejar entrar a Shoshauna. No tenía fuerzas para mantener las distancias con ella.

La princesa Shoshauna de B'Ranasha entró en su humilde apartamento, se quitó la cazadora de cuero negro y la dejó sobre el respaldo del sofá.

La camiseta blanca y ajustada y los pantalones de cuero negro que llevaba eran tan sexys como el biquini que lo había vuelto loco en la isla y Ronan se sintió más indefenso que nunca.

Shoshauna miró a su alrededor con interés y Ronan se apresuró a esconder unos calcetines debajo del sofá.

—Me encantaría vivir algún día en un lugar tan mono y pequeño como éste —comentó.

Un día, hablando de por qué había elegido aquél nombre para su empresa, su madre le había dicho que todas las mujeres del mundo querían sentirse princesas aunque fuera solamente durante un día de su vida. Lo curioso era que la mujer que tenía ante sí ya era princesa y lo único que quería era sentirse como una mujer normal y corriente.

Ronan sacó el tablero de ajedrez de un armario y lo dejó sobre la pequeña mesa de la cocina.

—¿Por qué no me llamaste? —le preguntó Shoshauna sentándose y agarrando una pieza blanca y otra negra.

A continuación, se guardó cada una dentro de un puño y estiró ambos brazos ante Ronan para que eligiera.

Ronan eligió.

Negras.

Muy bien, que empezara ella.

—¿Cómo te iba a llamar? Eres una princesa. Tu número no está en las guías de teléfono.

—Sabes perfectamente que, si hubieras querido, podrías haber dado conmigo.

—Es cierto.

—Entonces, ¿no querías hablar conmigo?

Ronan observó en silencio el primer movimiento de Shoshauna y se defendió.

—No podía. Sigo teniendo pesadillas con lo que podría haber ocurrido en la isla. No te supe proteger. Me dediqué a hacer esnórquel y surf cuando tendría que haber estado preparando las defensas.

—He estado protegida toda la vida. Tú no me fallaste en ningún momento. Todo lo contrario, me diste lo que realmente necesitaba, me despertaste para que viviera de verdad, para que fuera yo misma. Me hiciste un regalo maravilloso, Ronan. A lo mejor no fue tu intención o ni siquiera te diste cuenta, pero lo hiciste. Me hiciste un regalo maravilloso.

Ronan esperó.

—Tenía que elegir y he elegido —concluyó ella.

—¿Has elegido jugar al ajedrez con un soldado?

—No, Ronan, lo del ajedrez no tiene nada que ver —contestó Shoshauna con afecto.

—Comprendo.

Se estaba rindiendo a ella exactamente igual que en la isla. Aunque no quería, se estaba sintiendo feliz, como si estuviera entrando en una nueva vida.

Shoshauna le ganó al ajedrez. Primero, porque jugaba bastante mejor que él y, segundo, porque Ronan estaba completamente distraído por su olor, por poder estar de nuevo junto a ella, por su voz, por el brillo de sus ojos y por cómo se tocaba el pelo.

—¿Sabes por qué he salido con tantos chicos? —le preguntó Shoshauna.

Ronan negó con la cabeza.

—Para que no pudieras ponerme esa excusa, para que no pudieras decirme «crees que me quieres, pero es sólo porque no has salido con ningún otro hombre».

—¿Estamos hablando de amor? —contestó Ronan estupefacto.

—Ronan, ya te he dicho hace un rato que esto no era sobre ajedrez —suspiró Shoshauna.

Era cierto, se lo había dicho.

—Bueno, ¿y qué vas a querer que hagamos en nuestra primera cita? —le preguntó Ronan.

¿Qué querría hacer una princesa? ¿Ir a la ópera o al teatro? Ronan se encontró preguntándose si tendría que comprarse ropa.

—Quiero ir a comer pescado con patatas y luego al cine, como cualquier chica normal y corriente.

Ronan pensó que su madre estaba confundida, que no todas las chicas querían ser princesas. Sin embargo, cuando miró a Shoshauna y la vio sonreír, comprendió también que aquella princesa jamás sería una chica normal y corriente y, de repente,

comprendió que el amor era más fuerte que él.

Ronan se puso en pie, se acercó a Shoshauna, la tomó de la mano y la invitó a ponerse en pie también y, acto seguido, Shoshauna se perdió entre sus brazos.

—Creo que ha llegado el momento de que empieces a llamarme Jake —le dijo besándola en la cabeza.

Tres noches después, Ronan pasó a buscar a Shoshauna para salir en su primera cita oficial. Se sentía como un adolescente nervioso y se había puesto vaqueros y camiseta en un intento de ser normal y corriente.

A medida que se iba acercando a su casa, comprobó que el corazón le latía aceleradamente y que le sudaban las palmas de las manos, algo completamente extraño en él, acostumbrado a trabajar constantemente en peligro.

Shoshauna vivía en el campus, en una casa que parecía muy normal hasta que uno entraba dentro. Había chicas por todas partes, chicas altas, chicas bajas, chicas delgadas y chicas gordas; había chicas vestidas para salir y chicas en pijama, había chicas con los rulos puestos y chicas con mascarillas de belleza verdes y blancas y, de repente, todas ellas se pararon y lo miraron.

—Guapísimo, ¿a quién has venido a buscar? —le gritó una de ellas.

Ronan no pudo evitar sonrojarse.

—A Shoshauna —contestó.

Se sonrojó todavía más cuando las chicas comenzaron a silbar y a aplaudir, pero, cuando la vio bajar las escaleras de dos en dos, corriendo hacia él, se olvidó de las demás.

Ronan sabía que jamás olvidaría, aunque viviera más de cien años, aquella mirada de Shoshauna, completamente entregada y encantada de verlo.

Y Ronan recordó algo que había visto hacía muchísimos años: su padre volviendo a casa, vestido con el uniforme de combate, y su madre corriendo hacia él con la misma mirada que Shoshauna lucía en sus ojos en aquel momento. Ronan recordó cómo su padre había mirado a su madre. A pesar del uniforme, en aquel momento, su padre no era un soldado, sino un hombre normal y corriente encantado de volver a ver a su mujer.

* * *

Durante las siguientes semanas, a pesar de tener que aguantar las bromas de sus compañeras, Ronan intentó pasar todo el tiempo que pudo con Shoshauna, intentó arañar horas a su trabajo para pasear con ella de la mano, para tomar una pizza, para jugar a los dardos en el bar, y disfrutó de aquellas actividades sencillas.

Ronan se dio cuenta de que, si no se hubiera involucrado emocionalmente con Shoshauna en B'Ranasha, se habría perdido todo aquello, la ternura y la dulzura de enamorarse por completo. Menos mal que el Universo se había apiadado de él y le había dado lo que más necesitaba en la vida.

Al principio, no lo había visto, no lo había querido ver, y había luchado con uñas y dientes para no enamorarse de Shoshauna, pero enamorarse de ella era como estar en un estado de hipnosis. Cuando se despertaba por las mañanas, la primera persona en la que pensaba era en ella. Ronan tenía la sensación de que vivía para hacerla reír, para acariciarle la mano, para mirarla a los ojos.

Por alguna razón, un soldado rudo como él había recibido el regalo de que una mujer como Shoshauna se enamorara de él y tenía intención de ser digno y merecedor de aquel amor.

Shoshauna miró a su alrededor mientras el viento jugaba con su pelo. Habían puesto una pérgola cubierta de flores en la arena y a lo lejos se veía el precioso palacio de B'Ranasha.

Habían intentado que fuera algo sencillo, pero había cientos de sillas ocupadas. La música de una sola flauta hacía dúo con las olas del mar.

La madre de Jake, Bev, había conseguido sobreponerse al disgusto de que Ronan y Shoshauna no hubieran querido una ceremonia demasiado elaborada. Shoshauna comprendía ahora por qué a su suegra le iba tan bien con su empresa: había sabido comprenderlos perfectamente y había organizado lo que ellos querían: una ceremonia sencilla enmarcada en la belleza del mar.

Shoshauna llevaba una sencilla túnica blanca, iba descalza y llevaba una flor en el pelo. Desde donde estaba, vio llegar a Jake, acompañado por Peterson, exactamente igual que la primera vez que lo había visto, y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

A diferencia de aquella primera vez, ahora Jake estaba relajado y tranquilo. A pesar de que estaba vestido de traje, a pesar de que todo el mundo lo miraba y a pesar de que se iba a casar, estaba tranquilo.

Había pasado casi un año desde que había visto por primera vez a aquel hombre y seis meses desde que lo había ganado al ajedrez y había conseguido salir con él. Desde entonces, se habían reído mucho y habían descubierto el mundo juntos, un mundo nuevo porque era un mundo que había creado su amor.

Habían montado en moto, habían ido al cine, habían paseado agarrados de la mano por la calle, habían jugado al ajedrez y no habían hecho nada, pero daba igual porque, hicieran lo que hiciesen, todo era increíble porque lo hacía con él.

Jake era un hombre lleno de sorpresas. ¿Quién hubiera imaginado que bajo la armadura del soldado iba a haber un hombre tan romántico? El primer regalo que le había hecho había sido el gato y a aquél le habían seguido toda una serie de sorpresas.

Una tiara que había visto en una juguetería, un puntero láser que tenía a Esperanza maravillado, un libro de poemas, un biquini rosa que Shoshauna iba a estrenar durante su luna de miel...

Su armadura era sólo eso, una armadura. A Shoshauna siempre le había parecido

guapo, pero ahora se lo parecía más que nunca, pues su rostro se había relajado y sus ojos eran sinceros. La distancia y la frialdad habían desaparecido y Jake ya no necesitaba tenerlo todo controlado.

Jake Ronan parecía encantado de haberse liberado, de ser capaz de dejarse llevar por la vida y por el amor.

Aquel amor los había llevado hasta aquel momento. Ronan estaba bajo la pérgola, esperándola, buscándola. Cuando sus ojos la vieron, en la primera línea de árboles, sonrió encantado.

En su sonrisa vio Shoshauna tanto amor y tanta sensualidad que sintió que el corazón se le aceleraba. Jake Ronan había seguido siendo disciplinado única y exclusivamente en una cosa: en todo lo relacionado con la virginidad de su prometida.

Por supuesto, la había besado hasta hacerla morir de deseo y la había acariciado hasta hacerla sentir llamas por dentro, pero, en el último momento, siempre se había controlado.

Sin embargo, aquella noche haría el amor con él. Después de la recepción, se subirían al bote de su abuelo e irían a su isla, de nuevo serían los únicos habitantes del lugar.

La noche anterior, aunque se suponía que no tenían que verse, Jake había conseguido burlar a las amigas, las primas y las tías de Shoshauna.

—Te he traído un regalo de boda —le había dicho una vez a solas.

—Se supone que no tendrías que estar aquí —le había dicho Shoshauna encantada de verlo.

—Ya lo sé, pero no he podido evitarlo. Saber que estabas tan cerca y no poder verte se me hacía insoportable. Necesito estar contigo a todas horas, Shoshauna, así que aquí estoy, completamente rendido a tus pies —le había dicho acariciándole la mejilla—. ¿Sabes qué? Me encanta estar así, completamente rendido ante ti porque tú me has hecho quitarme todas las defensas que me tenían prisionero. Era muy fuerte, pero estaba muy solo y tú me has rescatado.

Shoshauna sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Oh, Ronan, éste es el mejor regalo que me podías hacer.

Ronan sonrió tímidamente.

—No, el regalo está aquí —le había dicho abriendo la puerta.

Al ver lo que era, Shoshauna había estallado en carcajadas. Una tabla de surf nueva. Aunque estaba completamente entregada al surf, en lo más profundo de sí misma rezó para que no hubiera olas, para que pudieran pasarse las dos semanas enteras que iban a estar en la isla en la cama, acariciándose y besándose, explorando sus cuerpos y saciándose sabiendo que siempre estarían allí el uno para el otro para volver a empezar.

Shoshauna estaba sorprendida por la audacia de sus pensamientos cuando su madre y su padre se colocaron a su lado. En aquella ocasión, no eran el rey y la reina,

sino unos padres orgullosos. Los dos la besaron en la mejilla y se sentaron.

Su padre en particular estaba muy contento de que se casara con Jake. A su madre le había costado un poco más aceptarlo, pero no había nadie en el mundo que conociera a aquel hombre y no cayera rendido a sus pies.

Su madre también se había sentido decepcionada ante la sencillez de la boda, pero se había consolado con la madre de Ronan y se habían hecho amigas mientras preparaban la ceremonia de sus hijos.

Su abuelo se colocó a su lado, la agarró suavemente del brazo, le sonrió y la miró con lágrimas de emoción en los ojos. Shoshauna comenzó a avanzar por la arena hacia su amado Jake Ronan y vio el futuro en sus ojos.

Su abuelo la soltó y ella caminó los últimos pasos sola; llegó junto a su prometido sintiéndose una mujer que había elegido la vida que quería tener.

Jake observó a Shoshauna yendo hacia él a través de la playa.

Llevaba un vestido muy sencillo e iba descalza y, precisamente, aquella sencillez realzaba más su belleza. Su madre había estado de acuerdo.

Su madre y su prometida juntas y él completa y maravillosamente rendido. Estaba dispuesto a protegerlas con su vida si fuera necesario y ambas lo sabían. Algún día, tendría hijos con Shoshauna y sabía que también los protegería a ellos, pero sabía que había algo que, si él no pudiera hacerlo, estaría allí velando por todos.

Algo que unos llamaban Universo y otros Dios. Él lo llamaba amor y sabía perfectamente que había existido antes que él, que existía ahora y que existiría siempre. Jake había comprendido que aquel amor era lo que movía el mundo y se había entregado a él, pues la fuerza de aquello que no tenía nombre era mucho más poderosa que la del ego individual.

Jake pensó que había un momento en la vida en el que uno se daba cuenta de que no lo podía controlar todo porque se quedaba sin fuerzas y sin energía, exhausto. Era imposible estar siempre al pie del cañón y era ridículo creer que el mundo se iba a parar porque uno decidiera bajarse.

Él había aprendido a confiar en aquella fuerza mucho más poderosa que él, aquella fuerza que unía a determinado hombre con determinada mujer aunque pareciera imposible al principio, aquella fuerza que vencía diferencias sociales y culturales, aquella fuerza que hacía que un corazón reconociera a otro.

Aquella fuerza que los protegería siempre.

Jake Ronan había pensado muchas veces que, si se tuviera que ver en el sitio en el que se estaba viendo en aquellos momentos, se desmayaría, pero jamás se había sentido tan tranquilo, tan fuerte ni tan calmado.

Lo más extraño de todo era que, aunque había admitido que se había rendido ante la fuerza del amor, cada día que pasaba se sentía más fuerte, más vivo, más relajado y más agradecido.

Aquello era lo que había querido toda la vida, ser parte de un magnífico misterio que fluyera a su alrededor y dentro de él como las olas del mar. Quería entregarse a aquella energía increíble con facilidad y alegría; no quería conquistarla, sino sentirse conectado con ella.

Miró a Shoshauna, que iba hacia él, y estuvo a punto de estallar en carcajadas. Aquello que él había elegido llamar amor tenía un gran sentido del humor y le apetecía reírse porque, aunque él siempre había creído que su misión era proteger a la princesa, ahora comprendía que había sido completamente al contrario.

Shoshauna había aparecido en su vida para rescatarlo. Al dejarse rescatar, no se había convertido en un hombre más débil, sino en un hombre mejor.

Shoshauna llegó a su lado y lo miró a los ojos. Su igual, la mujer que sería algún día la madre de sus hijos, su compañera, su amiga y su amante para toda la vida.

—Amado mío —le dijo en voz baja haciéndose eco de aquella fuerza que lo envolvía todo—. *Retnuh*.

—Mi corazón está en casa —le dijo él en su idioma sin dejar de mirarla a los ojos a modo de saludo y de promesa.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.